

MILTON EDWIN LOZANO BANGUERO

**EL SENTIDO DEL TRABAJO A LA LUZ DE LA FE
CRISTIANA EN UN MUNDO CAPITALISTA GLOBALIZADO.**



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Teología
Bogotá, 5 de agosto de 2011**

**EL SENTIDO DEL TRABAJO A LA LUZ DE LA FE
CRISTIANA EN UN MUNDO CAPITALISTA GLOBALIZADO.**

**Trabajo de grado presentado por Milton Edwin Lozano Banguero, bajo la asesoría
del profesor Mario Gutiérrez S.J, como requisito para optar al título de Licenciado
en Teología.**



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Filosofía
Bogotá, 5 de agosto de 2011.**

AGRADECIMIENTO

Deseo expresar mi más cálida gratitud a todos aquellos que de una u otra manera han contribuido en este proceso de crecimiento profesional, humano y espiritual.

A los hombres y mujeres trabajadores de nuestro planeta por ser la inspiración para reflexionar sobre el sentido del trabajo humano a la luz del Espíritu de Dios.

A la Compañía de Jesús, por haberme brindado las condiciones necesarias para llevar adelante esta etapa de estudios teológicos, con el propósito de mejor servir a nuestra sociedad e Iglesia.

A mis padres y hermanos por el ejemplo y el apoyo que siempre me han ofrecido.

Al profesor Mario Gutiérrez S.J, quien con atención y generosidad supo acompañarme en este tiempo de investigación personal. Finalmente, quiero agradecer a los profesores y colaboradores de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana por la fraternal acogida, profesionalismo y calidez humana que los caracteriza.

Los creyentes tienen la certeza de que la actividad individual y colectiva, es decir, aquél ingente esfuerzo con el que los hombres pretenden mejorar las condiciones de su vida a lo largo de los siglos, considerado en sí mismo, responde al plan de Dios. Pues el hombre, creado a imagen de Dios, ha recibido el mandato de regir el mundo en justicia y santidad, sometiendo la tierra con todo cuanto en ella hay, y, reconociendo a Dios como creador de todas las cosas, de relacionarse a sí mismo y al universo entero con Él, de modo que, con el sometimiento de todas las cosas al hombre, sea admirable el nombre de Dios en toda la tierra¹.

¹ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 359-361.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	6
1. LECTURA DEL TRABAJO A LA LUZ DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS.....	10
1.1 Sobre la noción del trabajo.....	11
1.2 Teología del trabajo – teología de la creación.....	16
1.3 El hombre a imagen de Dios (Gn 1,26-27).	25
1.4 La misión del hombre en el mundo (Gn 1,26-31).	29
1.5 Fundamentos cristológicos del trabajo humano.	35
2. EL TRABAJO DESDE EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA Y LAS CIENCIAS SOCIALES.	42
2.1 Una mirada eclesial del trabajo desde la modernidad	43
2.2 Referentes de sentido sobre el trabajo humano.....	47
2.3 El trabajo, dimensión fundamental de la existencia humana	57
2.4 El trabajo desde una perspectiva escatológica.	64
2.5 La economía: desarrollo humano integral y trabajo digno.....	70
3. HACIA UNA ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO.	78
3.1 Espíritu – Espiritualidad.....	79
3.2 Teología espiritual.....	83
3.3 Aportes de la espiritualidad ignaciana a la espiritualidad del trabajo.	89
3.4 Hacia una pedagogía pastoral del trabajo.....	103
CONCLUSIÓN.....	109
BIBLIOGRAFÍA	112

INTRODUCCIÓN

Pensar desde la teología sobre la problemática social del trabajo humano en un contexto capitalista globalizado me lleva a manifestar que nunca antes en la historia ha existido un proyecto civilizatorio hegemónico y al mismo tiempo tan absurdo en donde los valores que el hombre promueve desde su actividad humana corresponden al individualismo, la competencia, el enriquecimiento sin límites..., como propuesta de vida que le permite generar prosperidad y felicidad. Me refiero al fenómeno del capitalismo el cual es concebido como un sistema global e ideología uniformadora en el que la racionalidad científico-técnica y económica ha puesto la vida humana y por consiguiente su actividad humana como instrumento u objeto del sistema social.

Ahora bien, estudiar desde este contexto la problemática de la falta de sentido del trabajo humano es un motivo para resaltar que en la modernidad el trabajo con la hegemonía de la sociedad industrial, jugó un papel fundamental en todos los proyectos de modernización. A nivel de la formación de las subjetividades modernas, el trabajo era un factor central para responder a la pregunta: ¿quién soy yo? El trabajo no era sólo la actividad que aseguraba el sustento material de una persona y su familia, sino que definía el lugar que esa persona ocupaba en la sociedad. La carrera laboral marcaba el itinerario de la vida y se convertía en la medida para evaluar el éxito o el fracaso de esa vida. El “proyecto de vida” dependía en buena parte del trabajo, pues a través de él las personas definían no solo su identidad personal sino también su identidad social y trascendental. Los esquemas familiares, las rutinas del día, el estándar de vida, las relaciones de propiedad, todas estas actividades se ordenaban en torno al trabajo².

Pero con el advenimiento del capitalismo global y el fin de la sociedad industrial, el problema que surge consiste en que el trabajo pierde su posición privilegiada y deja de funcionar de acuerdo a una medida trascendental. La globalización no sólo ha trasladado la producción fuera de los muros territoriales de la fábrica, sino que ha transformado

² Bauman. *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. 34.

radicalmente el vínculo entre capital y trabajo. Las normas modernas que protegían al trabajador y que le daban sentido al trabajo mismo tienden a desaparecer. Además el trabajo estable no es la regla sino la excepción a la regla. La mayoría de las personas deben conformarse con empleos a corto plazo, con contratos a término. La vida laboral se halla sometida a la inseguridad y por lo tanto las identidades personales y la vida social en su totalidad comienzan a volverse inciertas, riesgosas, precarias³.

Esta tendencia social y económica promueve una cultura del trabajo en donde unos pocos son cada vez más ricos y muchos permanecen en condiciones de pobreza y explotación laboral. Reflexionar esta problemática desde la propuesta de Reino de Dios que comunicó Jesús a todos los hombres es la razón para que como teólogos seamos críticos ante un sistema social en donde la mayoría de nuestros pueblos padecen en condiciones dramáticas en sus vidas. Busco por consiguiente iluminar los dolores de las personas que no le encuentran sentido a la actividad humana desde los referentes de sentido que promueven la Iglesia, a través de su magisterio y las investigaciones de los teólogos y especialistas de las ciencias sociales.

Ante la falta de dignificación de la persona y la necesidad de la promoción humana integral encuentro una segunda razón para justificar el significado que tiene en la sociedad la evangelización del mundo, en particular, la resignificación del proyecto civilizador capitalista a la luz del proyecto promovido por el Hijo de Dios, como pretexto para que el ser humano le encuentre sentido a su actividad en el mundo. Una tercera razón para estudiar esta problemática es que esta situación de falta de sentido en el trabajo compete a una falta de sentido en el proyecto de vida de las personas. Hablamos de un hecho social, primero que todo en referencia antropológica, pues el hombre no es un ser abstracto, sino que está sujeto a los problemas sociales y económicos.

También pretendo en la investigación hablar teológicamente del hecho social del trabajo, ya que no se puede disociar esta realidad del plan divino de creación y redención. Las situaciones concretas de injusticia justifican este punto de sentido. Es una exigencia,

³ Bauman. *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. 13.

en último término, del mandamiento nuevo del amor. La pregunta concreta sería: ¿Qué sentido tiene el trabajo humano a la luz de la fe cristiana en un mundo capitalista globalizado?

Así, en el primer capítulo pretendo reflexionar sobre el trabajo humano a la luz de la Escritura y fundamentar esta problemática desde la teología del trabajo y la teología de la creación. Luego presentaré los fundamentos cristológicos.

El segundo capítulo pretende ahondar en tres momentos magisteriales, de mucha importancia para reafirmar el auténtico sentido de la actividad humana. Haré un énfasis breve en el sentido escatológico, también a la luz del magisterio e indicaré compendiosamente algunos aportes de la economía.

El capítulo tercero será una propuesta de espiritualidad del trabajo, concretamente en la perspectiva ignaciana, contenida nuclearmente en los Ejercicios Espirituales, y un planteamiento de algunas estrategias pedagógico-pastorales que ayuden a las mujeres y a los hombres de nuestra sociedad a ser real el sentido genuino del trabajo en las circunstancias en que cada uno desarrolla su actividad.

El método que seguiré en esta investigación será el hermenéutico, sobre la base del significado trascendente que ofrecen la Escritura y las relecturas subsiguientes de la tradición eclesial, fundamentalmente en el magisterio de la Iglesia. Esta interpretación será el texto fundamental para proponer una propuesta de espiritualidad y de pedagogía pastoral con el propósito de que la humanidad tome conciencia del fin al que deben estar dirigidas todas sus actividades. Igualmente, pensar que la cuestión social del trabajo al estudiarla a la luz de la fe cristiana no es una reflexión moralizante ni una ideologización de carácter cristiano, nacida del deseo de controlar teológicamente un mundo del que hemos perdido el control social, económico o político. Es más bien una reflexión en profundidad sobre la realidad del hombre y el mundo en que vive, de su historia y de su futuro como contexto total en el que se construye la dignificación del ser humano, cuya realidad quiere entender

el cristiano a la luz de la palabra de revelada. El camino recorrido es sumamente positivo e inspirador para una vida cristiana plena, en un mundo preocupado y urgido por la necesidad imperiosa de orientar el trabajo humano hacia fines que promoviendo el desarrollo integral de todos pongan en obra los designios de Dios.

1. LECTURA DEL TRABAJO A LA LUZ DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS.

Pensar en hacer una reflexión sobre la cuestión social del trabajo desde las Sagradas Escrituras me lleva a preguntarme inicialmente ¿qué significa el concepto de trabajo? El Concilio Vaticano II, permite comprender que el trabajo es ante todo una actividad humana que debe estar orientada a la construcción del Reino de Dios. Sin embargo, el trabajo es una actividad, que a pesar de ser mecanizada por tendencias que impone el hombre desde sistemas como el capitalista, va acompañada del conocimiento de la obra que se realiza con ella y de la voluntad de determinarla. Hablamos de una actividad humana que procede de una manera prefijada para realizar una obra pretendida. En este sentido en cuanto actividad humana el trabajo se distingue de las actividades meramente vitales no humanas de las fuerzas del hombre, de sus movimientos y de las actividades de los animales.

Entonces la obra que se ha de realizar desde el trabajo se dirige ante todo hacia la potencialización de valores objetivos, en general extraños a la misma actuación de las fuerzas del hombre en el curso de su realización. Sin embargo, como manifestación y ejercicio de la misma vida y como actuación mutuamente contemplativa de todo el ser del hombre, además de la producción de valores y objetivos, puede ser una actividad que se oriente en virtud de la dignificación de la persona del trabajador. Esto indica que debe ser entendido no necesariamente desde la realización de valores objetivos de una institución determinada, sino que debe aportar a darle sentido y valor al proyecto de vida de todos los seres humanos. Así, no significa recibir un beneficio de él en la vida económica, en la vida religiosa o moral, sino que comprende todas las dimensiones de la existencia humana.

Por tal razón, en el primer capítulo pretendo reflexionar sobre el sentido del trabajo desde la fe cristiana, es decir, del trabajo del hombre en gracia, de ese hombre que fundamentando su vida en la experiencia pascual de Jesucristo “vive una vida nueva” (cfr. Rm 6,4), en la cual el mismo trabajo se fundamenta en la Santísima Trinidad, en cuanto se hace delante del Padre, en unión con Cristo, en virtud del Espíritu Santo y en virtud de la

caridad⁴. Por tal razón, inicialmente para profundizar sobre el sentido del trabajo consideraré, en primer lugar, sobre el concepto la noción del trabajo; en segundo lugar, comprender los aportes que hace la teología de la creación al estudio de la realidad terrestre del trabajo; en tercer lugar, el sentido del trabajo desde la palabra revelada a partir de la visión que nos ofrece el Antiguo Testamento en el Génesis: el Dios creador, trabajador y la misión que le da al hombre de trabajar en función de la creación y su Reino. Y en consecuencia, me detendré en una lectura cristológica, con el propósito de sustentar el sentido que tiene para la humanidad y la creación entera la dignificación del trabajo desde la persona de Jesucristo.

1.1 Sobre la noción del trabajo.

El termino trabajar deriva del latín *tripaliare*, de *tripalium* y supone aplicación y tesón pero también fatiga y sufrimiento⁵. Ancilli Ermanno en el tomo III del *diccionario de espiritualidad* considera la noción de trabajo a la luz de la *Gaudium et Spes*, al afirma que es aquél que se entiende como “la actividad organizada del hombre, orientada al logro de una actividad humana”⁶. La llama actividad organizada para distinguirla de la actividad esporádica o casual, la cual no necesariamente está dirigida hacia una utilidad, sino que puede estar orientada directamente a procurar un placer o gozo en el ejercicio de la misma.

De esta manera hemos de entender el trabajo como toda actividad que debe orientarse a servir a la humanidad en sus múltiples necesidades. En este sentido es ilegítimo reducir el trabajo a los logros de las actividades económicas o en general a la dimensión económica del ser humano. Si reconocemos que “no sólo de pan vive el hombre” (Mt 4,4), podemos afirmar que el trabajo en su complejidad es coextensivo a las necesidades de la humanidad entera, las cuales son materiales y espirituales, económicas y culturales...

⁴Truhlar, *Labor Christianus*, 9-12.

⁵ García, *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, 1715.

⁶ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 439

Ciertamente la nobleza del trabajo aumenta con la elevación de la necesidad que todo ser humano está llamado a satisfacer, pero al tratarse de la necesidad humana todo trabajo es noble, incluso el que provee a las necesidades más humildes. Es una actividad en donde se emplean las facultades como la inteligencia y la voluntad. Y es propiamente humana en cuanto “procede inmediatamente de la persona, la cual marca con su impronta la materia sobre la que trabaja y la somete a su voluntad” (GS 67).

Además se debe considerar que la noción de trabajo se relaciona con la de profesión. Se refiere a una especie determinada de trabajo que alguien adopta para hacerla objeto de su actividad y aplicación personal y así hallar su medio normal de subsistencia, el modo de servir a la comunidad humana y la ocupación que ejerce para la vida⁷. Es de reconocer, entonces, que el trabajo es una actividad propiamente humana porque se ejerce con el empleo de las facultades que caracterizan al hombre y está orientado a servir a la comunidad, en este sentido para el hombre trabajar debe ser una acción honorable, pues hace parte de su ser.

En la Sagrada Escritura el hombre ha nacido para trabajar como el pájaro para volar (cfr. Jb 5,7). Debemos conocer que el trabajo existe desde que hay hombres en la tierra y puede ser identificado como una ley del hombre. Esta afirmación se puede sustentar si afirmamos que Dios desde el primer momento de la creación llamó al hombre para ser su colaborador en la progresiva organización del universo: “Tomó Yahvé Dios al hombre, y lo instaló en el jardín de Edén para que lo cultivara y guardara” (Gn 2,15). Luego el trabajo no se deriva del pecado, pues es anterior a él; hace parte de los dones que Dios otorgó al ser humano, para que cultivara todo lo que estaba a su disposición. En este sentido es una de las formas de llevar a cumplimiento los designios de Dios en la tierra.

En este sentido en la palabra revelada se nos da a conocer que Dios trabaja durante seis días y al séptimo descansa (cfr. Gn 2,1-3) con la intención de que el ser humano siga

⁷ Ancilli, *Diccionario de Espiritualidad* Tomo III, 523.

desde su actividad, como co-creador, a imagen y semejanza del mismo Dios. Así la misión del hombre es continuar con su trabajo la obra de Dios y por esta razón la creación será llevada a cumplimiento por medio de la acción santificadora de Dios en el actuar del ser humano.

En el mismo libro del Génesis nos damos cuenta de que Dios manda al hombre, apenas creado, que domine y someta la tierra (Gn 1,28). La tierra en virtud del mandato de Dios aparece como un campo que espera la acción del hombre para ser transformada a la luz del designio de Dios. En efecto, el trabajo en el paraíso terrenal era una libre colaboración del hombre en la creación divina; era la acción con que el hombre demostraba su unidad de vida con Dios y realizaba su imagen divina. Hoy podemos leer en el primer libro de la Biblia que el trabajo les permite a los primeros seres humanos asumirlo como actividad de crecimiento, de perfeccionamiento y armonioso desarrollo de su personalidad, a través del descubrimiento progresivo, pacífico y gozoso de las leyes y los secretos del universo, como amos del mundo.

No obstante, después del primer pecado se puede interpretar que el trabajo es concebido como castigo y sufrimiento:

Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado porque eres polvo y al polvo tornarás (Gn 3, 17-19).

Es preciso comprender desde este texto que la maldición divina no tenía por objeto el trabajo, sino que se refería a los campos. Ahora bien, indirectamente, el ser humano también se siente afectado por ella, puesto que el terreno que en un primer momento Dios le había entregado para dominarlo y someterlo, ahora se volvió hostil, reacio a producir buenos frutos. El trabajo se le tornó en pena y castigo, porque en su dura actividad, en vez

de demostrar su soberanía, empezó a experimentar a menudo su esclavitud. Es una indicación de que su poder permanece, pero la tierra maldita se resiste y tiene que ser domesticada. Podemos identificar que en este sufrimiento que implica esfuerzo, aunque el ser humano logre éxitos espectaculares, la muerte termina por volverlo vano:

¿Qué le queda al hombre de toda su fatiga y esfuerzo con que se fatigó bajo el sol? Pues todos sus días son dolor, y su oficio, penar; y ni aun de noche su corazón descansa. También esto es vanidad” (Qo 2, 22-23).

En consecuencia nos es posible comprender que ante la ruptura que ha generado el pecado entre Dios y el ser humano, el trabajo que éste realiza como acción en la creación es vanidad, caducidad e inutilidad.

Para una lectura más amplia de la noción bíblica del trabajo humano hemos de tener en cuenta los aportes del Nuevo Testamento. La venida de Cristo proyecta sobre él las paradojas y las luces del Evangelio. Es una actividad por un lado magnificada y por otro casi ignorada o tratada como un detalle sin importancia. Es magnificada por la imagen que se presenta de Jesús obrero (Mc 6,3) e hijo de obrero (Mt 13,55), y por el ejemplo de Pablo quien trabaja con sus manos y se gloria de ello (1Co 4, 12). En efecto en los evangelios se observa un silencio sorprendente sobre el trabajo, pues sólo se conoce la palabra para designar las obras de Dios (Jn 5,17; 6,28) o para poner como ejemplo a los pájaros del cielo que no siembran ni recogen y a los lirios del campo que no trabajan ni hilan (Mt 6,26.28). Estas posturas reflejan como actitud cristiana esencial la superación y transfiguración del mundo, pues “la apariencia de este mundo pasa” (1Co 7,13)⁸.

En otra línea resalta la consideración de que Cristo no vino para salvar a las almas, sino a los hombres. Y no sólo a los hombres, sino al mundo revelando con su Misterio pascual el sentido del Reino de Dios en la humanidad. Es decir que es la creación entera, en sus diversas estructuras, la que Cristo vino a restaurar y a volver a consagrar con su vida

⁸ Ancilli, *Diccionario de Espiritualidad* Tomo III, 524.

muerte y resurrección. Y es preciso subrayar que la misión del hombre con su trabajo es la de consagrar las cosas; de reconducir desde su actividad humana toda la creación a Dios (Rm 8, 21); de hacer que la tierra sea bendita y santificada gracias a la acción del Espíritu de Dios que actúa en el ser humano. De este modo, con el primer pecado éste perdió su realeza, se hizo esclavo del mundo sensible. Sin embargo la presencia de Cristo en la Iglesia nos permite comprender que el trabajo además de expiación y reparación impuesta por Dios a toda la humanidad, adquiere también un sentido de eficacia redentora, insertándose en la economía divina de la salvación. Según las afirmaciones del Concilio Vaticano II, ya no debe ser sólo prolongación de la creación, sino participación en la redención de Cristo (G.S 67)⁹.

No obstante el hecho de que el trabajo tenga un sentido y valor cósmico de redención humana y de consagración del mundo significa también que en la concreción de la vida tiene una función social, la cual consiste en que todos los seres humanos colaboran en relación recíproca, para satisfacer las necesidades de cada individuo y de la comunidad humana¹⁰. Dios hubiera podido hacer todo por sí mismo para suministrar al ser humano las cosas necesarias para la vida, pero quizás esta posibilidad no habría sido más bella y absoluta para el hombre que el tener la gracia de colaborar en la obra redentora de Dios desde su actividad humana.

En este sentido cuando un filósofo indaga los secretos de la naturaleza; un científico capta en el universo las leyes de la misma; un artesano y obrero determina la variedad del mundo; un artista contempla y plasma la belleza de la creación en sus obras; un economista estudia las leyes de la economía, todos ellos deben tomar conciencia, desde la cultura, la religión y la sociedad a la que pertenecen, de que en sus diversas actividades manifiestan una maravillosa colaboración con el Creador en la progresiva organización del universo.

⁹ Ancilli, *Diccionario de Espiritualidad* Tomo III, 524.

¹⁰ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 439.

De un modo igual en un mundo capitalista globalizado, en el que el referente de un gran porcentaje de los seres humanos se mueve en el terreno económico, es fundamental el reconocimiento de que el trabajo debe contribuir a su santificación. Este es un indicativo de que el trabajo constituye un deber y la oportunidad de ejercitar varias virtudes y dones. Entonces el hombre por un lado está obligado a trabajar para proveer a la subsistencia del género humano, pero por otro debe reconocer que Dios se manifiesta en dicha actividad. En otras palabras, al estar orientado al servicio de la humanidad es plenamente posible asumir todo trabajo como un ejercicio de caridad fraterna con el que podemos y queremos contribuir a procurar a nuestros hermanos una vida conveniente y conforme a las exigencias de la naturaleza¹¹.

1.2 Teología del trabajo – teología de la creación.

El actual general de la Compañía de Jesús, Adolfo Nicolás S.J en el libro *teología del progreso* permite plantear que la realidad humana que más ha excitado el interés teológico de los cristianos en más alto grado ha sido el trabajo. Interesante pensar que las implicaciones pastorales y los problemas que le rodean, fueron el primer impulso para el nacimiento de una consistente teología del trabajo. Además las vicisitudes sociales y humanas de esta realidad hacen de ella un fenómeno sumamente complejo. En este sentido es válido el intento de una lectura teológica inicial que posibilite más adelante el diálogo con los sectores más especializados, pues teólogos como Chenu Marie-Dominique y Gustavo Thils no llegan a una determinación unívoca de lo que entiende por trabajo, sino que comprende el concepto desde el trabajo estrictamente manual hasta todo género de actividad humana.

En razón de lo dicho la teología del trabajo desarrollada por Chenu Marie-Dominique y Gustavo Thils se realiza a partir de una teología dinámica de la creación y de una concepción antidualística de la materia y de hombre. Gustavo Thils en su texto *teología de*

¹¹ Concilio Vaticano II, Constitución *Lumen Gentium*, 113.

las realidades terrenas permite comprender que un tema como el trabajo humano es una problemática social que es estudiada por las disciplinas humanas especiales en cuanto que describen su naturaleza, origen, evolución y sentido, sin embargo carece de sentido a los ojos de Dios. Por tal razón, la pregunta a tratar corresponde a ver ¿si la ciencia de la revelación podría iluminarnos sobre el sentido del trabajo humano? Una razón es que la ciencia de la teología es aquella que estudia la significación última y divina de las realidades terrenas al hacer una lectura de ellas a la luz de la revelación divina¹².

Así Gustavo Thils al reflexionar sobre las realidades terrenas parte de la idea de que el objeto material de la teología es Dios y la creaturas en su relación con Él mismo. La teología con respecto a su objeto puede definirse como una ciencia que gracias a la actividad racional y los datos de la revelación, trata de Dios y de las creaturas, palabras que expresan el objeto material de esta ciencia, el cual se puede considerar como doble: El primerio el mismo Dios o la suma de las verdades que pueden conocerse de Dios; el secundario son todas las creaturas, sobre todo las racionales en cuanto provienen de Dios y a Él tienden. Además Gustavo Thils permite comprender que para poder constituir una teología de la realidad terrena como el trabajo, no basta reconocer los vínculos de ésta con Dios, sino que es necesario que la revelación nos haya hablado algo de ella. Esto significa que la teología puede y debe usar los datos que Dios ha transmitido y que están contenidos en los manantiales tradicionales de la revelación, la Sagrada Escritura y las tradiciones apostólicas¹³.

Este planteamiento de Gustavo Thils lleva a que el teólogo Chenu Marie-Dominique argumenta el valor teológico del trabajo fundamentándose en el concepto de creación permanente. Considera “no solamente el acto inicial de Dios – principio-, sino la acción permanente de una creación continua en la cual el hombre es su delegado, libre y responsable”¹⁴. Es decir, Dios no ha creado un universo acabado en el cual el hombre sería

¹² Thils, *Teología de las realidades terrenas*, 41.

¹³ *Ibid.*, 46-50.

¹⁴ Nicolás, *Teología del progreso*, 58.

un espectador o un intruso, sino que Él mismo ha llamado al hombre a ser su cooperador en la organización progresiva de un universo en el que el hombre debe ser imagen de Dios. Es preciso, por consiguiente, renovar el concepto de criatura a la luz del descubrimiento de un mundo en transformación.

En sana crítica podemos afirmar que Chenu Marie-Dominique disocia fuertemente, sobre la base de la concepción agustiniana de las *rationes seminales*, al decir que Dios crea todo al principio y de una vez y las actividades y crecimiento de los seres no son más que el despliegue de lo que sus formas eternas precontienen. No hay una operación creadora continua y, por lo tanto, la historia es una sombra sin consistencia propia, pura mutabilidad en los confines de la nada.

Chenu Marie-Dominique está más de acuerdo con la concepción tomista. Según ésta, el tiempo es una coordenada esencial del hombre y de su vida. En él el ser humano colabora con la obra del Dios eterno. Es la perspectiva de las causas segundas. La obra divina es siempre actual; es una creación constante en el hoy que abarca todo el tiempo y toda la eternidad.

Esta teología de la creación incluye una teología de las realidades terrestres y específicamente de la realidad del trabajo humano. Permite reconocer una afirmación plena de la autonomía de las realidades terrestres, de su valor intrínseco independientemente de la intención del hombre, de su inteligibilidad y ordenabilidad en una visión total de la creación. En virtud de la ordenabilidad se refiere a una apertura de las realidades terrestres a la gracia, a la plenitud de la obra de Dios en el hombre. Este planteamiento de la realidad terrestre del trabajo lleva a que consideremos una teología en donde se conciba la relación entre lo sacro y lo profano como una realidad en donde toda la creación es obra de Dios y al mismo tiempo está sometida al poder y al dominio del hombre. Más aún cuando el fenómeno técnico moderno permite identificar una desacralización de la naturaleza que ilumina nuestra inteligencia de la realidad. En efecto, desde esta visión teológica debemos ser cada vez más concientes de que las fronteras entre lo sacro y lo profano se esfuman. Lo

sacro se hace profano y lo profano tiene un nuevo acceso a lo sacro. Esto significa que no hay un criterio objetivo para distribuir las cosas en sagradas y profanas, pues es la acción histórica de la humanidad la que determina las fronteras.

Una segunda aclaración pertinente para nuestro estudio sobre el sentido del trabajo a la luz de la fe cristiana corresponde a la antropología de base en la teología del trabajo y, por consiguiente de la creación. Chenu Marie-Dominique sigue ciertamente la línea antropológica de Santo Tomás. Considera que el hombre tiene una consistencia interna sumamente elaborada en la cual está trazada la ley interior de su ser sin extrinsecismos. Esto indica que el hombre está y vive inmerso en el universo y forma parte de él. Como ser corporal es solidario con el cosmos, no es un extranjero ni puede vivir ajeno al desarrollo de este cosmos en la historia. El hombre es un microcosmos que recapitula en sí los recursos materiales, biológicos, psíquicos de la naturaleza..., y así realiza su propio destino realizando el de la naturaleza, el macrocosmos¹⁵.

Desde esta perspectiva antropológica la base de la función del hombre en relación con la naturaleza nace de la concepción en donde la materia y el espíritu lo constituyen en una unidad consubstancial. Significa que toda separación en el hombre, entre el alma y el cuerpo, destruye o desequilibra en la medida en que es separación y cuestiona la naturaleza misma del microcosmos. Esta unidad interna del ser del hombre permite comprender una nueva inteligencia de la materia. Motivo para rechazar todo intento espiritualístico de solucionar los problemas con un dualismo, más o menos latente en donde la materia quede relegada a una especie de sub – suelo del alma como algo despreciable.

Como cristianos ciertamente no podemos dejar llevarnos por las corrientes teológicas que se basan en la pendiente del dualismo. Sería un atentado contra la economía de la encarnación en la cual está comprometido y en la que la materia misma esta salvada, al entrar en la resurrección de la carne, en el destino mismo del espíritu, reencontrando así el verdadero sentido de la creación. En consideración este planteamiento nos pone ante un

¹⁵ Nicolás, *Teología del progreso*, 61.

humanismo integral que no se opone entre sí, sino que acepta e integra materia y espíritu. En razón de lo manifestado esta hipótesis sobre la consubstancialidad de materia y espíritu en el hombre y el planteamiento de la inteligencia de las actividades humanas basadas siempre en la estricta unidad en el hombre nos permiten como teólogos liberarnos de la escuela agustiniana dualista, de todo intento maniqueo y de las aporías siempre mayores que de ellas dimanar.

Lo planteado hasta ahora permite presentar los elementos teológicos sobre el pensamiento de Chenu Marie-Dominique sobre el trabajo. De antemano manifiesto que este autor permite comprender que a la teología vieja teología le ha faltado una inserción de la realidad del trabajo y, por consiguiente, en el Concilio Vaticano II uno de los temas que se ha reflexionado ha sido sobre la actividad humana en el mundo. Esto lleva a plantear que la realidad del trabajo es un tema que se debe cada vez más insertar en los misterios de la creación, de la encarnación y de este modo del misterio pascual de Jesucristo. Pensando, por consiguiente, que una sociedad tecnificada aporte al mismo concepto de trabajo, Chenu Marie-Dominique elabora por primera una síntesis enriquecedora sobre el concepto del trabajo que nos conduce a la siguiente comprensión:

Una teología del trabajo debe inspirarse enteramente en la luz del plan divino sobre el mundo y el hombre. Pero, al mismo tiempo, debe también prestar atención a la evolución de las circunstancias fácticas, la situación social, la civilización y sus técnicas colectivas. No existe una teología abstracta del trabajo cuya aplicación sería suficiente considerar. El examen de la situación entitativa del hombre y de un mundo en evolución requiere desde el comienzo el reconocimiento de este principio. Esto nos permite ya reconocer que los esfuerzos de los teólogos deberán dirigirse al punto en que se compenetran estos dos misterios: El de la creación y el de la encarnación redentora. Los teólogos modernos sucumben a la idea de una oposición entre la naturaleza y la gracia. Con ellos se privan del medio para comprender el papel integral del trabajo dentro del orden divino de la salvación y sólo pueden concederle un valor subjetivo y moral, que permanece externo a lo que

el trabajo produce. Por el contrario, este valor debe determinarse en virtud de una clara comprensión de la historia que se desenvuelve en el tiempo y cuyo realizador es el hombre, y dentro de la relación de esa historia con el reino de Dios, cuya condición escatológica no disminuye su presencia en el tiempo¹⁶.

Por consiguiente, si queremos comprender los conceptos teológicos que estructuran una teología del trabajo se debe tener en cuenta que el hombre entra en el plan de Dios como colaborador en su obra de creación. Dios mismo le confía un universo sin acabar. Es un demiurgo y sujeto creador con Dios, perfeccionador de la naturaleza.

Las implicaciones de esta iniciativa divina permiten reconocer que es el trabajo humano el que realiza la creación. Dios le ha señalado como destino intrínseco el ser construcción del mundo. Así, esta actividad posee un sentido supremo y ocupa un lugar en el plan amoroso de Dios. Por otra parte desaparece todo dualismo en la obra humana; y se incluye la posibilidad de una inteligencia de plena compenetración de las causas segundas con la causa primera.

La comprensión de las causas segundas nos pone ante un concepto de creación progresiva, continua, dinámica. Dinamismo que obliga a renovar en la realidad actual el sentimiento que se tiene de criatura. Es preciso restablecer en la sociedad el sentido exacto de la referencia a Dios e incluirla en el mismo ser y en el devenir de las cosas, ya sea según el proceso de la naturaleza o bajo el impulso del hombre. Este sentido permite profundizar la virtud de la religión, como la vuelta a Dios, en la que el mundo y las cosas encuentran su fuente creadora a través del hombre. Éste con su libertad y capacidad de conocimiento y de amor se hace el mediador del retorno de las criaturas a Dios.

La Escritura ilumina el sentido del trabajo humano, al presentar a Dios como Creador omnipotente (Gn 2, 2; Jb 38-41; Sal 104 y 147), que plasma al hombre a su imagen y lo invita a trabajar la tierra (Gn 2, 5-6) y a custodiar el jardín de Edén en donde lo ha puesto

¹⁶ Nicolás, *Teología del progreso*, 71-72.

(Gn 2, 15). Él mismo Dios confía a la primera pareja humana la tarea de someter la tierra y de dominar todo ser viviente (Gn 1, 28).

El dominio del hombre sobre los demás seres vivos, sin embargo, no debe ser despótico e irracional; al contrario, ha de “cultivar y custodiar” (Gn 2, 15) los bienes creados por Dios: bienes que el hombre no ha creado, sino que ha recibido como un don precioso, confiado a su responsabilidad por el Creador. Cultivar la tierra significa no abandonarla a sí misma; dominarla es tener cuidado de ella, así como un rey sabio cuida de su pueblo y un pastor de su grey.

En el designio divino las realidades creadas terrestres existen en función del hombre. Por este motivo el salmista al asombrarse ante el misterio de la grandeza exclama:

¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo de Adán, para que de él te cuides? Apenas inferior a un dios le hiciste, coronándole de gloria y de esplendor; le hiciste señor de las obras de tus manos, todo fue puesto por ti bajo sus pies” (Sal 8, 5-7).

De esta manera entendemos que el trabajo pertenece a la condición originaria del hombre y precede a su caída; no es ni un castigo ni una maldición. Se convierte en fatiga y pena a causa del primer pecado, que rompe la relación confiada y armoniosa con Dios (Gn 3, 6-8). La prohibición de comer “del árbol de la ciencia del bien y del mal” (Gn 2, 17) recuerda al hombre que ha recibido todo como don y que sigue siendo una criatura y no el Creador.

El pecado de Adán y Eva fue provocado precisamente por esta tentación: “seréis como dioses” (Gn 3, 5). Quisieron tener el dominio absoluto sobre todas las cosas, sin someterse a la voluntad del Creador. Desde entonces el suelo se ha vuelto avaro, ingrato, sordamente hostil (Gn 4, 12); sólo con el sudor de la frente será posible obtener el alimento (Gn 3, 17.19). Sin embargo, a pesar de este pecado de los primeros padres, el designio del

Creador, el sentido de sus criaturas y entre éstas, del hombre llamado a ser cultivador y custodio de la creación, permanecen inalterados.

Ahora bien, el trabajo debe ser honrado y valorado en las sociedades actuales, porque es fuente de riqueza o al menos de condiciones para una vida decorosa y en general instrumento eficaz contra la pobreza (PR 10, 4). Pero no se debe ceder a la tentación de idolatrarlo, porque en él no se puede encontrar el sentido último y definitivo de la vida. Es una realidad esencial, pero es Dios, no el trabajo, la fuente de la vida y el fin del hombre. El principio fundamental de la sabiduría es el temor del Señor; la exigencia de justicia, que de Él deriva, precede a la del beneficio: “Mejor es poco con temor de Yahvéh, que gran tesoro con inquietud” (PR 15, 16); “más vale poco, con justicia, que mucha renta sin equidad” (PR 16, 8).

De este modo el culmen de la enseñanza bíblica sobre el trabajo es el mandamiento del descanso sabático. El descanso abre al hombre, sujeto a la necesidad del trabajo, la perspectiva de una libertad más plena, la del Sábado eterno (Hb 4, 9-10). El descanso permite a los hombres recordar y revivir las obras de Dios, desde la Creación hasta la Redención, reconocerse a sí mismos como obra suya (Ef 2, 10) y dar gracias por su vida y su subsistencia a Él, que es el Autor de ellas.

La memoria y la experiencia del sábado constituyen un baluarte contra el sometimiento humano al trabajo, voluntario o impuesto, y contra cualquier forma de explotación, oculta o manifiesta. El descanso sabático, además de permitir la participación en el culto a Dios, ha sido instituido en defensa del pobre; su función es también liberadora de las degeneraciones antisociales del trabajo humano. Este descanso, que puede durar incluso un año, comporta una expropiación de los frutos de la tierra a favor de los pobres y la suspensión de los derechos de propiedad de los dueños del suelo: “Seis años sembrarás tu tierra y recogerás su producto; al séptimo la dejarás descansar y en barbecho, para que coman los pobres de tu pueblo, y lo que quede lo comerán los animales del campo. Harás lo mismo con tu viña y tu olivar” (Ex 23, 10-11). Esta costumbre responde a una profunda

intuición de que la acumulación de bienes en manos de algunos se puede convertir en una privación de bienes para otros.

Estos elementos bíblicos del Antiguo Testamento permiten identificar que una de las mejores aportaciones a la teología del trabajo y así a la teología de las realidades terrestres es la dignificación del ser humano desde su trabajo, pues la profesión es una realidad que no se puede reducir al terreno de la naturaleza, de lo profano, sino que se debe exaltar como gracia. Pues el hombre se sitúa dentro de la expansión creadora en articulación de la materia y el espíritu. Entonces su profesión y trabajo organizado son juntamente el lugar donde él realiza el plan creador de Dios.

Así en ese plan se introduce la vocación, en la que el trabajo presenta un carácter de colaboración con Dios y desde esta perspectiva debemos reconocernos como co-creadores. Chenu Marie-Dominique afirma que la trascendencia y gratuidad de esta llamada está dirigida al hombre como invitación a un diálogo personal, a una relación de lo natural y lo sobrenatural, de lo profano con lo sagrado. Estos aportes a la teología del trabajo suponen un cambio de horizonte en nuestro acercamiento a las realidades terrestres. Chenu afirma:

El trabajo ya no es ante todo, en este encuentro del hombre con la naturaleza, una disciplina, una perfección del hombre de la que el trabajo no sería más que la ocasión: es ante todo la producción de una obra... El trabajador labora para su obra al mismo tiempo que para sí mismo: ley de generosidad metafísica que define la actividad laboriosa. En la interferencia constante de la perfección de la obra y de la perfección del obrero, se impone la perfección de la obra, resultando aquél sometido a ésta... Para precisar más, digamos que es produciendo una obra, subordinándose a ella y sometiéndose a sus leyes en la materia, como el hombre halla en el trabajo su perfección de hombre¹⁷.

¹⁷ Nicolás, *Teología del progreso*, 75.

Estas afirmaciones implican que una teología que vaciase de su contenido una realidad como el trabajo humano, poniendo fines extrínsecos, ajenos a su contenido esencial, sería una desvirtuación de su realidad más íntima. Hablamos entonces de la misma teología de la creación que debe estar liberada de todo dualismo y de toda alienación de la materia, en la que actualmente se desvaloriza la radicalidad del fin del trabajo, es decir de la perfección de la obra y perfección del plan de Dios.

1.3 El hombre a imagen de Dios (Gn 1,26-27).

Severino Croatto en su libro *El hombre en el mundo I* nos abre a la consideración de que el relato sacerdotal del Génesis 1, como alabanza al Dios creador permite identificar la creación del hombre sobre la tierra como la octava obra que le da un sentido nuevo a toda la existencia. Valga preguntarnos qué hubiera sido del universo sin la presencia del hombre sobre la tierra para que hablara en su nombre, pues debemos reconocer que “los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Sal 19,2), gracias a que el ser humano con su testimonio y trabajo convierte al cosmos en palabra. Y por su experiencia religiosa lo hace inteligible y por su inteligencia y su asombro lo transforma y enriquece por su ciencia¹⁸.

El ser humano es por naturaleza el descubridor y quien decide del cosmos. Más aún cuando es visto desde el lenguaje religioso en la perspectiva ontofánica de la cosmogonía que es resignificada en cuanto se orienta a él. De este modo la tarea es comprender desde el texto del Génesis los datos que definen al hombre en su esencia y en su relación con Dios y de esa manera tener los argumentos para afirmar que el trabajo tiene sentido a la luz de la palabra revelada y por lo tanto a la luz de la fe cristiana en la actualidad.

Iniciamos con la afirmación de que el texto introduce una nueva “Palabra” divina:

¹⁸ Croatto, *El hombre en el mundo 1*, 169.

26. Dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra,
y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos,
y en las bestias y en todas las alimañas terrestres
y en todas las sierpes que serpean por la tierra.
27. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya,
a imagen de Dios le creó
macho y hembra le creó (Gn 1, 26-27).

Este texto permite identificar una discontinuidad y ruptura con el estilo anterior, pues ahora Dios habla en plural consigo mismo. Se reconoce en el texto que ya no hay una palabra que crea de inmediato: “Hágase” y “así sucedió”. Sólo se nota un anuncio expresado en un diálogo de Dios consigo mismo. Así lo que sorprende no es la ausencia de la orden, sino la nueva formulación de aquella voz creadora, pues podemos identificar que es nueva la manera de hablar cuando se expresa un designio especial en aquello que se quiere hacer. Esto para decir que cuando el relato babilónico de la cosmogonía se refiere al proyecto de Marduc de efectuar obras artísticas es claro que se dirige a Ea, es decir el dios de la sabiduría y de las artes con estas palabras:

Amasaré sangre y crearé huesos,
Estableceré un ser humano; hombre se llamará.
Es verdad, un ser humano crearé,
Para que cargando con el servicio de los dioses,
Estos puedan reposar¹⁹.

Marduc también se habla a sí mismo en presencia de los otros dioses y dirigiéndose al dios organizador. No obstante, el Dios del Génesis no tiene evidentemente a quien dirigirse, pues su primer diálogo es con el hombre que se dispone a crear. Por tal razón esta forma de hablar de Dios revela algo pensado y reflexionado, es decir es algo que lo podemos comprender como una voluntad que hace parte de los designios del Creador, pues

¹⁹ Croatto, *El hombre en el mundo 1*, 170.

siendo palabra suya es eficaz. Entonces se puede proponer que el proyecto de Dios en los versículos 26 y 27 reemplaza a la orden habitual por razón del contenido mismo de la acción que Dios se dispone a realizar. El hombre es demasiado enigma y pregunta como para que satisfaga una formula como ésta: “Que exista el hombre sobre la tierra... y así sucedió”.

El camino que hemos de seguir es que el hombre necesita explicarse a sí mismo, yendo más allá de un reconocimiento del poder creacional de la Palabra que lo pone en el mundo. El *Logos* de Dios es precedido aquí por una voluntad que proyecta y que a su vez asume la mediación de la palabra reveladora (“dijo Dios...”). Así la palabra orden al señalar una creación específica, la palabra designio del v. 26^a des-oculta el pensamiento de Dios y por tanto convierte a esta obra no en el efecto de una voz todopoderosa, sino en la manifestación de las profundidades de Dios²⁰.

Es preciso resaltar que es la palabra *designio* la que permite establecer una relación de Dios con el hombre, diferente a la que se da con el resto de la creación. Ahora bien, si el hombre es creado el mismo día que los animales terrestres se debe a la reorganización del material por el redactor que quiere dejar lugar para el descanso divino en el séptimo día. Igualmente debemos reconocer que mientras en la concepción sacerdotal todas las obras de Dios se orientan a una meta precisa, es decir, el reposo creacional, el hombre debe guardar en el interior de su esquema el puesto de término y coronación del hacer divino con su trabajo en el mundo. El ser humano sólo es relativizado con respecto a su propia meta, que es el encuentro con su Creador en el descanso sagrado. Ahora bien, él es el sentido del advenimiento de los otros seres: el mundo y los animales.

Para ahondar en el significado, la creación del hombre se anuncia y se describe con el verbo “hacer”, pues según la costumbre teológica sacerdotal no se aclara nada sobre el “cómo” o “el origen” (véase Salmo 139: 13ss). En cambio el lenguaje mítico sí se expresa más con el “cómo” la fe con la afirmación del hecho, porque la inescrutabilidad del operar divino impide toda descripción artesanal, que sería antropomórfica. Por lo tanto el hacer de

²⁰ Croatto, *El hombre en el mundo*1, 170- 171.

la tradición sacerdotal es dejado “vacío” por el narrador de Génesis 1, para poder así destacar el solo acontecimiento del ser. Además este silencio del modo de obrar de Dios queda sin términos y ahonda el misterio. La alocución divina del v. 26: “Hagamos el hombre a nuestra imagen” afirma un anuncio de un designio concebido que se manifiesta en toda la creación²¹.

Pero a pesar de reconocer ese designio de Dios, nos preguntamos sobre el significado de que el hombre sea creado a imagen de Dios. Considero que debemos partir del hecho de que la afirmación del Génesis 1,26a constituye un teologúmeno central para el autor quien lo remarca tres veces (v. 27a) en la antropogonía y lo retoma cuando se comprueba la maravillosa capacidad del hombre de transmitir la vida. Hemos de admirar el hecho de que aquella imagen de Dios perdure en el hijo (Gn 5,1b.3). Con esta referencia se quiere decir que la sucesión de Gn 5,1-3 es una referencia explícita a la creación de Gn 1,26s, con el propósito de unir intencionalmente el tema del hombre imagen de Dios y del hijo imagen del padre.

Es una primera aproximación al sentido de imagen en esta tradición. Por ello, la copia física que es el hijo respecto de sus padres nos hace preguntar si no se concibe también al hombre como hecho según la forma de Dios. Esta idea permite afirmar que el hombre tiene un origen divino y puede considerarse hijo de Dios como Set es hijo de Adán. Se advierte así una continuidad y dinámica de Dios con el ser humano que debe ser comunicada a toda la humanidad hasta el final de los tiempos. Y entonces esta continuidad, al ser constitutiva del ser del hombre, se hace igualmente explícita en sus obras, es decir en su trabajo, dándole así continuamente sentido y orden a ese primero y eterno anuncio del Creador.

Por otro lado debemos resaltar que en los textos hebreos, tanto *selém* (imagen) como *dmüt* (semejanza) tienen su propio matiz, pero el segundo término (*dmüt*) atenúa la significación del primero. El primero se refiere más a la forma física, al cuerpo y el segundo orienta a algo más interior y espiritual. *Sélem* es más visual, como lo indica su

²¹ Croatto, *El hombre en el mundo 1*, 171.

etimología de sombra. Quizás podemos decir que los semitas no tenían una representación más concreta y plástica que la de sombra que dibuja espontánea y perfectamente al objeto. En efecto, los dos términos se complementan en cuanto establecen una relación de unidad y aproximación entre dos seres u objetos. Además toda la realidad de la “imagen” consiste en ser copia y en una contemporaneidad con el paradigma²².

Es decir sin Dios no existe el hombre –imagen ni en su origen ni en su presente. En consecuencia cuando el hombre obra reconociéndose imagen de Dios es de identificar que su obrar, su trabajo se orienta desde la voluntad divina. Así la imagen es un ex–sistir. La semejanza es en cambio como un ir al arquetipo, pero esta no es su razón de ser. Entonces la semejanza es un encuentro, una clarificación, un hacerse inteligible como cuando dos personas sintonizan profundamente en la amistad o en el amor o cuando el trabajo que realizan los seres humanos les permiten sintonizar con el designio de Dios, al poner las obras en función de la construcción del Reino de Dios. Lo antedicho significa que el pasaje del Génesis intenta definir al hombre por algo muy profundo que se refleja en cuanto a que su ser es completado por Dios y su origen es arquetipo de su ser y de su modo de ser. Cuando el ser humano toma conciencia de este hecho, es decir de su esencia, se reconoce en sintonía con su creador y le encuentra sentido a toda la creación y a su trabajo en ella.

1.4 . La misión del hombre en el mundo (Gn 1,26-31).

Reflexionar sobre el dominio del hombre en el mundo me lleva a pensar que al ser creado a imagen de Dios, debe saber que no es él quien descubre su identidad trascendente con su Creador para alejarse de la materia y de lo contingente, sino el que conjuga aquel parentesco divino con una inserción en la historia y una toma de posición frente a la naturaleza. Para comprender entonces el sentido del ser humano en el mundo y el valor que hoy tiene su trabajo en la creación, es importante tratar sobre la bendición que Dios le otorga, el encargo de dominar la creación y lo que significa la provisión de su alimento.

²² Croatto, *El hombre en el mundo 1*, 172-173.

En relación con la bendición podemos partir de la afirmación bíblica: “Y los bendijo Dios, y les dijo a ellos: sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo viviente que corretea sobre la tierra” (Gn 1, 28). Este texto permite distinguir una bendición y una palabra de Dios aclaratoria. Se quiere expresar que es la palabra la que explica el gesto o acontecimiento del don. Por consiguiente se habla de la presencia de la palabra creadora, pues se trata del otorgamiento de una potencia de procreación. Es de resaltar la novedad de este acontecimiento en el sentido de lo que significa el hombre dialógico, capaz de escuchar al otro. De ahí la frase del versículo 28: “Y les dijo Dios a ellos”, en comparación con la expresión del versículo 26: “Hagamos...”, en la que Dios ya no habla consigo mismo, sino con el hombre como lo hará en la revelación histórica²³.

De esta manera el hombre hecho capaz de diálogo e identificado por su relación más comunicable, la de hombre-mujer, es aquél que escucha a Dios como a su primer interlocutor exterior, pero además trascendente. El autor sacerdotal permite reconocer que el ser humano está puesto en el centro de la escena, a pesar de que no se presupone ninguna respuesta verbal de su parte para indicar la trascendencia o para señalar por el silencio la eficacia de ésta.

El tema del dominio de la tierra se menciona dos veces en la narración de la antropogonía: En el versículo 26b aparece el dominio como finalidad y consecuencia de la creación del hombre a imagen de Dios: “Para que manden sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados – y sobre toda la tierra – y sobre todos los reptiles que corretean sobre la tierra”.

El tema central es la dominación del mundo. Es la intención del designio divino de crear al hombre. El significado es que el Dios creador deja en la tierra a su propia imagen como hacedor, como señor del mundo recién formado y provisto para él. Filón de

²³ Croatto, *El hombre en el mundo 1*, 193 -194.

Alejandría comentará, por consiguiente, que el hombre, por ser imagen de Dios, es la contraiimitación de la potencia de Dios. Esta afirmación lleva a considerar que desde el punto de vista funcional es el lugarteniente de Dios, razón para ejercer su poder sobre la creación. En verdad, si en Mesopotamia se concibe al hombre como sustituto de los dioses menores en el trabajo y la erección de los santuarios, en el Génesis aparece creado para someter con su trabajo, su técnica, su ciencia y su sabiduría la naturaleza como extensión del poder de Dios.

Es posible considerar que el dominio del hombre es una noción que indica sometimiento, distinto del usado en Gn 1,16-18 del gobierno astral sobre la tierra y que se refiere especialmente a los animales y a la tierra. Con esta afirmación se quiere indicar que el control de los animales es simbólico y por lo tanto es una manera de enfatizar y visualizar el señorío del hombre sobre las cosas creadas. Esto se afirma en Jr 27,6- 28,14 y en Dn 2,38 con el motivo del temor de los animales hacia el hombre y del ser entregado al servicio de las manos del co-creador.

El señorío humano sobre los animales, es decir, sobre todos los seres vivos y móviles con capacidad para huir o enfrentarse está pensado para abarcar una totalidad. Por eso las dos menciones de la tierra quedan indeterminadas en 1,26b: “Y sobre toda la tierra” y en el v. 28a: “Y sometedla”.

En efecto, el señorío otorgado al hombre corona admirablemente la obra creacional, es decir, todo el universo se concentra de mayor a menor en el sentido que él le dé a la creación. Este planteamiento nos ubica en una visión antropocéntrica y por lo tanto al autor no le interesa explicar la función de tal o cual planta o el origen de una hierofanía astral, sino la convergencia de todo el cosmos en el ser inteligente y libre que vuelve, que reflexiona sobre ese mundo para usarlo, para crear, para realizarse de una manera cada vez más próxima a su Creador.

Además el escritor sacerdotal se detiene en la superioridad material del hombre sobre la naturaleza. Naturalmente ello se debe al lenguaje concreto o de origen simbólico que hereda. Ahora bien, tal expresión simbólica permite leer en el texto una intencionalidad muy honda y universal. Ésta se refiere, según los hebreos y como lo da a entender el Sirácida en su comentario, a la creación del hombre y al dominio otorgado a él y expresado desde una referencia enfática a la inteligencia:

Le dio el dominio sobre ella (la tierra). Le vistió de la fortaleza a él conveniente y le hizo según su propia imagen.

Infundió el temor de él en toda carne y sometió a su imperio las bestias y las aves. Dióle lengua, ojos y oídos y un corazón inteligente.

Llenole de ciencia e inteligencia y le dio a conocer el bien y el mal. Le dio ojos para que viera la grandeza de sus obras.

Y añadióle ciencia, dándole en posesión una ley de vida. (Si 17, 3-11.).

El anterior texto en una lectura actual del Gn 1,28. Implica la ciencia, la técnica y la cultura en general. Permite considerar que el hombre ha decolado de la naturaleza en una dialéctica ascendente. Razón para plantear que el dominio que ejerce el hombre sobre ella no se puede usar arbitrariamente, sino que ha de ponerse al servicio de los hermanos. La Sagrada Escritura muestra efectivamente la continuidad entre la creación y la salvación, igual que entre Dios y el hombre. Esto significa que el hombre de la Biblia, autónomo y libre, es en cuanto imagen de Dios un hombre que desde su trabajo debe proyectarse hacia sus máximas posibilidades.

El Génesis 1, igualmente, nos permite reflexionar sobre la alimentación como fuente del trabajo del hombre, como fruto de su esfuerzo al laborar la tierra y todo lo que la creación le ofrece:

29. Dijo Dios: he aquí que les doy todos los vegetales que producen semilla y que están sobre la tierra, y todo árbol en el cual está el fruto que produce semilla: para vosotros serán de alimento.

30. A todos los animales de la tierra, a todas las aves del cielos y a todo lo que corretea sobre la tierra y que tiene vida: (les doy) como alimento todo pasto verde. Y así sucedió.

Este texto desde el punto de vista del contenido es una unidad que nos introduce en el tema del alimento que Dios designa para el hombre y los animales. Esta nueva imagen nos pone igualmente ante un Dios que es providente. Ahora bien, podemos notar el contraste con la antropovisión mesopotámica. En ésta el hombre es creado para cuidar de los dioses y con su trabajo proveer a su alimentación, en cambio en Génesis 1 es Dios quien procura el alimento y el trabajo a los hombres.

De este modo todo lo que se considera significativo debe remontarse al ordenamiento divino, manifestación de la gran palabra originaria del Creador. Sin embargo hay que resaltar que el relator sacerdotal es muy reticente respecto al comer carne animal, que tiene sangre portadora de vida (9,4; Lv 17,11). Este texto muestra que se pasa del tema de la alimentación animal al tema del homicidio. En razón de lo dicho se reconoce que el sacerdotal acepta con limitaciones el uso carnívoro, a partir del diluvio, pero evita cuidadosamente el remontarlo a la creación, para no convertirlo en orden divino ideal.

Estos planteamientos tratados desde el autor sacerdotal nos podrían llevar a plantear que hoy es necesario remontar el sentido del trabajo y por lo tanto el dominio de la tierra y la alimentación al orden divino. Argumento que en el mundo actual llevaría a que la humanidad tenga una cosmovisión no regulada desde lo económico, sino orientada a una economía de salvación que ha encontrado su culmen en Jesús de Nazareth.

En este sentido en el versículo 29 se da a conocer el ordenamiento divino en razón de la fuente alimenticia del hombre y en el siguiente la de los animales. La diferencia es

notable, ya que mientras los animales se aprovisionan de todo pasto verde, el hombre se provee también de frutas. Es interesante que a pesar de ser algo natural se reconoce que el uso de los árboles frutales está relacionado con el trabajo del hombre o con su inteligencia, ya que los frutos deben ser cultivados o al menos cosechados o discernidos. Podemos considerar que el trabajo del hombre es otra expresión del dominio del hombre sobre la naturaleza.

Todas las expresiones de dominio y entre ellas el trabajo son la concreción de la acción de Dios sobre la tierra. En el versículo 31 se afirma que todo era bueno. Aquí la intención del autor se dirige a mostrar cómo se cierra por una parte la obra total de los seis días y se deja lugar al sábado (Gn 2,1-3), pero por otra parte el énfasis se coloca sobre la bondad de la creación. Las palabras expresas son: “Vio Dios todo lo que había hecho y he aquí que era muy bueno. Fue una tarde y una mañana: día sexto.” (Gn 1,31).

Es interesante constatar que las palabras “he aquí que era muy bueno” ya no se refieren al sexto día o a sus dos obras, sino a toda la creación. Por ello se puede afirmar que cada una de las obras divinas es buena. La bondad de las cosas creadas es una de las ideas centrales que refleja toda una concepción del mundo. En consecuencia en el v. 31 la bondad de toda la creación remarca que la totalidad posee un nuevo sentido, pues cada una de sus partes se entiende por las otras y las primeras por la última que es el hombre. En razón de lo dicho el ser humano al ser imagen y semejanza de Dios debe reflejar la bondad de Dios desde la bondad de su actividad humana, haciendo posible que su trabajo sea un ministerio que esté al servicio de los designios de Dios.

En otras cosmovisiones como la del Timeo el mundo y sus realidades terrestres llevan un nombre que señala la bondad, la belleza y la perfección del mundo paradigmático. En cambio en el Génesis no se excluye esa connotación de bello igual a bueno como contemplación, sino que prima lo bueno igual a verdad como sentido en relación con un fin.

El texto de Gn 1,31 que venimos comentando es un texto en donde es el mismo Creador quien considera su obra y la aprueba. No se trata de un autoelogio, sino de la afirmación divina antes que nada, de su sentido y de una inmensa bondad radical de toda la creación. Este énfasis muestra la seguridad más afirmativa acerca de un pueblo en el mundo, que debe estar orientado desde las realidades terrestres y por lo tanto desde la acción humana, con una misión constructiva. Además el reconocimiento que Dios hace de su creación se complementa con la alabanza que la humanidad hace del mundo. Por ellos el pueblo de Israel ve con gozo la maravilla de lo creado, como la primera expresión de la gloria (Sal 19,2; Si 39,16).

En consecuencia, manifiesto que la anterior reflexión es fruto de las investigaciones que ha realizado Severino Croato sobre el estudio del Génesis. Por tal razón, al estudiar el sentido del trabajo a la luz de la fe cristiana me permite considerar las razones bíblicas que presenta el libro sagrado para pensar en la dignificación del ser humano al constituirse, en primer lugar, imagen y semejanza de Dios y, en segundo lugar, la dignificación del trabajo cuando reconocemos la misión que el hombre tiene en el mundo como co – creador, a partir de los designios de Dios.

1.5 . Fundamentos cristológicos del trabajo humano.

Juan Alfaro en su libro *Hacia una Teología del Progreso Humano* permite considerar que la teología, reflexión de la fe sobre sí misma debe fijar su atención ante todo en los problemas nuevos que surgen en la conciencia del creyente como exigencia de comprensión en la experiencia concreta de la experiencia cristiana. Es este sentido nos encontramos ante un problema teológico nuevo, profundamente vivido en la experiencia cristiana y reflejada en nuestros días por el creyente a partir de la pregunta ¿qué sentido tiene el trabajo humano a la luz de la fe cristiana en un mundo globalizado?

El punto de partida consiste en reconocer que el hombre de hoy ha llegado a la plena madurez de la reflexión sobre sí mismo en su relación al mundo y a la historia. Los

descubrimientos de la ciencia moderna han contribuido a una nueva toma de conciencia del destino radical del hombre a transformar el mundo y a transmitir sus propias creaciones intramundanas a las generaciones venideras para que ellas a su vez prosigan la humanización del mundo y en él la dignificación del hombre y de su actividad humana.

Una evidencia que hoy se impone absolutamente al hombre actual es que la humanidad existe para el mundo y para la historia, por ello, el destino intramundano e históricos del hombre no puede ser puesto en discusión. Ahora bien, la inclinación a transformar el mundo y a expresarse en él es una vivencia constitutiva del hombre, clave de su existencia y de la historia de la humanidad.

Es interesante ver que el innegable destino del hombre a llegar a ser más hombre, desarrollando su capacidad creativa dentro del mundo y en el horizonte de la historia, entra en conflicto vivencial e ideológico con el núcleo mismo del mensaje cristiano, que propone la expectación escatológica como la actitud primordial de la existencia cristiana. En este sentido el problema del sentido del trabajo humano surge, pues, dentro del cristianismo como un inevitable interrogante del sentido de la existencia cristiana. Hablamos de un problema primordial para el creyente, pues en él se pregunta sobre su actitud ante el mundo y ante los hombres, la cual es inseparable de la actitud ante el mismo Dios.

Esta actitud tiene sus presupuestos dogmáticos en el centro del cristianismo, es decir, en Cristo como Hijo de Dios venido al mundo y glorificado como Señor del mundo. Me refiero a la presencia de Dios en la historia por la encarnación y a la dimensión indivisiblemente histórica y metahistórica de la muerte y glorificación de Cristo pertenecientes a lo que significa todo su misterio pascual. Por tal razón al reflexionar sobre el sentido del trabajo humano debemos iluminarlo desde la fe cristiana, pues la relación del mundo y de la historia a Cristo no puede ser considerada como algo marginal en el mensaje cristiano. El anterior planteamiento sobre sentido del trabajo humano debe fundarse ante todo en los datos de la revelación cristiana y en la doctrina de la Iglesia. Razón para que en

este capítulo consideremos los datos bíblicos a la luz de la verdad revelada en la persona de Jesucristo.

Pensar en el trabajo de los seres humanos, como una realidad terrestre, cuyo horizonte de sentido se fundamenta en la economía de salvación acontecida de manera plena en la persona de Cristo, me lleva a considerar inicialmente, la fe de Israel como aquella que surgió de la experiencia de la acción salvífica de Yahvé en el acontecimiento histórico de su salvación y de su peregrinación hacia la tierra de la promesa. Reconocer como cristiano que Yahvé es el único Señor, el único Dios, porque, solamente Él salva (Ex 4,1-13). Igualmente comprender que la reflexión sobre el Dios de la alianza nos presenta el conocimiento de Yahvé como Señor de la historia y del mundo. El hombre debe tener presente que la fe en el Dios Creador supone la fe en la alianza y recibe de ella su perspectiva propia. De esta manera la creación del mundo y del hombre están integradas en el marco de la alianza. Así, el ser humano debe tomar conciencia de su alianza con Dios, a partir de un diálogo de mutua fidelidad, fruto de la elección divina²⁴.

El Génesis abre el espacio para considerar que Dios, como Señor y Creador del mundo ha puesto al hombre, su imagen, para que con su trabajo dominara el mundo. La imagen de Dios en el ser humano y su destino de dominar el mundo (Gn 1,26-30) se identifican de la siguiente manera: Por ser imagen de Dios el hombre está llamado a participar en la obra creadora de Dios con su dominio y administración de las realidades terrestres. Tomado del polvo de la tierra y vivificado por el espíritu divino es señor del mundo en la actitud personal que le impone la alianza con Dios.

Por consiguiente es claro que la misión de dominar el mundo no es algo sobreañadido a la existencia humana, sino que constituye su dimensión fundamental, como imagen y aliado de Dios. La relación de la creación con Dios pasa toda ella por la alianza, a saber por el hombre como participante en ella, como individuo, miembro de la comunidad humana. El pecado, como infracción de la alianza, es una realidad que se opone al dominio

²⁴ Alfaro, *Hacia una teología del progreso humano*, 17.

del mundo por el hombre en relación con el señorío de Dios sobre el mismo e impide la comunión de vida entre los seres humanos, según los designios salvíficos de Dios. El vínculo del hombre con Dios por la alianza se realiza en la acción dominadora sobre el mundo y en la unión con los demás

En consecuencia es razonable iluminar el sentido del trabajo desde el significado de la plenitud de la alianza en la persona de Jesucristo. Me refiero a todo el sentido de su misterio pascual de vida, muerte y resurrección. Reconocer así cómo este acontecimiento es una realidad en la cual Dios ha cumplido definitivamente las promesas salvíficas de la alianza, dándole a los humanos un espíritu de santidad y el perdón de los pecados. Por esta razón la más antigua fórmula de fe cristiana y los himnos litúrgicos de la fe primitiva (Flp 2,5-9; Col 1,15-17; Rm. 1, 2-4) proclaman el señorío de Cristo sobre la creación y por lo tanto el sentido de su acción sobre toda realidad terrestre²⁵.

En efecto la teología paulina desarrolló este núcleo fundamental de la primitiva fe cristiana en la afirmación explícita del dominio de Cristo sobre toda la humanidad (Rm 14,9), de la convergencia unificadora de la historia de salvación (2Co 1,20; 3,14) y de la finalización de toda la creación en él (Ef 1,10; Col 1,15). Cristo glorificado es la imagen de Dios por excelencia (2Co 4,4), porque por Él crea Dios y mantiene en su ser todas las cosas (1Co 8,6; Col 1,15-20; Hb 1,3-4). A Él le corresponde la primacía sobre toda la creación (Ef 3,11; Col 1,15-18). Estas indicaciones sugieren que en la intención divina el mundo y la humanidad están destinados desde sus obras a la nueva y eterna alianza en Cristo, a saber, a la participación escatológica en la gloria del Señor (1Co 11,25; 15,25-28; Rm 8,19-28; Ef 1,20-23; Flp 3,21)²⁶.

Juan Alfaro nos ayuda a comprender que:

²⁵ Alfaro, *Hacia una teología del progreso humano*, 18.

²⁶ *Ibid.*, 18 – 19.

Pablo afirma, por vez primera, la mediación cósmica y soteriológica de Cristo en 1Co 8,6: pues las dos mediaciones están indisolublemente unidas. Ahora bien, en los escritos paulinos los textos más significativos acerca del señorío de Cristo sobre la creación son: “Dádonos a conocer el misterio de su voluntad según su beneplácito... de recapitular todas las cosas en Cristo...” (Ef 1, 9-10); “Él Cristo es la imagen del Dios invisible, primogénito de toda la creación, porque todas las cosas han sido creadas por él. Todo ha sido creado por él y para él, y él es antes que todo y todo subsiste en él, y él es la cabeza del cuerpo, la Iglesia. Él es el primogénito de entre los muertos, para que ejerza en todas las cosas su primado” (Col 1, 15-20)²⁷.

Con todo Rudolf Bultmann, fiel a su principio hermeneúutico de desmitificación, considera el contenido de estos dos pasajes como ajeno al auténtico mensaje cristiano, intentando demostrar su origen puramente gnóstico. En la exégesis posterior, tanto protestante (Hans. Conzelmann) como católica (Heinrich Schlier, Franz Mussner), se ha descubierto la inconsistencia de la interpretación bultmanniana. Mediante representaciones, que ciertamente provienen de la gnosis, se expresa en Ef 1, 9-10 y Col 1, 15-20 un pensamiento original y auténticamente cristiano. Es una indicación de que, a través de la Iglesia, comunidad de fe, Cristo ejerce su dominio salvífico sobre toda la creación²⁸.

Juan Alfaro considera que Heinrich Schlier en su notable estudio sobre la carta a los Efesios analiza con precisión el sentido de 1, 9-10 comparándolo con Col. 1, 15-20. Este autor nos hace conocer que:

La manifestación del misterio de la voluntad de Dios que es Cristo, está en conformidad con aquella decisión que Dios había ya tomado en Cristo mismo sobre todas las cosas, en la cual él había vinculado todo con Cristo. Esto quiere decir que al

²⁷ Alfaro, *Hacia una teología del progreso humano*, 19.

²⁸ *Ibid.*, 19.

manifestar Dios su misterio, cumple esta decisión pretemporal... La eterna vinculación de su decisión con Cristo es ahora cumplida por Dios, en cuanto él realiza la plenitud de los tiempos en Cristo...

En su misma decisión eterna Dios se había vinculado con Cristo, quien debía ejercer su dominio en los tiempos de la historia, que por él han sido incluidos en la dimensión de la plenitud de Dios. La recapitulación del todo en Cristo consiste entonces en que Dios ha dado en Cristo al todo un jefe (cabeza), que está en un plano superior y en quien el todo es unido y sustentado. Además, todo el universo tiene en Cristo su cabeza y desde el principio está unido y erigido como sometido a él, así la Iglesia es el lugar donde la capitalidad de Cristo se hace efectiva²⁹.

En las afirmaciones anteriores podemos comprender que el cumplimiento de la elevación de la historia por su inclusión en la dimensión de Cristo, que se realiza en el tiempo, no es manifestado por Dios sino en la Iglesia misma, es decir, por la fe. Desde esta perspectiva subraya Schlier que en el pensamiento paulino Cristo ejerce su función de unificador, sustentador y finalizador de la creación y de la historia a través de la humanidad salvada por su Espíritu, que vive en la Iglesia, y que esta dimensión cristocéntrica del universo es un misterio de la revelación cristiana, inaccesible a la experiencia y a la razón del hombre.

Pablo ve cumplido en Cristo el irrevocable sí salvífico de Dios sobre la humanidad y sobre el mundo (2Co 1,19-20; Ga 3,15.22). El Hijo de Dios ha sido enviado por el Padre al mundo para que, apropiándose la situación de la humanidad esclavizada por el dominio del pecado y de la muerte, quebrantase este dominio por su muerte y resurrección. En efecto, Cristo resucitado, como Señor de la Iglesia y de la creación, envía a los hombres su Espíritu, que destruye el estado de hostilidad para con Dios, creando en ellos la actitud

²⁹ Alfaro, *Hacia una teología del progreso humano*, 20.

filial. Así el Espíritu Santo es en los creyentes no solamente garantía, sino principio vital de resurrección y de unión con Cristo glorificado (Rm 1,4.14-17; 1Co 15,45; Ga 4,6)³⁰.

Juan Alfaro permite, por consiguiente, considerar que el misterio de Cristo le confiere al trabajo humano un sentido absolutamente nuevo y definitivo, que proviene del carácter absolutamente nuevo y definitivo de la encarnación. Jesucristo entra en la comunidad humana y en su historia, como revelación y cumplimiento irrevocable de la comunicación de Dios en sí mismo al ser humano y por él a toda la creación. Estas afirmaciones centrales nos confirman en que el misterio de Cristo debe ser considerado en la totalidad y unidad de su devenir histórico desde la encarnación hasta la muerte y resurrección. Éstas son las tres fases fundamentales del hacerse hombre del Hijo de Dios. Él encuentra su autenticidad como ser humano en la temporalidad de su existencia, que culmina en su muerte, hasta lograr la plena divinización de su humanidad en la resurrección³¹

La reflexión anterior nos indica que la encarnación precontiene en sí misma el destino de Cristo en su muerte y glorificación. Al hacerse hombre como nosotros, Jesucristo se apropia el destino a la muerte, inscrito en lo más profundo de nuestra existencia. Por lo tanto el misterio que acontece en Jesucristo desde su encarnación, muerte y resurrección es la mayor expresión de sentido que Dios les revela a los hombres en la persona de su Hijo, para que siguiéndolo y trabajando como Él trabajó todo nuestro quehacer esté al servicio del Reino de Dios.

³⁰ Alfaro, *Hacia una teología del progreso humano*, 20.

³¹ *Ibid.*, 65.

2. EL TRABAJO DESDE EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA Y LAS CIENCIAS SOCIALES.

El magisterio de la Iglesia permite hacer una lectura del trabajo humano, a partir del estudio de las tendencias culturales, sociales, económica y política que el hombre ha establecido en el mundo desde su técnica y razón. Ciertamente siempre que el mismo magisterio trata de las cuestiones sociales busca comunicar a todos el sentido que estas problemáticas deben tener desde el espíritu de Dios. Ahora bien, hemos de reconocer que en un mundo globalizado, como el actual, el intento de realizar una lectura teológica adecuada debe tener presente las mediaciones que ofrecen las ciencias sociales. De esta manera es posible tener una mirada transdisciplinar de los desafíos que tiene la humanidad y así poder pensar en alternativas de transformación que respondan a la construcción del Reino de Dios.

Los objetivos de este capítulo son reflexionar sobre el valor eclesial de la problemática del trabajo humano y sobre sus proyecciones pastorales en el mundo actual; plantear el significado escatológico del mismo y en consecuencia reflexionar sobre el valor que tanto la Iglesia como las ciencias sociales (la economía) le dan al hecho social de la actividad humana, desde el significado de la dignificación del mismo y del desarrollo humano para toda la sociedad.

Para la fundamentación del valor eclesial de la problemática del trabajo humano se abordará el estudio de tres momentos cumbres del magisterio: 1. La Encíclica *Rerum novarum* del Papa León XIII (15 de mayo de 1891), respuesta a la explotación laboral de los obreros y anuncio de los derechos de éstos para incidir en su dignificación y ofrecer el sentido de la vida de los trabajadores. 2. Los avances que propone la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II (1965) sobre las cuestiones sociales y particularmente sobre la actividad humana en el mundo. Es una lectura de los signos de los tiempos que da las razones y esperanzas sobre esta problemática: desde referentes de sentido. 3. La Encíclica *Laborem exercens* del Papa Juan Pablo II (1981), la cual ahonda en

la visión de la Iglesia sobre la concepción del hombre y del trabajo en el mundo. Analiza el trabajo humano en la época moderna, con el propósito de mostrar a la sociedad actual la manera como el ser humano puede realizarse y dar su aporte positivo en la construcción del Reino de Dios.

2.1 . Una mirada eclesial del trabajo desde la modernidad

La *Rerum Novarum* está escrita inicialmente desde unos horizontes históricos en los que se reconocen las profundas transformaciones y grandes conquistas del trabajo. Ofrece una reflexión sobre la explotación de los trabajadores y las ofensas a su dignidad. Es la problemática crucial de la revolución industrial. La Iglesia la asume y el magisterio de León XIII reafirma los principios de validez universal en favor de los derechos del hombre trabajador.

Durante siglos el mensaje de la Iglesia se dirigía a una sociedad de tipo agrícola, caracterizada por ritmos regulares y cíclicos. En esta coyuntura es preciso anunciar y vivir el Evangelio en el nuevo contexto de acontecimientos de una sociedad más dinámica, teniendo en cuenta la complejidad de los nuevos fenómenos y de las increíbles transformaciones que la técnica ha hecho posibles. El punto focal de la Encíclica es la cuestión obrera, es decir el problema de la explotación de los trabajadores, producto de la nueva organización industrial del trabajo de matriz capitalista, y el problema, no menos grave, de la instrumentalización ideológica socialista y comunista, de las justas reivindicaciones del mundo del trabajo.

La *Rerum novarum* busca defender la inalienable dignidad de los trabajadores. A ella se une principalmente la importancia del derecho de propiedad, del principio de colaboración entre clases, de los derechos de los débiles y de los pobres, de las obligaciones de los trabajadores y de los patronos, del derecho de asociación. En consecuencia esta expresión del magisterio pontificio ilustra claramente sobre la oportunidad de dirigir las cartas sobre el poder político, sobre la libertad humana, sobre la

cristiana constitución de los Estados, ante los adelantos de la industria y de las artes, el cambio operado en las relaciones mutuas entre patronos y obreros, la acumulación de las riquezas en manos de unos pocos y la pobreza de la inmensa mayoría

La intencionalidad de esta reflexión es que resplandezcan los principios que estén orientados hacia la verdad y la justicia tanto humana como divina, pues es urgente proveer de manera oportuna al bien de las gentes de condición humilde, que constituyen la mayoría de las personas afectadas por las condiciones de miseria. El Papa considera que este problema que afronta la sociedad mundial es fruto de hombres codiciosos y avaros, bajo una apariencia de bien. Una razón de peso es que las relaciones comerciales de toda índole se hallan sometidas al poder de unos pocos, hasta el punto de que un número sumamente reducido de opulentos y adinerados ha impuesto el yugo de la esclavitud a una muchedumbre infinita de proletarios³².

La Encíclica es clara en afirmar como los socialistas creen que van a responder al problema de manera acertada acabando con la propiedad privada de los bienes y estimando que es mejor que todos los bienes sean comunes y administrados por las personas que rigen el municipio o gobiernan la nación. Piensan que con este traslado de los bienes de los particulares a la comunidad, distribuyendo por igual las riquezas y el bienestar entre todos los ciudadanos, se podrá curar el mal presente. Ahora bien, la *Rerum Novarum* considera que esta medida que es tratada desde medios externos como los bienes o el capital es tan inadecuada para resolver la contienda, que incluso llega a perjudicar a la propia clase trabajadora. Además es sumamente injusta, pues ejerce violencia contra los legítimos poseedores. Por otra parte los mismos socialistas pensaron que transfiriendo los bienes de los particulares a la comunidad alcanzarían una pronta respuesta al problema.

En consecuencia la Encíclica afirma que el hombre, al abarcar con su razón cosas innumerables, enlazar y relacionar las cosas futuras con las presentes y ser dueño de sus actos, se gobierna a sí mismo con la previsión de su inteligencia. En efecto, sometido

³² http://justiciaypaz.dominicos.org/kit_upload/PDF/jyp/Documentos%20eclesiales/Rerum_Novarum.pdf

además a la ley eterna y bajo el poder de Dios tiene en su mano elegir las cosas que estime más convenientes para su bienestar, no sólo en cuanto al presente, sino también en relación con el futuro.

Por otro lado se considera la necesidad de que se halle en el hombre el dominio no sólo de los frutos terrenales, sino también el de la tierra misma, pues se advierte que de la fecundidad de la tierra le son proporcionadas las cosas necesarias para el futuro. Por tal razón los socialistas deben tomar conciencia de que el Dios que dio la tierra para usufructuarla y disfrutarla a la totalidad del género humano no puede oponerse en modo alguno a la propiedad privada.

Otro argumento que asume la Encíclica es que la problemática del trabajo humano ha sido fruto de la instrumentalización que se le ha dado a la actividad humana y del sentido que ha recibido el capital en función de lo que para el hombre significa la técnica. Por este motivo es claro que ni el capital puede subsistir sin el trabajo, ni el trabajo sin el capital.

El magisterio de la Iglesia busca llamar a ambas clases al cumplimiento de sus deberes respectivos y, ante todo, a los deberes de justicia y equidad. Con respecto a los proletarios estos deberes son: Cumplir íntegra y fielmente lo que por propia libertad y con arreglo a justicia se haya estipulado sobre el trabajo; no dañar en modo alguno al capital; no ofender a la persona de los patronos; abstenerse de toda violencia al defender sus derechos y no promover sediciones; no mezclarse con hombres depravados, que alientan pretensiones inmoderadas y prometen artificiosamente grandes cosas, lo que lleva consigo arrepentimientos estériles y las consiguientes pérdidas de fortuna. En cambio los deberes de los ricos y patronos se refieren a no considerar a los obreros, como esclavos; a respetar en ellos, como es justo, la dignidad de la persona, sobre todo ennoblecida por lo que se llama el carácter cristiano. Que los trabajos remunerados, si se atiende a la naturaleza y a la

filosofía cristiana, no son vergonzosos para el hombre, sino de mucha honra, en cuanto dan la honesta posibilidad de ganarse la vida³³.

Tampoco debe imponérseles más trabajo del que puedan soportar sus fuerzas o una actividad que no esté conforme con su edad y su sexo. Pero entre los primordiales deberes de los patronos se destaca el de dar a cada uno lo que sea justo. Ciertamente es que para establecer la medida del salario con justicia hay que considerar muchas razones. Ahora bien, en general tengan presente los ricos y los patronos que oprimir para su lucro a los necesitados y a los desvalidos y buscar su ganancia en la pobreza ajena no lo permiten ni las leyes divinas ni las humanas.

En consecuencia la sociedad explotadora debe reconocer que la codicia representada en la riqueza no aporta para nada a la felicidad eterna, sino que más bien la obstaculiza. Por el contrario, los que carezcan de bienes de fortuna deben aprender de la Iglesia que la pobreza no es considerada como una deshonra ante el juicio de Dios y que no han de avergonzarse por el hecho de ganarse el sustento con su trabajo. Esta afirmación la confirmó de hecho Cristo, quien por la salvación de los hombres se hizo pobre siendo rico y, siendo Hijo de Dios y Dios Él mismo, quiso con todo aparecer y ser tenido por hijo de un artesano y no rehusó pasar la mayor parte de su vida en el trabajo manual.

A la luz de este ejemplo divino, se comprende muy fácilmente que la verdadera dignidad y excelencia humanas radican en el sentido y valor que le demos a la actividad humana desde los designios de Dios; que la virtud es patrimonio común de todos los mortales, asequible por igual a altos y bajos, a ricos y pobres³⁴.

Por otro lado la Encíclica nos permite comprender que quienes siguen los preceptos de Cristo se unirán por el amor fraterno, pues verán y entenderán que todos los hombres han sido creados por el mismo Dios, Padre común; que todos tienden al mismo fin, que es el

³³ http://justiciaypaz.dominicos.org/kit_upload/PDF/jyp/Documentos%20eclesiales/Rerum_Novarum.pdf

³⁴ *Ibid.*

mismo Dios, el único que puede dar la felicidad total a los seres humanos, quienes, además, han sido igualmente redimidos por el beneficio de Jesucristo y elevados a la dignidad de hijos de Dios, de modo que se sientan unidos, por parentesco fraternal, tanto entre sí como con Cristo.

Como los bienes naturales, los dones de la gracia divina pertenecen a todo el linaje humano. Por este motivo, una curación efectiva de la sociedad humana sólo será posible por el retorno a la vida y a las costumbres cristianas, ya que cuando se trata de restaurar las sociedades decadentes, hay que hacerlas volver a sus principios³⁵.

2.2 Referentes de sentido sobre el trabajo humano

El Concilio Vaticano II en su Constitución pastoral *Gaudium et Spes* ofrece tres temáticas que permiten iluminar el sentido del trabajo humano en la sociedad contemporánea: La dignidad humana, la comunidad humana, la actividad humana en el mundo y las funciones de la Iglesia en el mundo actual. La intención conciliar es asumir algunas razones que permitan fundamentar eclesialmente el sentido y valor del trabajo en un mundo globalizado.

En la sociedad actual, caracterizada por un sistema en donde cada vez unos pocos son más ricos y muchos cada vez más explotados, es primordial resaltar el significado de la dignidad de la persona humana. El Concilio en su constitución pastoral trata inicialmente este tema a partir de la consideración del hombre como imagen de Dios. Todo lo que existe en la tierra debe ordenarse al hombre, como a su centro y culminación. Pero el presupuesto fundamental es la pregunta sobre qué es el hombre. En efecto, la Iglesia asume y le comunica a la sociedad universal que la persona humana, según la Sagrada Escritura, es el ser que “ha sido creado a imagen de Dios, capaz de conocer y amar a su Creador y que ha sido constituido por Él señor de todas las creaturas terrenas para regirlas y servirse de ellas

³⁵ http://justiciaypaz.dominicos.org/kit_upload/PDF/jyp/Documentos%20eclesiales/Rerum_Novarum.pdf

glorificando a Dios”³⁶. Estas aseveraciones conciliares están en consonancia con la pregunta del Salmo 8: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? ¿O el hijo del hombre para que te cuides de él? Lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies (Sal 8, 5-7).

Hemos de pensar que Dios, al crear desde el principio al hombre y a la mujer (Gn 1,27), constituyó la primera forma de comunión, solidaridad y fraternidad entre las personas. Más aún debemos tener en cuenta esta referencia bíblica, cuando queremos comprender la naturaleza social de la persona humana y la consecuente exigencia a ella de posibilitar que su relación con los demás y su trabajo estén orientados a poner por obra los designios de Dios. El hombre desde su sentir y proceder en el mundo ha de ser un testimonio de todo lo que Dios ha creado y ha encontrado muy bueno (Gn 1,31).

Por otro lado el Concilio nos permite comprender que el ser humano es constituido por Dios en la justicia, pero es un hecho que se deja persuadir por el mal que habita en su corazón y abusa de su libertad. Ésta es una razón para que tome conciencia del mal que hace, al poner en función tendencias que llevan a que como imagen y semejanza de Dios no le encuentre sentido a su trabajo, es decir a un proyecto de vida digno y que responda al desarrollo integral de la sociedad. En consecuencia la actividad humana se tiene como una realidad que no responde al propósito del Creador. La persona debe reconocer que por sí misma es imposible vencer los efectos del mal, que necesita de la gracia de Dios, comunicada por el Hijo en el Espíritu, para que toda la humanidad desde sus obras se libere y fortalezca de manera vital.

Esta condición de gracia que el hombre asume en su vida lo debe llevar a tomar conciencia de su constitución unitaria, ya que “uno en cuerpo y alma... por su misma

³⁶ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 319.

condición corporal, reúne en sí los elementos del mundo material para desde su vocación y trabajo, servir y alabar al Creador”³⁷.

Desde la gracia comunicada por Dios el ser humano debe ser objeto de dignificación en todo lo que lo constituye. Al participar de la inteligencia divina ha de seguir realizando grandes avances en las ciencias empíricas y en las artes técnicas y liberales, pero siempre en miras a la dignificación de los seres humanos y a la construcción de un mundo mejor.

Es preciso que la naturaleza intelectual y volitiva humana se perfeccione por la sabiduría que lleve al hombre a la búsqueda del amor de la verdad y del bien común. Este perfeccionamiento será un hecho, cuando los líderes de las potencias mundiales y de la Iglesia ordenen sus corazones desde la voz de Dios que resuena en sus corazones. Efectivamente es así como debe alimentarse el sentido de la libertad responsable y la promoción de referentes que respondan de manera vital a problemáticas como la del trabajo y en consecuencia la de la explotación social.

Es fundamental que desde la fe reflexionemos sobre el sentido que ilumine a la sociedad trabajadora; que la misma fe nos introduzca en la sabiduría que nos comunicó Cristo y sea el motor para que el Reino predicado por el Hijo de Dios sea el principio que dirija nuestra acción en la sociedad.

El Vaticano II nos ofrece valiosos criterios para responder a la problemática del trabajo, no necesariamente en un contexto dialogal exclusivamente técnico, sino desde una promoción real de la comunidad entre las personas, que exige el respeto mutuo de la dignidad integral humana. La revelación cristiana ilumina y motiva la necesidad de un trabajo pastoral a fondo en el carácter comunitario de la vocación humana en el plan de Dios. En un mundo en donde rige el individualismo y el interés egoísta de los más poderosos es de vital importancia “que todos los hombres formen una única familia y se

³⁷ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 323.

traten entre sí con un espíritu fraterno”³⁸. Es necesario tomar conciencia de las leyes de la vida social que el Creador inscribió en la naturaleza humana, para orientar la vocación personal hacia la construcción de una comunidad humana en el Espíritu; hacer efectiva nuestra fe en que hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios y así llamados a responder a las problemáticas sociales.

La Iglesia, haciendo eco a la revelación divina, nos insiste en su enseñanza en que este el amor a Dios y al prójimo es el primero y mayor mandamiento (1Jn 4,20) y que el Señor Jesús le ha pedido al Padre que todos sean uno, como Él y el Padre son uno (Jn 17,21-22). Esta semejanza de unidad muestra que el ser humano es la única creatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma Y es una acuciante motivación para que esta unidad en la comunidad de las naciones mueva a los gobiernos para que creen los modos económicos, políticos y sociales de implementación de formas de laborar que respondan a un proceso de dignificación de todo los seres humanos.

Por esta razón pensar en el sentido del trabajo en el mundo actual es querer poner nuestras motivaciones al servicio de la promoción del bien común y tomar conciencia de la dignidad que corresponde a la persona humana, la cual está por encima de todas las cosas y sus derechos y deberes son inviolables. Es de vital importancia que la Iglesia en comunión con las institución sociales gubernamentales y no gubernamentales promueva todo lo que haga accesible al ser humano un proyecto de vida verdaderamente digno, en el que entren el alimento, el vestido, la vivienda, el derecho a elegir libremente el estado de vida, a la educación, al trabajo, de acuerdo con la recta norma de su conciencia³⁹.

En efecto, promover los derechos y deberes del hombre desde referentes de sentido es aportar al respeto de la persona humana y a la vida como signo de Dios en la tierra. Todos los seres humanos al estar dotados de una naturaleza racional y creados a imagen y semejanza de Dios y redimidos por Cristo gozan de la misma vocación y destino divinos.

³⁸ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 341.

³⁹ *Ibid.*, 345 - 347.

Es inconcebible, por lo tanto, que en este mundo los seres humanos valiéndose del factor económico generen tanta pobreza, hambre y esclavitud en provecho de unos pocos. Es una poderosa razón para promover desde el Evangelio, en el mundo actual, la igualdad fundamental entre todos, sin importar estrato social, lengua, raza, cultura o religión.

Este reto de la igualdad esencial entre todos y la justicia social debe empezar a partir del sentido que le demos al trabajo en las empresas tanto públicas como privadas, buscando que la actividad humana sea para el bien mayor del hombre y no que éste se comprenda al servicio de un trabajo que no le aporta nada a su felicidad. Es vital la superación de toda ética individualista. Es necesario tener en cuenta que la fe ayuda a pensar en una cultura en la que se promueva el bien común de los trabajadores. La educación de los jóvenes, cualquiera que sea su origen social debe orientarse de tal modo que suscite hombres y mujeres que no sólo sean personas cultas, sino también generosas...⁴⁰.

Para que el ser humano llegue al sentido de responsabilidad desde la educación se deben crear las condiciones de vida que le permitan ser consciente de su dignidad y capacidad de responder a su vocación personal y comunitaria. De este modo pensar en el sentido del trabajo desde la fe es creer que Dios no nos creó para vivir aisladamente, sino para formar una unidad social a semejanza de la unidad trinitaria divina. Nuestra santificación y salvación no se dan viviendo aisladamente o promoviendo el individualismo, sino desde el significado del participar y ser solidarios en la comunidad humana, en la comunidad social. Este carácter comunitario se perfecciona en la obra de Jesucristo, pues Él, participando de la vida social humana, santificó las relaciones humanas, principalmente las familiares de las cuales surge la vida social.

Por otro parte el Concilio permite adelantar la reflexión sobre la actividad humana en la consideración de que históricamente el hombre siempre se ha esforzado con su trabajo y su

⁴⁰ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 333.

ingenio en perfeccionar su proyecto de vida. Además la técnica y la ciencia han llevado a que dilate el campo de su dominio sobre casi toda la naturaleza. En el desarrollo de los medios de comunicación y de las tecnologías se capta cómo la familia humana se va sintiendo y haciendo una única comunidad en el mundo de la globalización. Por eso muchos de los bienes que el hombre esperaba alcanzar por fuerzas superiores, ahora gracias a los avances modernos los alcanza por sí mismo.

Estos esfuerzos científicos y tecnológicos afectan a todo el género humano y conducen a preguntarse sobre el sentido y valor de la actividad humana; sobre el uso adecuado de los medios tecno-científicos; sobre el fin al que deben tender los esfuerzos de los individuos y colectividades. Para una respuesta a estos interrogantes la Iglesia invita a tener presente misma palabra de Dios. De ella surgen los principios en el orden religioso y moral y la afirmación de que la luz de la revelación debe estar unida al saber humano para iluminar el sentido de la humanidad actual en un mundo globalizado.

En verdad para un creyente la actividad humana responde a la voluntad de Dios, cuando está orientada hacia la construcción de mejores condiciones de vida en la sociedad. En consecuencia el Concilio considera que:

Creado el hombre a imagen de Dios, recibió el mandato de gobernar el mundo en justicia y santidad, sometiendo así la tierra y cuanto en ella se contiene, y de orientar a Dios la propia persona y el universo entero, reconociendo a Dios como creador de todo, de modo que con el sometimiento de todas las cosas al hombre sea admirable el nombre de Dios en el mundo⁴¹.

Estas afirmaciones iluminan, sobre la base de la palabra de Dios, la necesidad de que el hombre y la mujer tomen clara conciencia de que desarrollan la obra del Creador y por lo tanto sirven al bien de sus hermanos y contribuyen de modo personal a que se cumplan

⁴¹ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 359.

los designios de Dios en la historia. En razón de lo dicho para el cristiano el problema surge cuando el hombre desde las conquistas logradas por la ciencia y la tecnología se opone al poder de Dios. Al contrario, los triunfos alcanzados por el hombre deben ser signos de la grandeza de Dios y consecuencia de su inefable designio. Y entre más se acrecienta el poder del hombre como fruto de su trabajo más es su responsabilidad individual y colectiva.

¿En definitiva qué significa para la Iglesia la actividad humana? Es aquella que procede del hombre y por consiguiente lo ordena. Es decir que él con su acción en un trabajo determinado no sólo transforma las cosas y la sociedad, sino que se perfecciona a sí mismo, en cuanto cultiva sus facultades y sobre todo se supera en razón de la construcción de un proyecto de vida más digno que le permita trascenderse. Esta superación interior es más importante que las riquezas exteriores que puedan acumularse, pues el hombre creado a imagen y semejanza de Dios, al valer más por lo que es que por lo que tiene, confiere al trabajo el valor al ser una actividad que le permite trascender y aportar a la construcción del reino de Dios⁴².

En efecto, el hombre desde su actividad debe aportar a la promoción de la justicia, pues los progresos técnicos, cuando son sólo a partir de su inspiración, acrecientan los problemas sociales y no son el camino hacia la promoción humana. La Iglesia, por consiguiente, llama a toda la humanidad a ubicar el sentido del trabajo, de acuerdo con los designios y la voluntad divina, como camino que le permite al ser humano cultivar y realizar integralmente su plena vocación.

De esta manera la reflexión sobre el sentido de la actividad humana nos coloca decididamente ante el problema de la autonomía del ser humano de lo temporal. Es que de hecho la realidad creada es percibida como independiente de Dios, es decir que los hombres pueden usarla sin referirse a Dios. Ahora bien, para el creyente las cosas creadas y la sociedad misma gozan de leyes y valores propios que él ha de descubrir, emplear y

⁴² Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 361.

ordenar. Según el querer divino, todas están dotadas de consistencia, verdad y bondad propias y de un propio orden regulador, que el ser humano debe respetar desde cada ciencia. Esta reflexión quiere indicar que la investigación metódica, desde una forma auténticamente científica y conforme a las normas morales, nunca debe ser contraria a la fe. Para el creyente las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en un mismo Dios⁴³.

En referencia a la deformación de la actividad humana por el pecado se considera que la Escritura enseña que a pesar de que el progreso es beneficioso para el hombre, igualmente puede encerrar una gran tentación, pues al subvertir la jerarquía de valores y mezclar el bien con el mal su corazón es movido por el egoísmo y la codicia. Realidad que lleva a que el trabajo no esté orientado hacia un ámbito de auténtica fraternidad, sino hacia la búsqueda del acreciente poder sobre la humanidad amenazando incluso la destrucción del propio género humano.

Para no caer en esta tentación del poder, la persona debe orientar su actividad desde la gracia de Dios con el fin de establecer la unidad sobre sí misma. Para la Iglesia es evidente que es el espíritu de vanidad y de malicia el que transforma en instrumento de pecado la actividad humana, ordenada al servicio de Dios y de los hombres. Por consiguiente Pablo afirma que no debemos vivir conforme a este mundo (Rm 12,2), sino que debemos poner toda nuestra confianza en los designios del Creador.

Así el ser humano redimido por Cristo y hecho en el Espíritu Santo nueva creatura puede y debe amar las cosas creadas por Dios, pues es clara la afirmación paulina “no se gloríe nadie en los hombres, pues todo es vuestro...el mundo, la vida, la muerte el presente, el futuro; y vosotros de Cristo y Cristo de Dios” (1Co 3,22-23).

El misterio pascual ilumina la actividad humana, en cuanto el Verbo de Dios hecho carne nos revela en la historia con su trabajo que la ley fundamental de la realización

⁴³ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 363.

humana es el mandamiento del amor. Nos invita a “que nos amemos unos a otros ya que el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios” (1Jn 4,7). En consecuencia los que creen en la caridad divina deben poseer la certeza de abrir a todos los hombres hacia los caminos del amor con el propósito de instaurar la fraternidad universal. En este sentido desde el Sacramento eucarístico de la fe el Señor da la esperanza y el alimento para que todos los hombres cultivando los elementos de la naturaleza con su trabajo los conviertan en medios de fraternidad y oblación hacia Dios.

Finalmente el Concilio Vaticano II da razones para pensar en la función que debe tener la Iglesia ante los problemas en el mundo actual. La dignidad de la persona, la comunidad humana y el sentido profundo de la actividad constituyen el fundamento de la relación entre la Iglesia y el mundo y la base del diálogo mutuo. Es una indicación de que la Iglesia procedente del amor del Padre eterno, fundada en el tiempo por Cristo redentor y consagrada en el Espíritu Santo, tiene un fin salvífico y escatológico. Formada por los hombres y construida como imagen visible y espiritual, debe avanzar con toda la humanidad y experimentar la misma suerte terrena del mundo. Realidad que debe ser renovada desde la Iglesia en Cristo Jesús y transformada en familia de Dios⁴⁴.

De esta manera la Iglesia al buscar el final de salvación no sólo comunica al ser humano la luz divina, sino que también refleja esa luz sobre todo el mundo. Esta proyección eclesial es elevación de la dignidad de la persona humana y promoción de la justicia social en toda la comunidad humana y de sentido de la actividad humana. Desde estos valores fundamentales la comunidad eclesial debe contribuir a humanizar más las familias humanas y su historia.

En esta dirección el hombre de la actualidad debe desarrollar más plenamente su personalidad y además descubrir y afirmar cada vez más sus derechos. En consecuencia la

⁴⁴ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 372-373.

Iglesia ha de explicitar desde su acción pastoral las razones que le permitan al ser humano descubrir el sentido de su propia existencia. Que él tome conciencia de que sólo Dios responde a las aspiraciones más profundas de su corazón.

Desde la fe la Iglesia debe dar a conocer las razones para creer que en el mundo se puede pensar en la dignidad de las personas y por consiguiente en la dignificación del trabajo en el mundo. Por otra parte debe quedar muy claro que hasta ahora en la historia de la humanidad ninguna ley humana ha garantizado la dignidad personal y la libertad del ser humano tan perfectamente como el Evangelio de Jesús, confiado a la Iglesia⁴⁵. Esta Buena Nueva comunica sentido a la problemática de la falta de dignidad en los hombres y de la explotación laboral, en razón de que:

Anuncia y proclama la libertad de los hijos de Dios, rechaza toda esclavitud que procede del pecado, respeta la dignidad de la conciencia y su libre decisión, aconseja sin cesar multiplicar todos los talentos humano para el servicio de Dios y el bien de los hombres, encomendando finalmente a todos a la caridad de todos⁴⁶.

Es la ley fundamental de la economía cristiana en la que se reconoce que, aunque Dios sea el Salvador, el Creador y el Señor de la historia humana, sin embargo no se niega la autonomía de la creación y del hombre, sino que se robustece. La Iglesia desde las enseñanzas del Evangelio debe promover los derechos del hombre y proteger a la humanidad de todo tipo de falta de autonomía que no le permita dar sentido al ser de la persona y de la creación.

En consecuencia ella ha de ofrecer a la sociedad las razones para creer en la unión de la familia humana desde la unidad en Cristo Jesús y así reconocernos así como familia de los hijos de Dios. Igualmente los ciudadanos cristianos deben pensar en cumplir sus deberes temporales desde el espíritu del Evangelio. Una razón que no nos permite dar sentido a

⁴⁵ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 375.

⁴⁶ *Ibíd.*

nuestras actividades humanas es la separación existente entre la fe y la vida cotidiana. De esta manera no deben oponerse falsamente entre sí las actividades profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa, por otra. Podemos indicar que la persona que descuida sus deberes temporales descuida sus deberes con el prójimo.

Cristo que ejerció su trabajo manual nos invita a que realicemos nuestras actividades terrestres uniendo nuestros esfuerzos domésticos, profesionales y científicos con los bienes religiosos. Este hecho permite que todo se ordene según los designios de Dios. Corresponde así a los laicos inscribir conscientemente la ley divina en la vida de la ciudad terrena. En efecto, ellos están llamados a ser testigos de Cristo en todas las cosas tanto exteriores como interiores de la sociedad humana. Corresponde a todo el pueblo de Dios escrutar, discernir e interpretar con la luz del Espíritu los diferentes problemas de nuestro tiempo y juzgarlos según el Evangelio, con el fin de que la Verdad que nos reveló Cristo sea mejor percibida en todos los hijos de Dios y así como comunidad humana promovamos de veras el Reino de Dios. En consecuencia, el Concilio Vaticano II permite reconocer los elementos teológicos fundamentales que deben hacer parte del quehacer teológico en la vida de los seres humano, entre ellos: el sentido que el hombre tiene para el mundo y para la Iglesia al ser hijo de Dios creado a su imagen y semejanza y el sentido que tiene la actividad humana del hombre cuando toma conciencia de su tarea como co - creador desde los designios de Dios.

2.3 El trabajo, dimensión fundamental de la existencia humana

El beato Juan Pablo II en su encíclica *Laborem Exercens* permite reflexionar sobre el tema del trabajo humano noventa años después de que el papa León XIII lo tratará en la *Rerum Novarum*. El beato basándose en su encíclica *Redemptor Hominis* manifiesta que “el hombre es el camino primero y fundamental de la Iglesia”⁴⁷, y ello fruto del insondable misterio de la Redención de Cristo. En efecto “el trabajo es uno de los aspectos perenne y

⁴⁷ Carta Encíclica *Redemptor Hominis*, 284.

fundamental, siempre actual y que exige constantemente una renovada atención y un decidido testimonio⁴⁸. Esta necesidad nace al reconocer que en la sociedad surgen siempre nuevos interrogantes y problemas, temores y amenazas relacionados con esta dimensión fundamental de la existencia humana, de la cual la cotidianidad del hombre está hecha cada día, de la que deriva la propia dignidad específica y en la que a la vez está contenida la medida incesante de la fatiga humana, del sufrimiento y también de la injusticia que invade la vida social de cada Nación de nuestro planeta⁴⁹.

La *Laborem exercens* nace en un contexto en donde se dan nuevos adelantos en las condiciones tecnológica, económicas y políticas que influyen en el mundo del trabajo y de la producción no menos de cuanto lo hizo la revolución industrial del siglo pasado. La razón es que estas condiciones nuevas hacen necesaria una reorganización y revisión de las estructuras de la economía actual, así como de la redistribución de trabajo. Es ahí en donde la Iglesia debe apoyarse en las ciencias sociales con el fin de ver desde la disciplina de la economía referentes de sentido que iluminen realmente el desarrollo humano de toda la sociedad. Pues es claro que tales cambios que se generen desde las condiciones mencionadas pueden significar para millones de trabajadores especializados desempleo al menos temporal y probablemente una disminución o crecimiento menos rápido del bienestar material para los países más desarrollados; pero podrá también proporcionar respiro y esperanza a millones de seres humanos que viven hoy en condiciones de explotación e indigna miseria y pobreza⁵⁰.

Pienso que a la Iglesia en compañía de los teólogos y de los investigadores de las ciencias sociales le corresponde realizar un trabajo interdisciplinar que responda a esta problemática del trabajo humano en el mundo. Razón para fundamentar en la sociedad la dignidad y los derechos de los hombres del trabajo, igualmente denunciar las situaciones es

⁴⁸ Carta Encíclica *Laborem Exercens*, 6.

⁴⁹ *Ibid.*, 6.

⁵⁰ *Ibid.*, 8.

las que se violan dichos derechos, con el fin de contribuir y orientar a que estos cambios se realicen en función de un auténtico progreso del hombre y de la sociedad.

El beato permite comprender ciertamente que el trabajo en cuanto problema del hombre ocupa el centro mismo de la cuestión social, a la que durante casi cien años la Iglesia dirige de modo especial sus enseñanzas apostólicas. Razón para que esta reflexión se realice desde las orientaciones del evangelio con el fin de iluminar desde la fe cristiana los nuevos desafíos que nacen de esta problemática. Es de resaltar, por consiguiente, como vivo interés de la Iglesia por la cuestión social la interesante idea de crear como fruto del Concilio un centro de coordinación llamado *Pontificia Comisión de Justicia y Paz*. La razón de esta institución nace de la necesidad de tratar la cuestión social de manera integral y compleja. Pues. “el compromiso en favor de la justicia debe estar íntimamente unido con el compromiso en favor de la paz en el mundo contemporáneo”⁵¹.

Ciertamente esta dirección de las enseñanzas y del compromiso de la Iglesia en la cuestión social, corresponde al reconocimiento objetivo del estado de las cosas. Si en el pasado como centro de la cuestión se ponía de relieve el problema de la clase en nuestra época se tiene en cuenta el problema del mundo. Me refiero a que ya no sólo se debe considerar el ámbito de la clase sino el de la desigualdad y de la injusticia mundial. Así, nuestra tarea como Iglesia es pensar en referentes de sentido y de testimonio que hoy se debe dar a los esfuerzos encaminados a construir la justicia social sobre la tierra, no escondiendo con ello las estructuras injustas, sino exigiendo un examen de la misma y su transformación en miras del desarrollo humano más integral y universal.

Una razón para reflexionar es entonces el sentido y significado que le estamos dando al trabajo y al hombre. Por tal razón, en la Encíclica *Laborem Exercens* Juan Pablo II reafirma el convencimiento de la Iglesia de que el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia del hombre en la tierra. La Iglesia saca esta convicción sobre todo de la fuente inagotable de la Palabra de Dios revelada y por este motivo lo que es una

⁵¹ Carta Encíclica *Laborem Exercens*, 10.

convicción de la inteligencia adquiere a la vez el carácter de una convicción de fe. La Iglesia cree en el hombre; reiteramos que ella piensa en el hombre y se dirige a él no sólo a la luz de la experiencia histórica y con la ayuda de los múltiples métodos del conocimiento científico, sino ante todo a la luz de la Palabra revelada del Dios vivo. Al hacer referencia al ser humano ella trata de expresar los designios eternos y los destinos trascendentes que el Dios vivo, Creador y Redentor ha unido a la persona humana⁵².

Según esta Encíclica, la Iglesia encuentra en las primeras páginas del libro del Génesis la fuente de su convicción, según la cual el trabajo constituye una dimensión fundamental de la existencia humana sobre la tierra. Cuando el ser humano, hecho «a imagen de Dios ... varón y hembra» (Gn 1,27), escucha las palabras: «Procread y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla» (Gn 1,28), aunque estas palabras no se refieren directa y explícitamente al trabajo, indirectamente lo indican como una actividad por desarrollar en el mundo. Más aún, demuestran su esencia más profunda. El hombre es la imagen de Dios, entre otros motivos por el mandato recibido de su Creador de someter y dominar la tierra. En la realización de este mandato todo ser humano refleja la acción misma del Creador del universo⁵³.

El trabajo entendido como una actividad «transitiva», es decir de tal naturaleza que empezando en el sujeto humano está dirigida hacia un objeto externo, supone un dominio específico del hombre sobre la «tierra» y a la vez confirma y desarrolla este dominio. Con el término «tierra», del que habla el texto bíblico, se debe entender ante todo la parte del universo visible en la que habita el hombre; la expresión «someter la tierra» indica todos los recursos que la tierra e indirectamente el mundo visible encierran en sí y que mediante la actividad consciente del hombre pueden ser descubiertos y oportunamente usados.

El hombre, haciéndose mediante su trabajo cada vez más dueño de la tierra y confirmando su dominio sobre el mundo visible, se coloca durante este proceso en la línea del plan original del Creador. Esta realidad está necesaria e indisolublemente unida al

⁵² Carta Encíclica *Laborem Exercens*, 16.

⁵³ *Ibíd.*, 17.

hecho de que el hombre ha sido creado, varón y hembra, a imagen de Dios. Es un proceso al mismo tiempo universal, en cuanto abarca a todos los hombres, a toda generación, a todas las fases del desarrollo económico y cultural, y que se actúa en cada sujeto humano consciente. Todos están comprendidos en él contemporáneamente; en una justa medida y en un número incalculable de formas toman parte en este gigantesco proceso, mediante el cual el ser humano somete la tierra con su trabajo.

La Encíclica nos permite considerar la actividad laboral en sentido objetivo al reconocer que el dominio del hombre sobre la tierra se realiza en el trabajo y mediante él. En este sentido el hombre domina ya la tierra por el hecho de que domestica los animales, los cría y de ellos saca el alimento y vestido necesarios, y puede extraer de la tierra y de los mares diversos recursos naturales. Pero «somete la tierra» mucho más, cuando empieza a cultivarla y posteriormente elabora sus productos, adaptándolos a sus necesidades.

De esta manera la agricultura constituye un campo primario de la actividad económica y un factor indispensable de la producción por medio del trabajo humano. La industria a su vez consistirá siempre en conjugar las riquezas de la tierra --los recursos vivos de la naturaleza, los productos de la agricultura, los recursos minerales o químicos-- y el trabajo del hombre, tanto el físico como el intelectual. Hoy en la industria y en la agricultura la actividad humana ha dejado de ser en muchos casos un trabajo prevalentemente manual, ya que la fatiga de las manos y de los músculos es ayudada por máquinas y mecanismos cada vez más perfeccionados⁵⁴.

La *Laborem Exercens* nos conduce a identificar que tanto en la industria como en la agricultura se han dado transformaciones, desde el gradual y continuo desarrollo de la ciencia y de la técnica. Este hecho claro se ha convertido históricamente en una causa de profundas transformaciones de la civilización, desde el origen de la era industrial, hasta las sucesivas fases de desarrollo, gracias a las nuevas técnicas, como las de la electrónica o de los microprocesadores de los últimos años.

⁵⁴ Carta Encíclica *Laborem Exercens*, 20.

De este modo el desarrollo industrial pone la base para plantear de manera nueva el problema del trabajo humano, en cuanto a que se ha instrumentalizado la actividad humana desde la técnica y la tecnología. Ahora bien, tanto la primera industrialización, que creó la llamada cuestión obrera, como los sucesivos cambios industriales y postindustriales demuestran que también en la época del trabajo cada vez más mecanizado, el sujeto propio del trabajo sigue siendo el hombre.

El desarrollo de la industria y de los diversos sectores relacionados con ella, hasta las más modernas tecnologías de la electrónica, especialmente en el terreno de la miniaturización, de la informática, de la telemática y de otras técnicas, indica el papel que adquiere la técnica en la interacción entre el sujeto y el objeto del trabajo. Ella es entendida aquí no como capacidad o aptitud para el trabajo, sino como un conjunto de instrumentos de los que el hombre se vale en su trabajo. La técnica es indudablemente su aliada. Ella le facilita el trabajo, lo perfecciona, lo acelera y lo multiplica. Ella fomenta el aumento de la cantidad de productos del trabajo y perfecciona incluso la calidad de muchos de ellos. Es un hecho, por otra parte, que a veces, la técnica puede transformarse de aliada en adversaria del hombre, como cuando la mecanización del trabajo «suplanta» su actividad.

El Génesis igualmente lleva a considerar el trabajo en sentido subjetivo, en referencia a que el ser humano debe someter la tierra, debe dominarla, porque como «imagen de Dios» es una persona, es decir, un ser subjetivo capaz de obrar de manera programada y racional, capaz de decidir acerca de sí y que tiende a realizarse a sí mismo. Como persona, el hombre es, pues, sujeto del trabajo. Como persona él trabaja, realiza varias acciones pertenecientes al proceso laboral⁵⁵.

Esta forma de asumir el trabajo debe permitirle a la persona servir a la realización de su humanidad, al perfeccionamiento de la vocación que tiene en virtud de su misma

⁵⁵ Carta Encíclica *Laborem Exercens*, 25.

humanidad. Por consiguiente el «dominio» del que habla el texto bíblico del Génesis se refiere no sólo a la dimensión objetiva del trabajo, sino que nos introduce contemporáneamente en la comprensión de su dimensión subjetiva. El trabajo entendido como proceso mediante el cual todo el género humano somete la tierra se refiere en cierto sentido a la dimensión subjetiva más que a la objetiva. Esta dimensión condiciona la misma esencia ética del trabajo. En efecto, no hay duda de que el trabajo humano tiene un valor ético, que está vinculado completa y directamente al hecho de que quien lo lleva a cabo es una persona, un sujeto consciente y libre, es decir, un sujeto que decide de sí mismo⁵⁶.

Esta verdad, que constituye en cierto sentido el núcleo fundamental y perenne de la doctrina cristiana sobre el trabajo humano, ha tenido y sigue teniendo un significado primordial en la formulación de los importantes problemas sociales que han interesado épocas enteras. La edad antigua introdujo entre los seres humanos una propia y típica diferenciación en gremios, según el tipo de trabajo que realizaban. El trabajo que exigía de parte del trabajador el uso de sus fuerzas físicas, el trabajo de los músculos y manos, era considerado indigno de hombres libres y por ello era ejecutado por los esclavos. El cristianismo, ampliando algunos aspectos ya contenidos en el Antiguo Testamento, ha llevado a cabo una fundamental transformación de conceptos, partiendo de todo el contenido del mensaje evangélico y sobre todo del hecho de que Aquél, que siendo Dios se hizo semejante a nosotros en todo (Hb 4,15), dedicó la mayor parte de los años de su vida terrena al trabajo manual junto al banco del carpintero. Esta circunstancia constituye por sí sola el más elocuente «evangelio del trabajo», que manifiesta cómo el fundamento para determinar el valor del trabajo humano no es en primer lugar el tipo de trabajo que se realiza, sino el hecho de que quien lo ejecuta es una persona⁵⁷.

Las fuentes de la dignidad del trabajo deben buscarse principalmente no en su dimensión objetiva, sino en su dimensión subjetiva. En esta concepción desaparece casi el

⁵⁶ Carta Encíclica *Laborem Exercens*, 26.

⁵⁷ *Ibid.*, 27 - 28.

fundamento mismo de la antigua división de los hombres en clases sociales, según el tipo de trabajo que realizaran. No quiere decir que el trabajo humano, desde el punto de vista objetivo, no pueda o no deba ser de algún modo valorizado y cualificado. Quiere decir solamente que el primer fundamento del valor del trabajo es el hombre mismo, su sujeto⁵⁸.

En consecuencia, el Beato Juan Pablo II en su encíclica *Laborem Exercens* nos invita a tomar conciencia de una consecuencia muy importante de naturaleza ética: Es cierto que el hombre está destinado y llamado al trabajo, pero ante todo el trabajo está «en función del hombre» y no el hombre «en función del trabajo». Con esta conclusión se llega justamente a reconocer la preeminencia del significado subjetivo del trabajo sobre el significado objetivo. En consecuencia, lo fundamental de esta reflexión es lo que significa la dignidad del sujeto mismo del trabajo, pues la finalidad del trabajo se encuentra y permanece en el hombre, en cuanto se realiza como persona y responde desde él a los designios de Dios.

2.4 El trabajo desde una perspectiva escatológica.

El Concilio Vaticano II en su Constitución *Gaudium et Spes* presenta la consideración de la mirada escatológica sobre la actividad humana en el mundo. Al finalizar el capítulo tercero afirma con claridad que se ignora el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabe el modo de transformación del universo. Hace el planteamiento de que la imagen de este mundo, deformada por el pecado pasa, sin embargo, la tradición de la Iglesia ha enseñado que Dios ha preparado para toda la humanidad una nueva morada y una tierra nueva en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los hombres. Entonces vencida la muerte, los hijos de Dios serán resucitados en Cristo y lo que fue sembrado en debilidad y corrupción se vestirá de incorruptibilidad y permaneciendo la caridad y sus obras, toda

⁵⁸ Carta Encíclica *Laborem Exercens*, 28.

aquella creación que Dios hizo a causa del hombre será liberada de la servidumbre de la vanidad⁵⁹.

Una pregunta que se suscita inicialmente es: ¿Qué debemos entender por “tierra nueva y cielo nuevo”. ¿Será que a partir de lo planteado anteriormente, la tierra vieja y el cielo viejo es aquél en donde se hace presente una imagen de un mundo deformado por el pecado, en donde no será posible que habite la justicia y la paz? ¿Una tierra y un cielo en donde los hombres por su debilidad no podrán darle valor y sentido a su actividad humana, pues siempre el ser humano caerá en el pecado que se alimenta de la codicia, el egoísmo y la vanidad?

Para comprender esta pregunta debemos tener en cuenta la advertencia que hace el Concilio, inspirado en el Evangelio: “De nada le sirve al hombre ganar todo el mundo si se pierde a sí mismo”⁶⁰. El significado de esta afirmación es que la espera de una tierra nueva nace cuando todos movidos por el Espíritu de Dios nos disponemos para avivar esta tierra, en donde crece el cuerpo de la familia humana; cuando desde nuestra actividad humana estamos contribuyendo a ordenar la sociedad humana y en ella el trabajo estamos obrando en función del Reino de Dios anunciado y manifestado en la persona de Jesucristo.

Carlos Vladimiro Truhlar, S.J en su libro *Labor Christianus para una teología del trabajo* nos lleva a considerar que así como la gracia de Dios afecta al ser humano con una cierta gloria y así como esta glorificación es un comienzo de la futura gloria del cuerpo glorioso, así la redención del mundo se asume en esta vida mediante la actividad humana como un comienzo de la futura tierra nueva y cielo nuevo. En verdad los textos del Antiguo Testamento acerca de la futura restauración del mundo (Is 51,6. 16; 65,17; 66,22), expresan una total novedad de nuevos cielos y nueva tierra; en otros pasajes se insinúan tan sólo la transformación del mundo presente. En la literatura rabínica se expresan dos concepciones acerca de la renovación del mundo: en primer lugar, una creación

⁵⁹ Concilio Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 369.

⁶⁰ *Ibid.*

enteramente nueva y en segundo lugar, un mundo futuro sólo transformado, es decir, glorificado.

Ahora bien, en la economía del Nuevo Testamento, según San Pablo, el tiempo futuro ya comenzó con la resurrección de Cristo y los cristianos ya han sido arrancados de este presente siglo perverso (Ga 1,4). La economía cristiana, por consiguiente, es concebida como una nueva creación (2Co 5, 17; Ga 6, 15). En este sentido esta consideración escatológica está marcada por el misterio de la cruz y la resurrección de Jesucristo. Con relación al tema de la cruz es posible considerar que así como Cristo, el Hijo de Dios, murió, así el universo irracional tampoco evita la fatal muerte. Este suceso de la cruz ha marcado la historia de la humanidad pero con un nuevo título. Esta muerte subraya la caducidad del universo irracional; pasa la configuración de este mundo (1 Cor. 7,31)⁶¹.

En efecto, la cruz de Cristo es el centro que atrae hacia sí todo el universo. Se quiere indicar que así como para Cristo la muerte fue el paso a una vida incorruptible, así también la desaparición del universo irracional es el paso a un nuevo modo de existencia. En este sentido el universo participa de la muerte de Cristo e igualmente participa de su resurrección. Ante esta realidad debemos comprender que la obra de renovar el universo la realiza el Espíritu que al principio de la creación se cernía sobre las aguas (Gn 1,2) y modelaba el caos en el cosmos. Por tal razón, el Espíritu Santo se presenta con el poder de dar vida y orden tanto a la vida como al trabajo. Por voluntad del Padre, se derrama en Pentecostés sobre la Iglesia para que los hombres abran su corazón a Él y se renueven y fortalezcan con Él y de este modo transformen el universo a imagen de Cristo glorificado.

Jesucristo introduce ciertamente un nuevo estado del universo durante su vida terrena. Esta novedad se significa cuando Él convierte el agua en vino, cuando con unos pocos panes y peces sacia a miles de hombres, cuando anda sobre las ondas del mar y calma la tempestad, cuando dirige los peces hacia las redes de sus discípulos... Estos hechos permiten considerar un nuevo estado del universo, en el cual las cosas le prestan un

⁶¹ Truhlar, *Labor christianus*, 167.

servicio al hombre como a su señor. Así las realizaciones de Cristo durante su vida en la tierra, se manifiestan plenamente en su muerte y resurrección, como principio para todo el universo. El Reino de Dios está presente y actuante en nuestro mundo.

El apóstol Pablo habla de la nueva creación como aquella que ha tenido su comienzo con la resurrección de Cristo y como iniciada en nosotros. Ahora bien, a pesar de que la naturaleza de esta futura forma del universo se deriva de lo que significa en los cristianos el misterio pascual, es preciso considerar que el ser humano, desde su condición pecadora usa las cosas y las transforma. Ahora bien, el pecado que habita en él debe trocarse en gracia. Sólo así se puede dar un orden a las cosas

Con la reflexión anterior es posible afirmar que los inventos de la moderna técnica pueden servir ciertamente para el bienestar de la humanidad, pero también para el mal. Los guardianes de la seguridad pública (las fuerzas militares) pueden ayudar a las buenas costumbres de la vida pública, pero también a la maldad de un dictador o de un gobierno. El comercio y la economía que hoy en un mundo globalizado unen a la humanidad pueden ser el sustrato natural de la unidad en el Cuerpo Místico de Cristo, pero también el medio de la lucha organizada contra Cristo. La legislación puede promulgar leyes justas, pero también injustas. La educación puede promover el sentido humano y trascendente de la vida, pero también contribuir a que las conciencias de los seres humanos no sean libres. En consecuencia, la corrupción del hombre afecta al mundo⁶².

Un mundo corrompido por la condición de pecado socava los fundamentos de la existencia humana y de la cristiana. Por ello una tierra nueva futura es posible cuando tomemos conciencia de la importancia que tiene en la historia que debemos ordenar nuestra actividad humana desde los designios de Dios, es decir, que nuestro trabajo sea movido por la gracia de Dios y desde ahí oriente nuestros proyectos de vida hacia la construcción de un mundo mejor.

⁶² Truhlar, *Labor christianus*, 171.

La preocupación por una tierra y un cielo nuevo permite considerar igualmente si habrá también trabajo en la tierra nueva. P. Benoit responde:

Tras la búsqueda laboriosa habrá la posesión tranquila, el reposo escatológico. (Hb 4, 1-11; Ap 14, 13)... Una actividad fecunda y beatificante en el servicio de Dios, en el manejo de los bienes celestiales (Mt 24,27; 25, 21-23). El trabajo ley normal del hombre, se proseguirá en la vida eterna, pero volverá a ser [revisar si fue un error de transcripción de la cita textual. ¿Es hacer o a ser?] lo que era antes de la caída: servicio alegre y sin sujeción o apremio, en una naturaleza renovada y pacificada, sin temor de la muerte vencida para siempre (Cfr. Is 65, 21-23)⁶³.

Para integrar los productos de la actividad terrestre en la vida bienaventurada, en la tierra nueva, debemos tener claro que toda nuestra actividad humana debe configurarse desde el significado del misterio pascual de Jesucristo.

Ahora bien, Johann Baptist Metz afirma que esta tierra nueva se configura cuando como teólogos no le damos la espalda a la sociedad. Es decir que debe haber una conciencia crítica social, histórica y étnica cultural. La falta de ésta es no reconocer que el mundo globalizado bajo la implementación del mercado capitalista está acabando con los derechos humanos de aquéllos que no son los beneficiarios del mercado.

Debemos reconocer que participamos de un encantamiento mítico que nos lleva a olvidar la historia (la memoria), dejando de lado el sufrimiento de millones de seres humano cobijados en un mundo y una sociedad técnica y técnicada, cuyo rumbo y direccionalidad se confía en el arbitrio de su propio racionalidad carente de memoria y de rostros. Esta problemática actual, según Metz, plantea la necesidad de articular lúcidamente la fe y la justicia, con el fin de que esa fe sea la cristiana, es decir la memoria

⁶³ Truhlar, *Labor christianus*, 173.

de Jesucristo. Y que esa fe no pierda su componente público y crítico, grabado en su propia escatología⁶⁴.

Metz nos presenta una visión escatológica desde la dimensión de la política, al considerar que debemos romper con la privatización de la fe. Así el modo como la Iglesia debe incidir en la sociedad es a través de la conciencia crítica. Esta incidencia se lleva a cabo, a través de la memoria que tiene presente la pasión de Jesucristo y de todas las víctimas de la violencia y de la injusticia. Igualmente la memoria de todas las víctimas del sistema capitalista, que explotadas desde su trabajo contribuyen a los intereses económicos de los dirigentes de nuestras naciones y de las multinacionales.

Por esta razón, cuando la escatología se comprende como la convicción de que ningún sujeto intrahistórico se puede legitimar en la historia, hablamos entonces de un modo meramente crítico, pero negativo. En consecuencia, para configurar la realidad del trabajo debemos ubicarnos desde una teología política, la cual se articula como una teología escatológica política. Solamente así puede darse cuenta del sentido y la universalidad de la historia, incorporando gracias a la memoria, el sufrimiento pasado, los muertos y las víctimas y abriéndolas esperanzadamente al futuro de Dios en una tierra y cielo nuevo⁶⁵.

Así, Metz insistiendo en la función crítica de la esperanza considera a la Iglesia como la institución de la crítica liberadora. La tensión escatológica de su fe-memoria y su futuro nunca conseguido en la realidad intramundana, radicalizan la experiencia de un presente siempre insatisfactorio. Esta imposibilidad de contenerse en el presente, determina en ella la urgencia por imprimir en la historia el primado del futuro del que es mediador⁶⁶.

⁶⁴ Uríbarri S.J., *La escatología política de Metz*, 176-177.

⁶⁵ *Ibid.*, 178-179

⁶⁶ Nicolás, *Teología del progreso*, 384.

2.5. La economía: desarrollo humano integral y trabajo digno.

Asumir el objetivo de reflexionar sobre el trabajo, a la luz de la fe, en un mundo globalizado es una invitación a tener presente la palabra de Dios y el hecho de la economía de la salvación realizada en Jesucristo. Desde el sentido evangélico nos es posible establecer una dialéctica con la economía que propone la razón humana. El economista Julio Silva en su propuesta de desarrollo humano, como realización de la libertad y búsqueda de la felicidad afirma: “A medida que aumenta el valor del trabajo – crece la escolaridad media, mejoran las capacidades y la experiencia laboral y la vida de los trabajadores es más sana y prolongada - disminuye el precio que se reconoce por el trabajo⁶⁷”.

Este autor parte del hecho de que desde los principios de la historia de la humanidad la palabra revelada da testimonio de que el ser humano cuando rige su actividad humana desde valores de injusticia y falta de equidad es una amenaza contra el sentido de su existencia, Ahora bien, hay un Espíritu que siempre le ha permitido recuperarse y por eso hoy habitan en la tierra cerca de 6.900 millones de personas. La economía nos permite hacer una consideración teológica de que trabajo de los seres humanos ha tenido la capacidad de generar un excedente en relación con los recursos utilizados. Es un hecho que hizo posible una lenta pero permanente acumulación que permitió el incremento de la población.

Con la ampliación del mundo conocido en el siglo XV y el inicio del capitalismo en el siglo XVI, ese movimiento se hizo más complejo y ha estado sujeto a múltiples y variados ciclos, como verdadera manifestación de la globalización que se vive desde la Edad media europea. Al llegar el siglo XX, cuando se pasa al predominio del capital financiero se puede reconocer una fusión de diferentes tipos de capital, en especial, el comercial, el

⁶⁷http://www.fuac.edu.co/recursos_web/observatorio/publicaciones/CONSUMO%20NECESARIO%20DE%20LOS%20POBRES%20Panel%20Brasil%20ago-2010.pdf

industrial y el bancario, ese movimiento cíclico adquiere nuevas características y se hace más difícil desentrañar su naturaleza y hallar salidas⁶⁸.

En este sentido el ser humano ha creado un sistema de vida en el que podemos observar una creciente incapacidad para encontrar soluciones. Sin embargo es necesario que como Iglesia pensemos en transformaciones sociales profundas que lleven a la humanidad de una «época de cambios» a un «cambio de época». Pensar en el sentido del trabajo en un sistema capitalista debe conducir a reconocer que actualmente hay una sobreproducción de bienes económicos que no responde a la dignificación del mundo y de los seres humanos. Aunque sobran los bienes ofrecidos, ello ocurre no porque estén satisfechas las necesidades de todos los seres humanos, sino porque éstos no tienen la capacidad para adquirirlos, pues la inmensa mayoría de la población –los trabajadores, en especial los pobres--, no reciben una remuneración proporcional a su aporte a la riqueza social, sino mucho menor, determinada por el precio que se reconoce a su trabajo.

La falta de sentido del trabajo humano se identifica en la brecha que se manifiesta en términos macroeconómicos, por lo menos desde la década de los años ochenta del siglo pasado, como reducción o estancamiento del fondo salarial global. Una de las formas de ver este efecto es la mayor concentración del ingreso, pues aumenta la parte de quienes están ubicados en los deciles superiores, conformados fundamentalmente por los propietarios de los medios de producción, con detrimento del ingreso en los deciles inferiores, en donde se encuentran los trabajadores.

Julio Silva nos ayuda a comprender que socialmente se reconoce que al amparo de un crecimiento económico artificial, que no tiene como finalidad el desarrollo humano, proliferan las prácticas empresariales desastrosas, que imponen un modelo de consumo

⁶⁸http://www.fuac.edu.co/recursos_web/observatorio/publicaciones/CONSUMO%20NECESARIO%20DE%20LOS%20POBRES%20Panel%20Brasil%20ago-2010.pdf

insostenible y de precariedad laboral empobrecedora, con una gigantesca redistribución del ingreso mundial a favor del gran capital y sus aliados.

En búsqueda de los cambios estructurales que son necesarios para corregir esa deformación inherente al capitalismo, los estudiosos de la economía proponen que, sobre la base de un *gran pacto político y social*, se busque una *recomposición a fondo del ingreso nacional* en la mayoría de los países, en especial en los pobres, para que aumente, en poco tiempo y en términos significativos, la *porción relativa que corresponde a los trabajadores*, en especial a quienes conforman los hogares en miseria y pobreza, incluida la denominada clase media baja. El propósito final es lograr que millones de hogares que están al margen del mercado puedan convertir su aplazada demanda potencial en demanda efectiva. Hay que reivindicar el derecho de los pobres al *consumo necesario*, es decir, el consumo de bienes y servicios que permitan unas condiciones de vida modestas pero dignas, conforme como corresponde al avance científico-técnico accesible, sin las exageraciones y despilfarro que caracteriza al consumismo de las elites irresponsables⁶⁹.

Esta crisis generada desde la razón y la técnica del ser humano es una de las mayores cargas que hoy no les permite sobre todo a los pobres encontrarle sentido al trabajo humano en cuanto a que no les aporta a la construcción de un proyecto de vida digno, sino que el sistema lo ha convertido en una necesidad prioritaria que sólo satisface las necesidades básicas de los más pobres. Por tal razón con la crisis se acelera la pérdida de ingreso de los trabajadores y por tanto su participación relativa como clase social en el ingreso nacional. Una de las principales causas de pérdida de ingreso es el desempleo, que ya es un problema mundial, haciendo que sean los trabajadores, como clase, los mayores perdedores con la «gran recesión» en curso.

⁶⁹http://www.fuac.edu.co/recursos_web/observatorio/publicaciones/CONSUMO%20NECESARIO%20DE%20LOS%20POBRES%20Panel%20Brasil%20ago-2010.pdf

Por tal razón, cuando hablamos de ciencias sociales buscamos ante todo reconocer el papel que ellas tienen ante los problemas de injusticia social y considerar que los problemas sociales son una realidad que debe ser abordada desde un trabajo interdisciplinario, desde diferentes ciencias como la economía, la antropología y la teología.

En esta dirección como teólogos buscamos acercarnos a los hechos sociales desde un estatuto epistemológico propio con el propósito de responder a los problemas que no aportan a la construcción del Reino de Dios. El trabajo transdisciplinario nos lleva a reconocer que las ciencias sociales y humanas juegan un papel determinante en la explicación de los efectos que ellas producen, ya que están representadas por las personas, y connotadas por las causas y los efectos.

En concreto nos referimos en nuestra investigación al aporte que hacen las ciencias económicas, para pensar que es posible un mundo mejor. Es preciso resaltar en esta mediación que los términos más utilizados en las ciencias económicas son: crecimiento, desarrollo, economía, que son categorías diferentes, pero se confunden cuando se tratan de definir. La categoría crecimiento hace énfasis en el incremento de la producción.

Cuando se pretende sustentar algún modelo económico de otro país, es muy complicado, aplicarlo porque cada país tiene políticas diferentes en el manejo de la economía. Antes de asumir un modelo se debería pensar en satisfacer las necesidades básicas de las personas, ya que algunas viven en condiciones no muy dignas. Si tenemos este punto como referente se puede comenzar a aplicar un modelo económico, que busque el beneficio de los trabajadores y no como sucede que sólo se benefician los propietarios de los almacenes o los dueños de las empresas.

Se ha llegado hasta el punto de contratar personas para trabajar y no pagarles las seguridades sociales para la obtención de más ganancias. En efecto, el pensar en un modelo económico justo y equitativo debe tener en cuenta la dignificación del trabajo de las personas y que sean bien remuneradas. Julio Silva nos invita a que pensemos no en un modelo desarrollo cualquiera, sino en el que lleve a un desarrollo económico que permita desbordar el mero aspecto económico, que a veces se confunde con su expresión

matemática, y asumir una concepción más integral de la sociedad, para develar su esencialidad⁷⁰.

Debemos partir de la idea de que la economía busca la felicidad de las personas y por eso se debe incentivar socialmente un modo de desarrollo económico en libertad, pero se deben tener presente los valores económicos que busquen los beneficios de todos. Así la tarea fundamental de la Iglesia en comunión con los estudiosos de la economía debe ayudar a fomentar los valores del trabajo en la implementación de un modo de desarrollo que se oriente a partir de la economía de salvación que manifestó Jesús. Razón determinante es que no se puede concebir al hombre como un objeto de producción, sino como sujeto activo que genera desarrollo en el incremento de la producción y así promueve su dignificación como ser humano.

El desarrollo humano para la realización de la libertad y la búsqueda de la felicidad requiere la acción mancomunada y complementaria del Estado, del mercado y de la solidaridad social de la Iglesia. Libertad y felicidad no son fines en sí mismos, sino caminos para avanzar hacia la «humanización de la sociedad» en una «humanidad globalizada»⁷¹.

No se puede hablar simplemente de desarrollo económico. Es un contrasentido ya que lo económico se limita a la actividad en este campo y el desarrollo tiene connotaciones más amplias. Es preciso señalar la necesaria distinción que debe existir entre crecimiento y desarrollo, destacando que el crecimiento podría calificarse como económico, pero el desarrollo es humano. Lo primero se entiende como la creciente disponibilidad de los medios para satisfacer las necesidades materiales, sociales y espirituales y el segundo como su utilización para los fines propios de unas condiciones dignas de vida o de bienestar o mejor-vivir de las personas⁷².

⁷⁰http://www.fuac.edu.co/recursos_web/observatorio/publicaciones/DESARROLLO%20HUMANO%20CON%20LIBERTAD%20Y%20FELICIDAD%2011EIE%2002-12-08.pdf

⁷¹ *Ibid.*

⁷² *Ibid.*

De esta manera, hacer una vinculación más explícita de la teología con el tema de la justicia en lo económico permite considerar que existe la ineludible necesidad que ésta recurra a trabajos transdisciplinarios con otras ciencias, en especial, con las ciencias sociales que le permitan conocer y valorar mejor las realidades que se presentan en el orden de lo económico. Y así elaborar y fundamentar sus propios juicios y sentar su voz de protesta profética contra los sistemas utilitaristas que sólo conciben a la persona en términos de producción y rentabilidad y dejan a un lado su dignidad como tal.

Por tanto, nuestro quehacer teológico no puede congeniar en ningún momento con una ética utilitarista que se oponga al desarrollo de lo plenamente humano, sino que se debe buscar ante todo el establecimiento de unas bases sociales y unos principios que aseguren la utilización adecuada de bienes y servicios para que los seres humanos puedan vivir mejor.

En consecuencia, el trabajo tanto del economista como del teólogo debe orientarse en favor de todos los seres humanos y de la creación entera. A ambos les deben afectar hondamente las causas de injusticia de la humanidad, pues la economía debe estar al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la economía. El principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana.

Nos es posible considerar que todo ser humano al abordar el tema del sentido del trabajo debe incluir el pensamiento sobre la justicia desde lo económico y de esa manera acercarse a los procesos de desarrollo humano, que impliquen un intercambio iluminado por los valores y la cooperación mutua. Debe ser primaria la visión fundamental de lo que es legítimo, justo y fundamentado en principios y valores morales, que a través de la historia han sido compartidos por todas las culturas y apoyados por la experiencia práctica común.

En consecuencia la actividad económica sólo tiene por cometido el hacer posible lo necesario para que las personas satisfagan sus necesidades. El desarrollo de la sociedad no se fundamenta solamente en ello. Se requiere el trabajo con otras ciencias como la sociología y la antropología, que permita poner como centro de discusión al ser humano y

no a la actividad económica (el mercado), pues ésta es sólo un complemento de la sociedad y no la que regule la vida humana.

Cada ser humano posee una dignidad inalienable e intocable – sin distinción de edad, sexo, raza, color de piel, capacidad física o mental, lengua, religión, visión política u origen nacional o social. Tanto el individuo como el Estado tienen el deber de honrar esta dignidad y protegerla. Los seres humanos han de ser siempre los sujetos de derecho deben ser el fin y no meramente el medio del desarrollo y nunca pueden constituir un objeto de comercialización y un instrumento en procesos industriales, sólo en beneficio de los intereses y las utilidades de la economía y demás instituciones sociales.

El propósito debe estar orientado hacia una economía justa en beneficio de la humanidad y de un trabajo digno. Ha de buscar dar a conocer que la dignificación de todos los hombres y mujeres debe ser el criterio para reorientar toda la acción económica. En definitiva se trata de que genere riqueza orientada por unos valores que busquen el bien común. La una humanidad prospera sólo si se construye dentro de una cultura que respete la equidad y en la que los seres humanos no se vean afectados por conductas individualistas, o sometidos a condiciones inhumanas al ejercer una función dentro de una institución. La explotación y el abuso de situaciones de dependencia así como la discriminación y arbitrariedad con las personas, son irreconciliables con el principio de humanidad y justicia⁷³.

Todos los seres humanos tienen el deber de respetar el derecho a la vida y a la justicia. Ellas son bienes sagrados e inviolables. Así toda forma de violencia o de fuerza en la búsqueda de metas particulares debe ser rechazada. El trabajo esclavizante obligatorio, el castigo corporal y otras violaciones deben ser suprimidos. Todos los agentes económicos deben garantizar la protección de los derechos en estas situaciones. El interés propio y la competencia han de servir al desarrollo de la capacidad productiva y al bienestar de cada uno de los implicados en la actividad económica.

⁷³http://www.fuac.edu.co/recursos_web/observatorio/publicaciones/CONSUMO%20NECESARIO%20DE%20LOS%20POBRES%20Panel%20Brasil%20ago-2010.pdf

De esta manera la justicia en lo económico, el respeto por la ley y por el valor de la persona humana debe convertirse en presupuestos irrenunciables de cualquier estructuración social. Todos los actores y todas las disciplinas involucradas en la actividad económica deben respetar y acatar las reglas internacionales creadas para este fin; deben defenderlas y aplicar un marco de referencia ética en su esfera de influencia, y trabajar por su consecución. El principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana.

3. HACIA UNA ESPIRITUALIDAD DEL TRABAJO.

Después de un acercamiento a los textos de la Escritura y a las investigaciones de algunos teólogos, con el propósito de comprender el sentido unitario de la creación y re-significar la tarea del ser humano, imagen y semejanza de Dios y co-creador en un mundo globalizado que se rige por los valores económicos y políticos, hemos reflexionado sobre la contextualización de la problemática del trabajo en el mundo moderno y contemporáneo, a la luz de la Encíclica *Rerum Novarum* del Papa León XIII; del Concilio Vaticano II, especialmente en el capítulo III de la Constitución pastoral *Gaudium et Spes* y de la Encíclica *Laboren Exercens* del Papa Juan Pablo II.

En esta línea magisterial hemos comprobado el lugar primario que ocupa el sentido de la dignidad humana y en consecuencia, la dignificación del trabajo. El camino que la Iglesia propone es indudablemente un estímulo para la orientación de los proyectos de vida personal y comunitaria, en la dirección de los designios de Dios.

La lectura de la disciplina de la economía sobre la cuestión social del trabajo, en línea transdisciplinar nos lleva a pensar en alternativas de transformación, de acuerdo con la “economía” de la salvación, propuesta desde la persona de Jesús. Además nos hace conscientes de la necesidad de buscar referentes de sentido que iluminen la labor del ser humano de instaurar los planes de salvación a la luz del Evangelio.

El objetivo del capítulo tercero de la presente investigación consiste en proponer elementos de reflexión teológico-espiritual sobre el trabajo y algunos estrategias pedagógico-pastorales, como pretexto para que en nuestra sociedad los hombres y mujeres de cualquier filiación religiosa tomen conciencia del llamado que Dios les hace desde su oficio o profesión y asuman el trabajo como un ministerio que debe estar al servicio del Reino de Dios. Tomaremos líneas inspiradoras de la espiritualidad ignaciana, que nos permitan presentar una espiritualidad del trabajo encarnada, después de profundizar sobre

el aporte de la espiritualidad y las teologías espirituales en general a la cuestión social del trabajo humano. Finalmente pensaremos en elementos que nos ayuden a configurar una pedagogía pastoral del trabajo en el mundo actual.

3.1 Espíritu – Espiritualidad

Es preciso, antes de iniciar una reflexión sobre la espiritualidad del trabajo, que nos preguntemos qué entendemos por espiritualidad. Inicialmente, Pedro Casaldáliga nos introduce en el tema, presentando la problemática misma de la palabra *espiritualidad*. Esta palabra puede expresar una comprensión de alejamiento de la vida real, que ya presenta su dificultad. Los que asumen este significado favorecen viejos y nuevos espiritualismos y abstracciones irreales.

La palabra *espiritualidad* deriva de espíritu, opuesto a materia. Una persona espiritual debe vivir sin tener como fin lo material y procurar que sus realidades estén movidas más bien desde la gracia de Dios.

Este significado de los conceptos de espíritu y espiritualidad proviene de la cultura griega. La llamada cultura occidental está penetrada por esta acepción, en contraposición a la cultura semítica y algunas culturas indígenas que tienen una comprensión distinta.

Pedro Casaldáliga nos indica que en la Biblia espíritu no se opone a materia ni a cuerpo, sino a maldad, destrucción; se opone a carne, a muerte (la fragilidad de lo que está destinado a la muerte); y se opone a la ley (la imposición, el miedo el castigo)... En este contexto semántico, espíritu significa vida, construcción, fuerza, acción, libertad... No es algo que está fuera de la materia, fuera del cuerpo o fuera de la realidad real, sino algo que está dentro, que habita la materia, el cuerpo, la realidad, y les da vida⁷⁴

⁷⁴ Casaldáliga, *Espiritualidad de la Liberación*, 24.

Esta comprensión del espíritu es dinámica. Es un impulso a las personas, para su crecimiento y creatividad en un ímpetu de libertad; es una fuerza para que ellas sean lo que deben ser. En hebreo la palabra espíritu (*ruah*) significa viento, aliento, hálito; el espíritu es como el viento, ligero y potente. Es un sentido análogo al de aliento, es decir al aliento corporal que hace que la persona respire y se oxigene, que pueda seguir viva.

Acercándonos al sentido bíblico podemos considerar que el espíritu de una persona es lo más hondo de su propio ser. La historia nos hace reconocer la existencia de espíritus buenos y no tan buenos. Una persona que es explotadora y dominadora de los demás se mueve desde una espiritualidad de egoísmo, de ambición. Es el mal espíritu el que la mueve, expresándonos en términos de San Ignacio.

Esta manera de comprender el espíritu o la espiritualidad de una persona no es exclusiva del cristianismo. Existen diversas espiritualidades. Este hecho tiene una implicación macroecuménica. La espiritualidad es poseída, aun por los que dicen rechazar cualquier tipo de ella. Podemos concluir que la espiritualidad es patrimonio de todos los seres humanos: “Toda persona está animada por uno u otro espíritu, marcada por una u otra espiritualidad, porque la persona humana es un ser también fundamentalmente espiritual”⁷⁵.

La afirmación clásica de que el ser humano es un ser espiritual significa que el hombre y la mujer son algo más que la vida biológica (*bíos*); que en ellos hay algo que les permite trascender. Ese plus que los distingue de los demás seres animados, que les hace ser lo que son dándoles una especificidad humana es lo que se llama espíritu. Es la dimensión que los constituye como personas humanas. En el lenguaje de los místicos clásicos esa profundidad personal es forjada por las motivaciones que hacen vibrar a cualquier ser humano, por la utopía que lo mueve y que lo anima, por la comprensión de la vida que la persona se ha venido haciendo desde su actividad en el mundo, en la convivencia con los semejantes y con los otros seres. De este modo las personas que viven en el espíritu son

⁷⁵ Casaldáliga, *Espiritualidad de la Liberación*, 27.

aquellas que alimentan sus valores, sus ideales, sus utopías, sus opciones profundas. Son las personas que asumen su trabajo como una dimensión de la vida que debe aportar al desarrollo humano y por tanto a la dignificación de la actividad.

Además la espiritualidad no es patrimonio exclusivo de personas profesionalmente religiosas o santas; no tiene un carácter privado y privatizante. Es una realidad comunitaria que se representa como la conciencia y la motivación de un grupo determinado o un pueblo. Cada comunidad tiene su cultura y cada cultura su espiritualidad. Ahora bien, como Iglesia que piensa en una espiritualidad del trabajo debemos preguntarnos qué tiene que ver la espiritualidad con la religión.

Para responder a esta pregunta debemos comprender que ser persona no es simplemente ser miembro de una raza animal, sino que es “asumir la propia libertad frente al misterio, frente al futuro...; optar por un sentido ante la historia; dar una respuesta personal a las cuestiones últimas de la existencia”⁷⁶. Esta postura de la persona ante la vida la debe llevar a preguntarse: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido y fin de nuestra vida? ¿Por qué tanto dolor y sufrimiento? ¿Cómo conseguir la felicidad? ¿Qué es la muerte? ¿Qué podemos esperar? Asumir estas preguntas profundamente humanas es ya formular la pregunta religiosa, pues, ciertamente toda persona tiene que enfrentarse con el misterio de su propia existencia; tiene que optar por unos valores que le den sentido y fundamento a su existencia.

Es de creer que la opción fundamental de un ser humano se puede comprender como aquello sobre lo que construye y articula la composición de su conciencia; su toma de postura ante la realidad, dentro de la historia. Así, lo genuinamente religioso es esa opción fundamental, la humana profundidad, anterior a todo dogma y rito. Es una indicación de que en esa opción fundamental la persona define qué valor y sentido coloca en el centro de su vida; cuál es su Dios o su dios. En ese sentido y trascendencia de la existencia en el

⁷⁶ Casaldáliga, *Espiritualidad de la Liberación*, 29.

mundo, el trabajo humano tiene sentido y trascendencia en la realidad de todos los seres humanos.

Esta religiosidad que brota de nuestra humanidad es lo que se llama espiritualidad. Nos configura como personas; nos da identidad; nos salva ante Dios mismo. En consecuencia las prácticas religiosas deben ser una expresión personal y un paso comunitario de esa espiritualidad. En efecto, la fe cristiana nos permite tener una mirada contemplativa de la realidad y descubrir una dimensión de la realidad que sólo es accesible a la luz de la fe.

La mirada de la fe lleva a manifestar que el trabajo hace parte de ese plan salvador, pues se orienta a la dignificación del ser humano y a la construcción de un mundo que es construcción del Reino de Dios. Dios en verdad se comunica con hombres y mujeres y les dirige su palabra a través del libro de la vida que es la creación y la historia en el acontecer diario y bajo los signos de los tiempos. De este modo la espiritualidad es el camino que nos invita a llenarnos de Dios y de la manera de colaborar más plenamente en el designio divino de salvación. En un mundo en donde la vida es regida por el dinero es importante que los seres humanos tomemos conciencia del espíritu que mueve a cada persona, a cada familia, a cada pueblo, ya que cada uno de ellos es una realidad salvífica y una mediación necesaria para el conocimiento de la revelación⁷⁷.

Pienso entonces que, cuando hablamos de una espiritualidad del trabajo en nuestra sociedad contemporánea, debemos preguntarnos por la manera como estamos asumiendo el valor de espíritu-espiritualidad en nuestras vidas, pues de ahí brotan preguntas profundamente humanas y profundamente religiosas y trascendentes. Cuando hablamos de Espíritu con mayúscula, según Casaldáliga, nos referimos al Espíritu de Dios, al Espíritu Santo, al Espíritu de Jesús. Este Espíritu con mayúscula es indefinible. Ahora bien cuando hablamos del espíritu nos referimos a la dimensión esencial de la persona humana en la que el Espíritu de Dios actúa. Esta actuación les confiere a las personas profundidad,

⁷⁷ Casaldáliga, *Espiritualidad de la Liberación*, 32-33.

trascendencia, libertad y vida en plenitud. Por este motivo, el trabajo humano tiene valor y sentido cuando es alimentado desde el Espíritu de Dios.

En las sociedades laicas en que muchos no son creyentes, también en ellos actúa el Espíritu de Dios y ora con gemidos inefables (Rm 8,26). Todos en Él nos movemos y existimos (Hch 17,28). Él ilumina a todos (Jn 1,9), para que tengan vida (Jn 10,10). Otros no conocen al Dios de Jesús, pero invocan desde el mismo Espíritu, al Dios vivo en su propia religión. Igualmente en los pueblos que no conocen la revelación cristiana su espiritualidad es alimentada desde su mística y su cultura. Esa acción de Dios en cada pueblo es un modo de revelarse en él. Las afirmaciones anteriores nos llevan a garantizar que todos los seres humanos participamos de un Espíritu, que nos debe conducir a darle sentido a nuestros proyectos de vida. En esta realidad inefable juegan un papel decisivo el sentido y el valor que tenga nuestra actividad humana en el mundo.

3.2 Teología espiritual

Entre las diversas disciplinas teológicas, la teología espiritual es aquella que se trata de una disciplina que siempre ha estado presente en la vida de la Iglesia, pero que sólo ha adquirido un estatuto epistemológico en nuestros días. En el pasado se concentraba en los problemas planteados por la contemplación y en particular por la mística. Pero por lo que se refiere al conjunto del desarrollo de la vida espiritual los teólogos no se ocupaban directamente de este asunto, sino que dejaban a los maestros espirituales la tarea de indicar las actitudes necesarias para ello. Recientemente se ve la necesidad de una reflexión más sistemática orientada hacia la comprensión de la vida espiritual y en general que responda a problemas sociales como la falta de sentido de la realidad terrena del trabajo⁷⁸.

Para una comprensión inicial del significado de teología espiritual nos ayudará mirarla en una perspectiva histórica. En los primeros siglos de la era cristiana no existía una

⁷⁸ Charles, *Introducción a la teología espiritual.*, 5-6.

reflexión particular sobre este punto. La doctrina se distinguía de la moral cristiana y ésta se identificaba con la espiritualidad. Efectivamente los Padres de la Iglesia no hacen distinción entre moral y espiritualidad, pues ambas dimensiones eran consideradas dentro de una práctica cristiana.

En el monacato tiene su origen la primera escuela de espiritualidad. Los monjes se preocupan por la pureza del alma, el silencio, la humildad obediente, la búsqueda de Dios por la creación... Una de las características de su espiritualidad era el deseo de conocer a Dios más por la experiencia que por la especulación

En la época del Renacimiento se asimila el método epistemológico helenístico y se introduce en la tradición cristiana un patrimonio cultural de corte helénico, que unas veces recibe el sentido griego y otras veces el cristiano. Por ejemplo los griegos le dan gran importancia a la superioridad de lo interno y personal sobre lo externo y lo social⁷⁹. En efecto, Santo Tomás se encuentra influenciado por esta tradición, cuando demuestra la superioridad de la contemplación con sus ocho razones, tomadas ellas de Aristóteles, “aun cuando a cada una le añada, como ilustración un ejemplo bíblico”⁸⁰.

Es preciso reconocer que en este proceso se percibe un método inductivo, previo a la sistematización de las verdades de la fe. Santo Tomás es el principal expositor de este método y deja una síntesis de la doctrina espiritual basada en la salida-regreso de las criaturas con respecto a Dios y distingue sin separar la Dogmática y la Moral. Por consiguiente, se identifica la teología tomista como más especulativa que práctica, dado que su finalidad consiste en iluminar el contenido inteligible de los dogmas. Esta realidad afecta a la teología espiritual y se advierte el empobrecimiento de la teología moral, ya que se queda en consideraciones universales sobre los actos humanos.

⁷⁹ Balthasar, *Ensayos teológicos.*, 239.

⁸⁰ S. th. 2-2, q. 182.

Con el Renacimiento todo comienza a polarizarse en el hombre. El método ascético medieval que se asumía desde una perspectiva objetiva y comunitaria, ahora se transforma en individual y subjetivo. Un ejemplo es la “*Devotio moderna*”. Un ejemplo de ella es la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis. Aparecen el quietismo en el que se hace énfasis en la perfección en la interioridad y la eliminación de toda actividad o interés que no conduzca a ella, y el pietismo se desarrolla en corrientes como reacción contra una ascética voluntarista y racionalista.

En los siglos XVIII y XIX no encontramos nada original en el campo de la teología espiritual. Ya en el siglo XX se da un despertar de ella, que llevó a un resurgimiento del llamado movimiento místico. También se da un tratamiento más teológico de los principios de la vida espiritual, reconociéndolos como referentes de vida en la realidad de todos los cristianos. Por tal razón, la teología no sólo estudia y hace comentarios sobre el actuar de Dios, sino que también debe incidir sobre las actuaciones humanas, como correspondencia a la de Dios.

La diferencia principal que se atribuye a la teología espiritual con respecto a la especulativa dogmática es su carácter práctico. No se estudian sólo las verdades reveladas, sino el significado del asentimiento de fe, de lo que debe ser creído y puesto en práctica. En consecuencia, debemos dejar en claro que el pensar en la definición de una teología espiritual se debe ante todo a la herencia de la filosofía helenística asumida por Santo Tomás y acentuada por los teólogos posteriores cuando comenzaron las distinciones de las ciencias teológicas, en contraposición a la perspectiva oriental que es de carácter unitario.

Para la perspectiva oriental lo interior y lo exterior van unidos, en cambio para el filósofo occidental la interioridad contemplativa tiene más valor que la acción exterior. En esta dirección el primer aspecto corresponde a la inteligencia y allí se ubican los dogmas y el segundo, al ámbito de la voluntad en el que se desarrollan la moral, la ética y la ascética. Y es en esta línea práctica en donde se desenvuelve la teología espiritual.

Podemos afirmar que la teología espiritual y la teología moral en su carácter práctico abarcan toda la vida humana en su proceso hacia la vida divina. La diferencia más bien radica en el método y en el objeto formal. La teología moral, por su parte, estudia en la modernidad la estructura de los actos libres y busca las leyes universales que deben ser tenidas en cuenta en tales actos. A su vez la teología espiritual se refiere más bien a la evolución existencial de la vida cristiana. Ella va más al aspecto iluminador y práctico del camino espiritual de cada persona. En consecuencia, el estudio de las relaciones y diferencias entre la teología espiritual y la teología moral lleva a reconocer la unidad de la teología, pues los distintos caminos convergen y se integran en el gran misterio de Dios.

En la teología espiritual encontramos las diferentes espiritualidades: la franciscana, la salesiana, la ignaciana, la carmelitana... Se pueden definir como estilos particulares de marcha en el espíritu propio de un individuo o de un grupo de individuos en la historia de la Iglesia⁸¹.

En definitiva, por espiritualidad debemos comprender el pensar y actuar según el Espíritu y el discernir sobre esa actuación. Razón para afirmar que una espiritualidad del trabajo consiste proponer las herramientas que le permitan al ser humano realizar el trabajo según el Espíritu. En consecuencia, me planteo desde la espiritualidad ignaciana la siguiente pregunta. ¿En este estilo particular de marcha en el espíritu qué significa realizar el trabajo según el Espíritu? E igualmente asumiendo este interrogante en general, en una visión histórica general una segunda pregunta compete a ¿cómo ha sido el proceso de explicitación y acentuación de los medios de la perfección cristiana?

La revelación consignada en la Escritura nos reafirma que la perfección cristiana consiste en el amor a Dios y al prójimo. De esta manera en la comunidad cristiana primitiva, ante la necesidad inminente de ser fieles a Cristo, el martirio se constituyó en la mayor expresión de perfección cristiana. En el período de las persecuciones, ante la relajación de las costumbres, se imponía un testimonio de vida que directamente

⁸¹ Brugnoli, *La espiritualidad de los laicos*, 46.

cuestionara las costumbres y comportamientos de la sociedad hedonista. Este fue el heroísmo testimonial de las vírgenes y de los ascetas.

En el feudalismo de la Edad Media el prototipo de perfección era el de los anacoretas y los cenobitas. Ahora bien, después de este fenómeno, cuando la sociedad empieza a cambiar y surgen los mercaderes, el modelo de perfección fue el de los mendicantes. Ante la acentuación del humanismo en sentido mucho más pagano, nacen los clérigos regulares y las congregaciones religiosas. En la modernidad y sucesivamente en el paso a la posmodernidad, ante la coyuntura de un mundo que se enfrenta a nuevos fenómenos sociales como la técnica, la tecnología y los medios de comunicación, la Iglesia presenta como medio propicio para la perfección los institutos seculares, la vida secolar, el matrimonio y el trabajo humilde. Y es de gran importancia la consideración de que la perfección no sólo se consigue en lo extraordinario, sino que se encuentra y se puede vivir en la mayor simplicidad de la vida.

Esta evolución histórica sobre la comprensión de la perfección cristiana nos ofrece un horizonte más amplio, en cuanto nos permite ver la realidad del trabajo humano como un medio excelente para la perfección. El Vaticano II, en la *Gaudium et Spes* titula con seguridad el capítulo tercero de esta Constitución pastoral: La actividad humana en el mundo y su aporte a la construcción del Reino de Dios.

Si nos preguntamos por qué se dan espiritualidades diversas, hemos de acudir de inmediato a la afirmación de que el Espíritu actúa en la persona de manera concreta e inédita, según su historia y manera de ser propias. En este sentido nos permitimos aportar algunas consideraciones sobre las diferentes maneras de espiritualidad, con la intencionalidad de constatar la que a nuestro modo de ver más se acerque a la genuina espiritualidad del trabajo.

No está por lo demás indicar que la vida espiritual abarca la totalidad de la existencia de cada persona y, dentro de las diversas matizaciones, incluye siempre una proyección

apostólica. Partamos de una cuádruple división de las espiritualidades: contemplativa, contemplativa y activa, contemplativa en la acción.

La espiritualidad contemplativa “es la que lleva al alma a gozar de Dios”⁸². Es la vida según el Espíritu cuyo eje gira alrededor de la contemplación. Su base es el dinamismo de la esperanza. La actitud espiritual que predomina en el contemplativo es la espera y la atención a una desnudez y pobreza espiritual⁸³. Es la espiritualidad común en las órdenes monásticas.

La espiritualidad contemplativa y activa es la que gira alrededor de la contemplación y de la acción. Se dan dos formas de reconocerla: los que contemplan para luego dar lo contemplado y los que actúan para contemplar. Es una espiritualidad del conocimiento: lleva al hombre a conocer a Dios y se basa en el dinamismo de la fe. En esta espiritualidad se ubica la Orden de predicadores, fundada por Santo Domingo de Guzmán.

La espiritualidad contemplativa en la acción es la que tiene como eje la acción; gira alrededor de ella y en ella se realiza la contemplación. En este campo es típica la espiritualidad de la Compañía de Jesús, cuya tendencia es llevar al servicio. Su base es el dinamismo de la caridad y la actitud es la de la disponibilidad del servidor⁸⁴. . “Esta espiritualidad de la acción ha encontrado una de sus formas más luminosas en la espiritualidad de la Compañía de Jesús, que se presenta esencialmente como espiritualidad del servicio por amor”⁸⁵.

En la presente reflexión quiero asumir mi opción por la espiritualidad ignaciana. He constatado por propia vivencia que ella brinda elementos que permiten un acercamiento adecuado a la espiritualidad del trabajo.

⁸² Sanson, *Espiritualidad de la vida activa*, 269.

⁸³ *Ibid*, 270 – 271.

⁸⁴ Sanson, *Espiritualidad de la vida activa*, 271-272.

⁸⁵ Loyola, *Obras completas*, 153.

3.3 Aportes de la espiritualidad ignaciana a la espiritualidad del trabajo.

Pensar en el acercamiento a las fuentes de la espiritualidad ignaciana para identificar sus aportes a la espiritualidad del trabajo, lleva a reconocer que es imprescindible acudir a los Ejercicios Espirituales, como los que marcan el modo de vida y el trabajo del cuerpo apostólico de la Compañía de Jesús y sus colaboradores en las diferentes obras apostólicas. El jesuita Marco Fidel Castaño en su libro *Líneas teológicas fundamentales y aportes ignacianos para una espiritualidad del trabajo* me permite considerar en este capítulo los argumentos que lleven a sustentar el sentido que el hombre le puede encontrar a su proyecto de vida y a su actividad en el mundo desde lo que significan los Ejercicios Espirituales ignacianos.

Además, José García de Castro en su libro *Diccionario de espiritualidad ignaciana* lleva a considerar que Ignacio habla del trabajo del cuerpo y trabajo de la mente, del trabajo espiritual, y del trabajo corporal. En la autobiografía habla del trabajo de escrúpulos (Au. 22.23.36), de trabajo del viaje (Au. 39), del trabajo al que fue sometida una pequeña embarcación (Au. 49) y en el diario espiritual del 5 y del 6 de marzo de 1544 habla de que no ha tenido trabajo para encontrar gracia (De. 111), y devoción (De. 117). El verbo se repite siete veces en los Ejercicios Espirituales y tiene por sujeto al que los hace: que trabaje de manera que se concentre en aquello que busca (Ej. 11). Así, el pensamiento de Ignacio orienta al ejercitante a trabajar con el Rey eternal como una condición de seguimiento, pues Dios encarnándose en la creación en la persona de su Jesús nos invita a ser colaboradores de la misión de Cristo, principio y fin de nuestro proyecto de vida⁸⁶.

En la primera anotación de sus Ejercicios Ignacio expone el fin de ellos con las siguientes palabras: “Todo modo de preparar y disponer el ánima, para quitar de sí todas la

⁸⁶ García, *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana*, 1715.

afecciones desordenadas y después de quitarlas para buscar y hallar la voluntad de Dios en la disposición de vida para la salud del ánima, se llaman ejercicios espirituales”⁸⁷.

También en este comienzo, antes de enunciar el llamado presupuesto, nos resume lo que se pretende con la experiencia de los Ejercicios: “Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea”⁸⁸.

En consecuencia el itinerario que nos señala el autor de los Ejercicios para lograr lo que se propone incluye: un vencerse que prepara al ejercitante para un disponerse. Las anotaciones iniciales dirigen en parte al que asume el camino, para que esté dispuesto a recorrerlo. Se trata de ordenarse quitando todo aquello que impida avanzar en la vida espiritual y cumplir su propósito. En efecto, desde el enunciado del Principio y Fundamento se advierte la necesidad de quitarse de todo aquello que impide conseguir el fin que se pretende: “... El hombre ha de usar de ellas (las otras cosas) quanto le ayuden para su fin, y tanto debe quitarse dellas, quanto para ello le impiden”⁸⁹.

En consecuencia en la oración preparatoria que está sugerida para cualquier tipo de meditación o contemplación se permite hacer explícita la intención ordenada al fin para el que ha sido creado el hombre, es decir, el servicio y la alabanza a Dios. “La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad”⁹⁰.

A través de la oración, del examen de la oración, del discernimiento y de las adiciones al ejercitante es guiado para dejar que la voluntad de Dios sea claramente atendida. Esta búsqueda comienza a insinuarse desde el Principio y Fundamento: “Solamente deseando y eligiendo lo que más conduce para el fin que somos creados”⁹¹. Es el paso crucial que

⁸⁷ Loyola, *Ejercicios*, 1.

⁸⁸ *Ibid.*, 21.

⁸⁹ Loyola, *Ejercicios*, 23.

⁹⁰ *Ibid.*, 46.

⁹¹ *Ibid.*, 23.

supone la persona ordenada que está libre de toda afección, para poder buscar libremente la voluntad de Dios, hallarla y luego determinarse por ella.

La voluntad de Dios realizada históricamente la encontramos en Jesucristo. Él es el camino y hacia Él nos dirige San Ignacio, en cuanto que nos invita desde los Ejercicios a que cumplamos la voluntad de la Divina Majestad de seguir a Jesús. De este modo, en la Meditación de los Binarios buscan preparar al ejercitante para la determinación de la manera de vida en donde el Señor lo eligiere. De esta manera, lanzando más allá al ejercitante y probando su generosidad explota esa indiferencia que en el Principio y Fundamento anotó para pedir al Señor que “le elija en pobreza actual; y que él quiere, pide y suplica, sólo que sea servicio y alabanza de la divina bondad...”⁹². Pero este querer elegir la voluntad de Dios hasta sus últimas consecuencias lo acentúa Ignacio en el Tercer grado de humildad⁹³:

Por imitar y parecer más actualmente a Christo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Christo pobre que riqueza, oprobios con Christo lleno dellos que honores, y desear más de ser estimado por vano y loco por Christo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo⁹⁴.

El autor de los Ejercicios sugiere hacer los tres coloquios para quienes quieran destacarse en esta altura espiritual, “pidiendo que el Señor nuestro le quiera elegir en esta tercera, mayor y mejor humildad, para más le imitar y servir, si igual o mayor servicio y alabanza fuere a la su divina majestad”⁹⁵. En el preámbulo para hacer elección se manifiesta siempre la coherencia con todo y se recuerda el Principio y Fundamento: “En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser

⁹² *Ibid.*, 157.

⁹³ Fidel Castaño, Marco, *Líneas teológicas fundamentales y aportes ignacianos para una espiritualidad del trabajo*, 82.

⁹⁴ Loyola, *Ejercicios*, 167.

⁹⁵ *Ibid.*, 168.

simple, solamente mirando para lo que soy criado..., y así cualquier cosa que yo eligiere..., no ordenando ni atrayendo el fin al medio, más el medio al fin”⁹⁶.

En el momento de la elección San Ignacio considera ya al hombre ordenado, con las motivaciones necesarias para vivir el Principio y Fundamento, por tal razón se dice: “Es menester tener por objeto el fin para que soy criado, que es para alabar a Dios nuestro Señor y salvar mi ánima; y con esto hallarme indiferente, sin afección alguna desordenada. De manera que no esté más inclinado ni afectado a tomar la cosa propuesta que a dejarla”⁹⁷.

En consecuencia, esta propuesta permite identificar el objetivo del camino espiritual ofrecido, pues es difícil hallar y cumplir la voluntad de Dios por nuestros propios méritos. Por este motivo, Ignacio invita al ejercitante a que pida la gracia de ser elegido en el mayor signo de la voluntad de Dios: Jesús pobre y humilde. Entonces el deseo de seguir a Cristo en su pobreza y humildad será el mejor signo para reconocer una buena elección. Al respecto, hecha la elección, el mismo Ignacio remite al ejercitante a la oración para que sea recibida y confirmada: “Hecha la tal elección o deliberación, debe ir la persona que tal ha hecho, con mucha diligencia, a la oración delante de Dios nuestro Señor y ofrecerle la tal elección, para que su divina majestad la quiera recibir y confirmar, siendo su mayor servicio y alabanza”⁹⁸.

Este camino espiritual nos muestra claramente que esta clave de ofrecimiento por parte del ejercitante es fruto de la elección y confirmación por parte de Dios. Este proceso es una propuesta espiritual que conduce al ser humano a que llegue a la cuarta semana sin afección desordenada y libre según el fin que ha elegido: el mayor servicio y alabanza de Dios. Esta realidad se hace presente en el hombre que vive la Contemplación para alcanzar amor, explicitada en la oración *Tomad Señor y recibid*⁹⁹.

⁹⁶ *Ibid.*, 169.

⁹⁷ *Ibid.*, 179.

⁹⁸ Loyola, *Ejercicios*, 183.

⁹⁹ *Ibid.*, 234.

Este itinerario espiritual de tanta exigencia nos abre a considerar diversos elementos para una espiritualidad del trabajo. En él se logra identificar la imagen de un hombre creado por Dios para una vocación sublime, pero desordenado por el pecado. Ahora bien, el ser humano puede ordenarse mediante el seguimiento de Cristo, único Mediador, Camino, Verdad y Vida y única respuesta fiel a esta vocación universal. Se identifica con claridad la imagen de una persona no en abstracto, sino real; un ser en el mundo con la misión de transformarlo; un ser con los otros para crear la fraternidad y un ser para alabar y servir a Dios mediante la entrega a los demás, a ejemplo de Jesús en favor de la construcción del Reino de Dios. En este marco de realidad está enfocado el sentido del trabajo, de toda actividad humana en el mundo. Toda ella es una realidad que se configura de manera total a partir de la vocación del hombre, con su misión en el mundo y con el aporte a la construcción del Reino de Dios.

Por otro lado debemos comprender que el trabajo es una realidad trinitaria en cuanto a que la creación es obra del Padre, la redención es obra de Hijo y la santificación es obra del Espíritu Santo. Así, el trabajo ordenado, cristiano, le permite al hombre insertarse en esa realidad trinitaria, como fundamento de la espiritualidad del trabajo.

Con respecto a los aportes que ofrece el camino espiritual de los Ejercicios podemos identificar algunas líneas teológicas maestras de la espiritualidad del trabajo. La experiencia trinitaria de Ignacio se fundamenta a partir de su experiencia del Cardoner. A la orilla de este río contempla las tres divinas personas y esa experiencia le hace ver la realidad de una manera nueva, le da claridad sobre el hecho de que todo viene del Padre y hacia Él retorna por Cristo en el Espíritu. En efecto, los Ejercicios siguen fielmente este actuar trinitario en el que se tiene como referente la historia de salvación revelada, contenida en la Sagrada Escritura. En ella se nos presenta el desarrollo del plan divino de amor y la revelación progresiva de su Misterio más íntimo.

La estructura fundamental de los Ejercicios tiene tres ejes: El Principio y Fundamento, la Meditación del rey temporal y la Contemplación para alcanzar amor. En estos tres ejes o

núcleos centrales se fundamentan el camino espiritual del ejercitante y por lo tanto de la manera como se asuman en la vida tendrá sentido para el creyente su actividad humana. En verdad el trabajo del ser humano cuando está motivado desde este camino espiritual debe estar en función del servicio y alabanza al Dios que sigue creando en la acción de cada ser humano.

Los Ejercicios en su metodología nos dan pie para hablar de un proceso gradual que conduce en último término a todo ser humano a dirigir su trabajo a la mayor gloria de Dios. Desde los tres ejes indicados podemos identificar los elementos de la siguiente manera: El Principio y Fundamento nos orienta hacia el Padre y nos lleva a tomar conciencia de que somos criados para alabar, hacer reverencia y servir a Dios y que debemos tener una actitud de “indiferencia” ante las cosas del mundo y seguir como principio de vida el buscar y hallar la voluntad del Padre desde nuestras actividades humanas. La Meditación del Reino nos ayuda a centrarnos en el Hijo, a través del conocimiento interno de Él encarnado, para más amarle y seguirle. Esta realidad es posible para todo cristiano desde su “oblación de mayor estima y momento” y desde el seguimiento del Jesús pobre y humilde. La Contemplación para alcanzar amor hace parte de un proceso en que el hombre, movido por el Espíritu se reconoce como nueva creatura que desea vivir en el amor, es decir, en amar y servir en totalidad, que es expresión de una donación sin restricciones en la vida ordinaria. Esta centración trinitaria debe manifestarse en su actividad humana, en su trabajo, más que en las palabras. En síntesis los Ejercicios desde su fundamento trinitario aportan al trabajo humano una espiritualidad con ese fundamento al servicio del Reino.

El itinerario espiritual de los Ejercicios, al ser un camino para ordenar y para hacer libre a la persona humana de cualquier realidad de pecado que le impida encontrar la voluntad de Dios y determinarse por ella, indica que en su trabajo y en los frutos de su actividad también repercuten el desorden, el desenfoco y los engaños de que es esclavo todo ser humano¹⁰⁰.

¹⁰⁰ Concilio Ecuménico Vaticano II, 321.

Todo ser humano debe tomar conciencia de que el trabajo es un don para él, pues por su medio gobierna el mundo para transformarlo y aportar a la construcción del Reino de Dios. Ahora bien, el trabajo no es un fin, sino un medio para que el hombre alcance el fin para el que ha sido creado. Si miramos el carisma propio de cada una de las espiritualidades hemos de reconocer que cada una de ellas con su trabajo particular, con su forma de servir específica tiene como finalidad ofrecer su aporte en la Iglesia para la mayor gloria de Dios. Expresamente la espiritualidad ignaciana presenta como aporte a la espiritualidad del trabajo el significado de la búsqueda y hallazgo de la voluntad de Dios en todas las cosas. Ignacio acentúa “el mayor servicio y alabanza”¹⁰¹. La palabra servicio es una expresión concreta de la respuesta del hombre al plan amoroso de Dios, es decir la eficacia del amor se manifiesta en el servicio que la persona realiza desde determinada actividad.

Debemos reconocer que la Compañía de Jesús ofrece a la sociedad una espiritualidad del servicio por amor, cuando y como el Señor quiera para su mayor servicio y alabanza. El jesuita es por carisma un hombre al servicio del Reino de Dios; su modo de vida, su trabajo esté dentro de esta dinámica. Nos referimos a un servicio a Dios en los hermanos, ordenado a la alabanza al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo.

En una espiritualidad del trabajo debe prevalecer el espíritu del discernimiento. Los Ejercicios lo facilitan en el campo de la oración. Ya en el Principio y Fundamento comprendemos que el trabajo es un don de Dios al hombre; una posibilidad de transformación y perfeccionamiento del mundo. En su realización interviene la libertad. Este hecho implica la necesidad de estar vigilantes a fin de que siempre se conserve con toda claridad el ordenamiento a su fin. “El hombre tanto ha de usar dellas cuanto le ayuden para su fin y tanto debe quitarse dellas cuanto para ello le impiden”¹⁰².

¹⁰¹ Loyola, *Ejercicios*, 5, 9, 15, 16, 20, 23, 46, 97...

¹⁰² Loyola, *Ejercicios*, 23.

La persona ha de verse libre para Dios, para el mundo y para la vida. De este modo el trabajo debe favorecer el ejercicio de la libertad que conduce a la comunión con Dios y dejar de lado lo que lleve al crecimiento del mal, del odio, de la codicia, de la indiferencia y de la exclusión social. Desde todo punto de vista es preciso que la persona activa “se haga indiferente a todas las cosas criadas, en todo lo que es concebido a la libertad de nuestro libre albedrío”¹⁰³.

San Ignacio insiste en mirar el fin. Desde la oración preparatoria de la primera meditación de los Ejercicios se pide la gracia “para que todas las intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad”¹⁰⁴. Sin duda se busca mantener el propósito del Principio y Fundamento a lo largo de todos los Ejercicios. Dentro de esta intención se comprende la nota de que: “Ante todas contemplaciones o meditaciones se deben hacer siempre la oración preparatoria, sin mudarse y los dos preámbulos ya dichos”¹⁰⁵.

Ante el desorden en el que se encuentra el ser humano por el mal uso que hace de su libertad, Ignacio invita a considerar este caos y a sentirlo en nosotros mismos, para luego colocarnos frente a Cristo crucificado, como un paso decisivo del proceso espiritual que busca purificar la deformación de la actividad humana por el pecado.

De este modo, el autor de los Ejercicios invita a considerar ante el Cristo crucificado su amor por nosotros. Así se entiende la necesidad de pedir una triple gracia: El conocimiento de nuestros pecados, la comprensión del desorden de las propias operaciones y el conocimiento del mundo. El texto se expresa así:

La primera, para que sienta interno conocimiento de mis pecados y aborrecimiento dellos; la segunda, para que sienta el desorden de mis operaciones, para que,

¹⁰³ *Ibid.*

¹⁰⁴ Loyola, *Ejercicios*, 46.

¹⁰⁵ *Ibid.*, 49.

aborreciendo me enmiende y me ordene; la tercera, pedir conocimiento del mundo, para que aborreciendo, aparte de mi las cosas mundanas y vanas¹⁰⁶.

En el proceso de los Ejercicios en la primera etapa se va viendo la intencionalidad hacia el Cristo Crucificado, expresión definitiva del amor de Dios. Sólo ante Él se vive el Principio y Fundamento. “Como de Criador es venido a hacerse hombre... y así a morir por mis pecados”¹⁰⁷. Es el momento de paso para la vivencia de la segunda semana El ejercitante se ha interrogado sobre lo que ha hecho, hace y debe hacer por el Señor puesto en cruz. De esta manera se abre en disponibilidad para un seguimiento radical al Rey Eternal, para llevar a realización, con la gracia divina, la elección de lo que más lo conduce hacia el fin para el que ha sido creado.

Aparece con nitidez que en todo el itinerario el Principio y Fundamento debe ser el referente de sentido que permite la ordenación de nuestras operaciones mediante el conocimiento del pecado y con el propósito de apartarnos de él. Anteriormente hemos indicado que el camino que se nos propone es el seguimiento de Jesucristo. Él debe ser el primer amor y la realización perfecta del Principio y Fundamento.

Un segundo aspecto que ilumina la espiritualidad del trabajo consiste en que los seres humanos deben estar atentos al llamado particular de Jesús, denominado por Ignacio el “Rey eterno”, desde la actividad en la que se encuentre cada uno y a la petición de la gracia de conocerlo para más amarlo y seguirlo.

Ahora bien, dada la posibilidad de que en este seguimiento también se puede presentar un desorden, un desenfoco del propósito del mismo, se propone la Meditación de las Dos Banderas, como medio para ordenar nuestro entendimiento hacia el Jesús auténtico. Es un discernimiento Ineludible para quien se prepara para la elección, a la determinación que corresponda al genuino seguimiento de Jesús. El que está comprometido en la experiencia

¹⁰⁶ *Ibid.*, 63.

¹⁰⁷ *Ibid.*, 53.

de los Ejercicios debe tomar clara conciencia de que se trata de una gracia: ser recibido debajo de la bandera de Cristo¹⁰⁸.

Esta paso nuclear de los Ejercicios nos ayuda a comprender que el trabajo no es una actividad ciega, ni debe ser algo mecánico, sino que debe estar iluminado por la comprensión de que bien orientado corresponde a la voluntad de Dios. Es decir, el trabajo humano debe estar bajo el control de la inteligencia y el trabajo cristiano ha de ser fruto de una inteligencia ordenada conforme a los designios de Dios, presente en la persona de Jesucristo.

La estructura de los Ejercicios en la segunda semana o etapa ilumina la espiritualidad del trabajo con meditaciones y consideraciones, que son típicamente ignacianas y que representan como la matriz fundamental. Ya nos hemos referido a la Meditación del Reino y a la de las Dos Banderas. Formarían parte de este conjunto luminoso la Meditación de los Tres Binarios y la consideración de las tres maneras de humildad, que es presentada como telón de fondo que ayudará para una sana elección. Es una consideración que de veras crea un clima propicio para este efecto. En este contexto se comprende la nota de Ignacio de realizar contemporáneamente la Meditación de los Tres Binarios con el triple coloquio, “pidiendo que el Señor nuestro lo quiera elegir en esta tercera mayor y mejor humildad”¹⁰⁹.

La línea espiritual ignaciana en relación con la espiritualidad del trabajo abre a la consideración de que es un elemento fundamental que el mayor servicio y alabanza está en el seguimiento de Jesús pobre y humilde. Las meditaciones y consideración, a las que hemos hecho referencia, ofrecen la manera concreta del seguimiento de Jesús y al mismo tiempo brindan los elementos para que el ser humano configure su vida y su trabajo en función de aportar a la construcción de un mundo más justo y fraterno. Y ciertamente la concretización se puede enunciar como un seguir a Jesús pobre y humilde para más le

¹⁰⁸ Loyola, *Ejercicios*, 147.

¹⁰⁹ Loyola, *Ejercicios*, 168.

imitar y servir. En la segunda semana se pide con insistencia y como objetivo de vida el conocerlo internamente en su dimensión de encarnación, para más amarlo y seguirlo.

En la sociedad actual el sistema capitalista presenta el factor económico como referente de vida. Esta situación ha producido como efecto la pérdida de los valores cristianos que nos orientan para dar sentido vital a toda nuestra existencia. El egoísmo y la codicia están llevando a que cada vez unos pocos sean más ricos y la mayoría sea explotada sin contemplación ninguna. Al igual que en tiempos de Ignacio los Ejercicios en la actualidad pueden iluminar la espiritualidad del trabajo para ayudar a que cada ser humano tome conciencia de su misión de co-creador según los designios de Dios. Es el sentido de la Meditación del Reino, la del del rey temporal que ayuda a contemplar la vida del Rey eternal. El propósito de esta meditación es que la persona se sienta movida a no ser sorda al llamamiento del Señor y a estar presta y diligente para cumplir su santísima voluntad. En respuesta al llamado de Jesús termina con la oblación de mayor estima y momento, en el seguimiento de un Jesús pobre y humilde¹¹⁰. Ciertamente entra en contraste con una sociedad en donde muchos buscan ser cada día más poderosos

En la meditación de las Dos Banderas se pide el conocimiento de los engaños del enemigo y conocimiento de la vida verdadera de Jesús y gracia para imitarlo¹¹¹ En la de los Tres Binarios, gracia para elegir lo que sea de mayor gloria a Dios¹¹² y en la consideración de los tres grados de humildad que el Señor lo elija en la tercera humildad para más le imitar y servir¹¹³. Esta secuencia de demandas de gracia es interesante para la vivencia de la espiritualidad del trabajo. Cada persona en sus actividades laborales debe poco a poco ir configurando un modo de vida desde el correcto significado del llamamiento, del seguimiento, de la elección de la mayor gloria de Dios, para una mayor imitación y servicio del Hijo de Dios. El trabajador ha de asumir un modo de vida que lo lleve a obrar

¹¹⁰ Loyola, *Ejercicios*, 91.97.98.

¹¹¹ *Ibid.*, 139.

¹¹² *Ibid.*, 152.

¹¹³ *Ibid.*, 168.

desde la lógica de Dios y no desde la que ofrece el sistema economicista. Que más bien en su actividad todo tienda a la alabanza y servicio a Dios, en el servicio a la humanidad.

En verdad el pensar en una espiritualidad para el mundo de hoy implica la consideración sobre la manera de realizar la formación de la persona, para que incondicionalmente ponga todas sus intenciones, acciones y operaciones al servicio de Dios. Las meditaciones claves de la llamada “jornada ignaciana” la conducen a la comunión con el misterio de Jesús, para que conociéndolo acoja en su interioridad el modo de sentir y pensar de Cristo. Este paso decisivo le permite disponer todo su ser para que de hecho su modo de proceder sea semejante al modo como el Señor puso siempre en obra la voluntad de Dios.

San Ignacio no se contenta con que la persona conozca y siga el camino de la libertad en el amor, sino que la invita a pedir con toda humildad la triple gracia a que ya hemos aludido: el conocimiento del pecado, del mundo y de los engaños, para se guarde y esté prevenida contra el mal. El interno conocimiento del pecado lleva al aborrecimiento de él, como asimilado vitalmente ¹¹⁴. También la persona debe suplicar el conocimiento interno de tanto bien recibido para que enteramente reconociendo pueda en todo amar y servir a su divina majestad¹¹⁵.

El calificativo de *interno*, aplicado por Ignacio al conocimiento implica una honda experiencia y es clave en una sociedad que pone su atención en lo externo de la vida. En otras palabras es insistir en que la persona busque con la ayuda divina disponer su cotidianidad para el discernimiento, dejando actuar el Espíritu en ella. Es un indicativo de que la realidad no se le ofrece pura, sino que de todos modos es preciso hacer un claro discernimiento. Para este efecto necesita la gracia del conocimiento interno del pecado como contraposición al plan de Dios; del Señor para seguirlo en su camino y de todas las

¹¹⁴ Loyola, *Ejercicios*, 63.

¹¹⁵ *Ibid.*, 233.

cosas para descubrir el amor de Dios en ellas y para que así en todo la persona trabaje en la perspectiva de la mayor gloria de Dios.

Efectivamente el trabajo es una realidad que presenta ambigüedades, pues siempre está amenazada por la condición pecadora. En la sociedad actual la persona necesita el conocimiento interno de su actividad, para descubrir en ella la posible deformación por el pecado y al mismo tiempo percibir el llamado de Dios para construir el Reino de Dios, mediante el seguimiento de Jesús. Por otra parte necesita un reconocimiento interno de que su trabajo ha sido realmente purificado por la cruz de Cristo. En este sentido se puede afirmar que el objetivo del trabajo no es la riqueza, ni el prestigio, ni el poder. Debe estar dirigido al servicio y alabanza a Dios. El proceso pedagógico de los Ejercicios nos lleva a corroborar la afirmación de que el trabajo humano se ordena al hombre y éste a Dios.

Compendiando las afirmaciones anteriores podemos afirmar con toda seguridad que el trabajo debe ser discernido, pues en él se entremezclan las tendencias puramente humanas de competencia, de simple producción y consumo y hasta de guerra, con las que pueden transmitir un mensaje de amistad y de auténtica fraternidad. De ahí la necesidad de estar libre de afecciones y engaños que le impidan actuar como Jesús ante las cosas, las situaciones y las personas, para santificarse en su trabajo y encarnar el seguimiento de Jesús. Hemos comprobado suficientemente que la pedagogía ignaciana es una pedagogía para el trabajo. Es un itinerario espiritual que ayuda a que el ser humano se haga libre y así él mismo libere el trabajo, como respuesta positiva al seguimiento de Jesús dentro del designio de Dios.

La persona humana así liberada realiza un trabajo auténticamente cristiano, dentro del propósito de elegir lo mejor para la gloria de Dios. Una elección conforme al querer del Padre en el camino de Jesús, sujeto a llevar la cruz impuesta por el egoísmo de la humanidad: “El sufrimiento, la muerte por todos nosotros, pecadores, nos enseña con su

ejemplo a llevar la cruz que la carne y el mundo echan sobre los hombros de los que buscan la paz y la justicia”¹¹⁶.

También la alegría escatológica de la victoria se presiente en el trabajo al contemplar la realidad de Jesús resucitado. En los Ejercicios tanto la tercera como la cuarta semana confirman la elección hecha y llevan a un mayor afianzamiento en el seguimiento. De este modo la entrega de Jesús en la cruz despierta generosidad y la alegría de Jesús resucitado llena de entusiasmo el seguimiento. El conocimiento interno del Misterio Pascual nos dispone para que en fidelidad seamos libres para servir desde los designios de Dios.

La propuesta espiritual que hemos venido desarrollando es una invitación que se hace realidad desde la Contemplación para alcanzar amor¹¹⁷. En ella se orienta a la persona para que viva la donación total en la comunión de amor con Dios. En consecuencia, el trabajo debe ser fruto del hombre nuevo. Esta experiencia espiritual permite que la actividad se convierta en un servicio fundamentado desde el amor de Jesús. Así, como “Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas criadas sobre la haz de la tierra”¹¹⁸. También el hombre con su trabajo ordenado y colaborador hace de sus intenciones, acciones y operaciones una respuesta a la voluntad de Dios en la humanidad.

La metodología ignaciana es un gran aporte a la espiritualidad del trabajo, en cuanto le permite a cada ser humano ser un contemplativo en la acción, es decir una persona que desde su modo de vida y actividad particular está discerniendo siempre la mayor gloria de Dios. Podemos hablar de elementos espirituales que nos disponen para participar de una experiencia espiritual que nos transforma en hombres nuevos, es decir, en personas movidas por el Espíritu de Dios. Además es claro que en una sociedad donde hay un alto nivel de pobreza y en donde un gran número de la población no le encuentra un sentido real a su proyecto de vida es necesario que el trabajo reclame su redención, su sentido.

¹¹⁶ *Concilio Ecu­m­é­nico Vaticano II*, 367.

¹¹⁷ Loyola, *Ejercicios*, 230-237.

¹¹⁸ Loyola, *Ejercicios*, 236.

Eclesialmente debemos tomar conciencia de una espiritualidad laical del trabajo cuyo punto de partida son los Ejercicios Espirituales ignacianos¹¹⁹.

3.4 Hacia una pedagogía pastoral del trabajo.

La IV Conferencia Episcopal latinoamericana de Santo Domingo, ante las problemáticas de injusticia y la falta de equidad que se descubren en los pueblos latinoamericanos se reunió con el fin de visibilizar en el mundo actual que una de las realidades que más les preocupa a los obispos en su tarea pastoral es la cultura del trabajo que se ha implementado en el mundo posmoderno desde la economía capitalista global. Esta cultura ha llevado a que el trabajo pierda su significación humanizadora y salvífica, que tiene su origen en la vocación co-creadora del hombre como «imagen de Dios (Gn 1,26) y que es rescatada y elevada por Jesús, trabajador e hijo de carpintero (Mt 13,55 y Mc 6,3)¹²⁰.

La Iglesia, como depositaria y servidora del mensaje de Jesús, ha visto siempre al hombre como sujeto que dignifica el trabajo, realizándose a sí mismo y perfeccionando la obra de Dios, para hacer de ella una alabanza al Creador y un servicio a sus hermanos. La permanente enseñanza del magisterio de la Iglesia, respecto al trabajo como clave de la cuestión social, de modo especial subraya la dimensión subjetiva de la actividad humana (*Laborem Exercens* 6), que es la expresión más elocuente de la dignidad del trabajador¹²¹.

Por tal razón se da a conocer que la realidad desafía a pensar como Iglesia en una cultura del trabajo solidaria y en comunión. Esta meta debe estar iluminada por la fe en Dios Padre, que nos hace hermanos en Jesucristo. Una razón es que en lo que se refiere al mundo de los trabajadores se advierte un deterioro en sus condiciones de vida y en el respeto a sus derechos; un escaso o nulo cumplimiento de normas establecidas para los

¹¹⁹ *Congregación General XXXI*, 57-58.

¹²⁰ <http://metodologiamec.jimdo.com/documentos-de-la-iglesia/>

¹²¹ *Ibid.*

sectores más débiles (por ejemplo niños, jubilados...); una pérdida de autonomía por parte de las organizaciones de trabajadores debida a dependencias o autodependencias de diverso género; abuso del capital, que desconoce o niega la primacía del trabajo; pocas o nulas oportunidades de trabajo para los jóvenes. Se advierte la alarmante falta de trabajo, desempleo, con toda la inseguridad económica y social que este hecho comporta. El mundo del trabajo reclama el crecimiento de la economía y el aumento de la productividad, de tal modo que hagan posible, mediante una justa y equitativa distribución, el mayor bienestar del hombre y su familia.

Los derechos del trabajador son un patrimonio moral de la sociedad, que debe ser tutelado por una adecuada legislación social y su necesaria instancia judicial, que asegure la continuidad confiable en las relaciones laborales.

Las líneas pastorales que plantea la IV Conferencia son: Impulsar y sostener una pastoral del trabajo en todas nuestras diócesis para promover y defender el valor humano del trabajo. Apoyar las organizaciones propias de los hombres del trabajo para la defensa de sus legítimos derechos, en especial de un salario suficiente y de una justa protección social para la vejez, la enfermedad y el desempleo. Favorecer la formación de trabajadores, empresarios y gobernantes en sus derechos y en sus deberes y propiciar espacios de encuentro y mutua colaboración¹²².

En efecto debemos pensar cómo la Iglesia y la población civil deben buscar que estas líneas pastorales se puedan implementar en los jóvenes desde la formación integral que se brinda en las instituciones educativas, que actualmente intentan abrirse a las nuevas exigencias de la sociedad industrial y postindustrial; a sus transformaciones y profundos cambios sobre las tendencias y concepciones del trabajo. Además de las exigencias y condiciones que dominan el mercado de trabajo.

¹²² <http://metodologiamec.jimdo.com/documentos-de-la-iglesia/>

Soñar en una pastoral del trabajo nos debe llevar a reconocer que el fenómeno de la desocupación crece en todas partes y se está convirtiendo en algo dramático, sobre todo para los jóvenes y los estratos más pobres de la sociedad. En muchos países están proliferando diversas formas de trabajo informal que favorecen el mantenimiento de situaciones extremadamente precarias que llevan muchas veces a la marginación. Los jóvenes buscan en el trabajo la realización de sí mismos, ambientes humanos satisfactorios, iniciativa y creatividad, pero muchas veces encuentran solamente situaciones marcadas por la eficiencia, la competitividad, la inseguridad.

Ante los desafíos del trabajo humano en el mundo y la necesidad de pensar en una propuesta pedagógica -pastoral que responda a esta realidad de injusticia propongo que es necesario integrar desde el espíritu del evangelio los aportes de la Comunidad salesiana en su propuesta sobre una educación para el trabajo y los aportes que la Compañía de Jesús le brinda a la Iglesia y al mundo desde la espiritualidad ignaciana, como aquella que permite poner al hombre con su fin y la pedagogía ignaciana en cuanto a que nos permite brindar a los seres humano una formación humana integral.

El sacerdote salesiano pascual Chávez en su documento una educación para el trabajo lleva a considerar que como educadores no podemos quedarnos indiferentes ante estas realidades. Queremos renovar las opciones que marcaron nuestros orígenes y que se han demostrado tan eficaces para la educación y la evangelización de las sociedades. Las organizaciones de educación pública y privada deben tomar conciencia de la misión que tienen con los jóvenes de los colegios y las universidades que se preparan para el trabajo. La misión es ver como desde la educación se preparen jóvenes íntegros para asumir el trabajo como un servicio o vocación que esté orientado hacia el fin, al que Dios nos ha llamado. Formar personas idóneas para ocupar con dignidad su puesto en la sociedad y en la Iglesia y para que tomen conciencia de su papel sacramental en la transformación cristiana de la vida social¹²³.

¹²³ www.salesianoslitoral.org.ar/.../la_educacion_salesiana_para_el_trabajo.doc

Es preciso pensar, por ejemplo, desde la pedagogía ignaciana en una propuesta de educación integral en donde la finalidad no sea sólo prepararlos para un trabajo que les permita tener una estabilidad económica alta, sino formar una persona, capaz de asumir con responsabilidad su misión en la vida y en el mundo del trabajo; con una visión solidaria de la cultura y de la sociedad; con una orientación abierta a la dimensión religiosa de la vida. Proponer centros de formación profesional en donde se dé una atención preferente a los más débiles o que se encuentran en más dificultades; en donde se tenga como base de formación la espiritualidad ignaciana como camino para alimentar en cada persona una espiritualidad del trabajo; desarrollar así los valores y actitudes de gratuidad y de servicio a los demás, de reflexión y de interioridad y promover modelos de trabajo y de desarrollo aptos para superar las enormes desigualdades existentes en la sociedad moderna.

Esta propuesta integral se inspira en el Evangelio de Jesús. El propósito fundamental es acompañar a las jóvenes a partir de los Ejercicios de San Ignacio, para que conozcan internamente al Jesús obrero, al que desde su entrega y dedicación gratuita siempre tuvo por delante los valores del Reino. Conducirlos al encuentro con Jesucristo, el modelo perfecto de persona humana. Estimularlos a adherirse a su propuesta evangélica de vida y de felicidad, a descubrir su propia vocación y responsabilidad como bautizados, a colaborar en la transformación de la sociedad y cultura según el Evangelio. En este sentido la formación que se ofrezca a los jóvenes trabajadores debe estar orientada por una visión humanista y evangélica de la realidad social, económica y del mundo del trabajo; una visión que busque desarrollar una pedagogía de los valores y proponerles experiencias espirituales y de apertura a Dios, así como experiencias de servicio gratuito y de solidaridad hacia los más pobres. Hacer realidad de esta manera en la sociedad contemporánea hombres en el espíritu que busquen en todo amar y servir al Señor. Es “decir, formar honestos ciudadanos y buenos cristianos”¹²⁴.

¹²⁴ www.salesianoslitoral.org.ar/.../la_educacion_salesiana_para_el_trabajo.doc

La pedagogía del trabajo es ciertamente un elemento central en el proyecto de formación integral, pues una experiencia positiva de trabajo, programada y acompañada con criterios educativos, puede ayudar a que cada persona desde su actividad específica a poner en obra los valores del Reino y a partir de ellos contribuir a disminuir las condiciones de injusticia e inequidad en el mundo actual.

Ante esta motivación, en nuestras escuelas queremos ofrecer un amplio espacio a la experiencia de trabajo, tanto manual como de servicio social, valorando en él, de modo especial, la realización personal y el servicio al bien de la comunidad. En esta tarea se debe actuar en estrecha colaboración con personas, instituciones y ambientes del mundo del trabajo, favoreciendo un diálogo, un mutuo conocimiento y colaboración, un trabajo en red entre la escuela, las empresas, la administración pública y muchas otras obras y servicios sociales y educativos.

Una preocupación hoy muy sentida es la de facilitar a los jóvenes que acaban su formación profesional su inserción en el mundo del trabajo. Ésta resulta cada vez más difícil: la escasez de trabajo, las exigencias de las empresas, la existencia de tantas formas precarias de trabajo que se preocupan muy poco de las necesidades y de los derechos del joven trabajador, hacen muy difícil esta inserción.

La eficacia de una formación profesional no reside en el título recibido al final del currículo, sino en su capacidad de llevar a los jóvenes a encontrar trabajo y a insertarse positiva y responsablemente en este mundo. Sólo de esta manera se garantizará el fruto de la formación recibida y se evitará la emigración o la caída en la marginación.

No es tarea fácil, sobre todo en muchas situaciones de precariedad y de pobreza, en las que el trabajo es escaso, poco seguro y ofrece pocas posibilidades de progreso profesional. Por esta razón se están desarrollando experiencias muy interesantes de bolsas de trabajo, de

programas de promoción del primer empleo o de auto-ocupación, proyectos de mini empresas.

En este campo la escuela profesional, la empresa y la sociedad deben unir fuerzas y promover juntas una red social que desarrolle una nueva cultura y organización del trabajo, más humanista y solidaria, más adecuada a las nuevas generaciones y más dinámica y creativa.

En la actual cultura técnica, informática y mediática, en una sociedad con grandes posibilidades de desarrollo y de producción de riqueza y de bienestar, pero que está también generando un creciente proceso de empobrecimiento de las masas, y en la que el trabajo se está convirtiendo en un bien escaso, el compromiso educativo en el sentido integral de la palabra, es cada vez más importante. En conclusión es fundamental que pedagógicamente se piense en como re significar los valores que se han impuesto desde la cultura del trabajo que propone el sistema capitalista global, entre ello, el individualismo y la competitividad. Dar una mirada consiguientemente desde la espiritualidad ignaciana a centrar la vida de los seres humanos en los valores cristianos, entre ellos, la cultura del trabajo en equipo y solidariamente, como camino para que cada día dispongamos todo nuestro universo a la luz de los designios de Dios.

CONCLUSIÓN

Durante la presente investigación he intentado reflexionar sobre el sentido del trabajo humano en la existencia cristiana. Quiero por consiguiente presentar los logros obtenidos y las preguntas que quedan abiertas para posibles investigaciones futuras. Pensar en el sentido de trabajo humano es reafirmar la progresiva humanización, a saber, la creciente conciencia que la persona ha de tener de sí misma y de su radical responsabilidad ante la historia y ante su porvenir trascendente.

En la medida en que el hombre domina lo terreno debe hacerse más libre y afrontar fundamentalmente el sentido de su existencia en el mundo. Significa que el ser humano en su servicio a la sociedad debe vivir de un modo más auténtico su opción; no ha de encerrarse dentro de las fronteras de lo intramundano, sino abrirse a la profundidad última de su propia interioridad. Cuando se proyecta hacia la trascendencia, este hecho lo lleva a asumir responsablemente en su actividad las cosas creadas y lo hace radicalmente capaz de entablar un diálogo personal con el Dios de la gracia, el Dios del amor.

Por otro lado, el dominio que el hombre ejerce sobre el mundo en su actividad lo hace crecer en su conocimiento del mundo y de sí mismo, y apto para un acercamiento a la comprensión de la revelación divina, como palabra que Dios le dirige. Desde esta perspectiva puede manifestar que Cristo, plenitud de la revelación, se apropió la palabra humana en su dimensión histórica y expresó en ella el misterio de Dios. En efecto, el devenir histórico del espíritu del hombre, de la comprensión y expresión de sí mismo implica el progreso de su espiritualidad como capacidad fundamental para comprender y expresar el misterio de la revelación de Dios en Cristo. El sentido del trabajo y del progreso del mundo supone el progreso mismo del conocimiento de la palabra de Dios por la fe y por la reflexión de la fe sobre sí misma, que es la teología.

La ciencia teológica permite hacer una lectura del sentido del trabajo humano en el contexto de una reflexión que parte de la interpretación de la creación del mundo por Dios para el bienestar y desarrollo integral de la humanidad. El Génesis nos ayuda a entrar en una perspectiva nueva sobre la comprensión de la obra de los hombre y mujeres en el

mundo. Ellos en su realidad de imagen y semejanza de Dios reciben la misión de cumplir su obra creadora para la transformación del mundo y consiguiente promoción de la dignidad y la justicia social.

Pensar en el sentido del trabajo humano es reconocer desde la fe cristiana la intención creadora de Dios. En esta línea el hombre en co-responsabilidad debe realizar su aporte efectivo a la construcción del Reino de Dios; ha de orientar su inteligencia, su razón y su técnica hacia el surgimiento de sistemas económicos y sociales en el interior de las culturas con el fin fomentar condiciones de vida a la luz de los designios de Dios, fundamentado en el amor del mismo Dios.

Pensar en el sentido del trabajo humano lleva además a la consideración del progreso de la humanidad, con la clara conciencia del valor de la persona. De esta manera entra en crisis la concepción capitalista en el mundo globalizado actual. Más bien se enfatiza la búsqueda desinteresada del bien de la humanidad, siempre en función del sentido profundo de la existencia de Dios.

En consecuencia, para que el trabajo humano no termine en el fracaso de la humanidad considero que es preciso comprender desde el núcleo teológico de la encarnación del Hijo de Dios el sentido radicalmente nuevo y definitivo del ser humano activo y de su quehacer en la historia. La presencia de Jesucristo en el mundo y su pertenencia a la comunidad humana han centrado en Él la historia. La creación del hombre y del mundo para él, está finalizada en Cristo. Este existencial crístico constituye la más profunda dimensión del hombre y significa que el tiempo de Cristo, el tiempo de la Iglesia, el tiempo de la humanidad es aquél que bajo la acción del Espíritu Santo avanza hacia la participación de la vida plena de Dios en el encuentro con el Señor.

Desde esta perspectiva debemos comprender al hombre como aquél que es llamado a la comunión de vida con Cristo glorioso. El trabajo, además, lleva a una relación mutua entre el hombre y el mundo, la cual debe tener como principio y fundamento la ordenación interna de ambos desde la participación en la gloria del Señor. Por consiguiente, el trabajo del hombre está orientado al desarrollo humano e integral, cuando es elevado por la gracia

de Cristo al cumplimiento de su salvación y de la del mundo. Ésta comienza ya desde ahora y tiende a su plenitud escatológica.

Esta base teológica nos lleva a repensar nuestro actuar en el mundo y a seguir reconociendo como Iglesia el papel y la misión que debemos realizar como hijos de Dios. La tarea por alcanzar es resignificar nuestro trabajo desde la palabra revelada a todos los hombres y asumirlo como don y como ministerio que debe estar al servicio de la construcción del Reino de Dios.

Como teólogos debemos reconocer que pensar un tema como el trabajo humano se aproxima con respeto a una realidad terrena, a la cual debemos acercarnos desde otras mediaciones como la económica y la filosófica. Por este motivo estimo que queda abierta la posibilidad de realizar una investigación a fondo, desde una perspectiva transdisciplinar para una posible respuesta en la realización de nuestros proyectos apostólicos a transformaciones que permitan que los hombres le encuentren sentido existencial a su trabajo y a valores tan decisivos como la justicia social y la equidad. Se hace necesario el desarrollo de un método en el que a base de sucesivas reflexiones y en diálogo creador con las ciencias positivas nos acerquemos a una inteligencia teológica cada vez más estrechamente unida a la experiencia del hombre posmoderno. De este modo, la acción de la Iglesia en favor del sentido del trabajo humano es ante todo una exigencia interna de su ser mismo. Cristo la instituyó como comunidad universal de amor y como portadora de su mensaje de salud a todos los hombres.

En consecuencia, la Iglesia en su vocación a la fraternidad universal debe actuar a favor de la promoción y dignificación del trabajo humano y rechazar toda forma de explotación y desintegración social. Con decisión ha de oponerse al egoísmo radical y a la codicia individual, nacional, cultural, racial y aún religiosa que están en la base del absurdo social en el cual estamos sumidos y que son impedimento para que los líderes del mundo implementen sistemas que desarrollen modos de vida existencialmente dignos.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro, Juan. *Hacia una teología del progreso humano*. Barcelona: Herder, 1969.
- Ancilli, Ermanno. *El trabajo en: Diccionario de espiritualidad Tomo III*, 523-528. Barcelona: Herder, 1983.
- Balthasar, Karl. *Ensayos teológicos*. Barcelona: Herder, 1978.
- Bauman, Zygmunt. *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa, 2000.
- Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer, 1975.
- Brugnoli, Pietro. *La espiritualidad de los laicos*. Buenos Aires: Paulinas, 1965.
- Casaldáliga, Pedro. *Espiritualidad de la Liberación*. Bogotá: Paulinas, 1992.
- Charles, André Bernard. *Introducción a la teología espiritual*. Navarra: Verbo Divino, 1997.
- Chenu, Marie-Dominique. *Hacia una teología del trabajo*. Barcelona: Estela, 1965
- Compañía de Jesús. *Congregación General XXXI*. Madrid: Razón y Fe, 1975.
- Concilio Ecuménico Vaticano II. *Constituciones. Decretos. Declaraciones*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1993.
- Croatto, Severino. *El hombre en el mundo I. Creación y designio- Estudio de Génesis 1:1-2:3*. Buenos Aires: La Aurora, 1974.
- Fidel Castaño, Marco. *Líneas teológicas fundamentales y aportes ignacianos para una espiritualidad del trabajo*. Bogotá: Pontificia universidad Javeriana, 1977.
- García de Castro, José. *Trabajo en: Diccionario de espiritualidad ignaciana*. Madrid: Sal Terrae, 2007.
- Juan Pablo II. *Carta Encíclica Laborem Exercens*. Bogotá: Paulinas, 1989.

- Juan Pablo II. *Carta Encíclica Redemptor Hominis*. Bogotá: Paulinas, 1989.
- Loyola, Ignacio de. *Ejercicios Espirituales*. Madrid: Sal Terrae, 1996.
- Loyola, Ignacio de. *Obras completas*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1952.
- Nicolás, Adolfo. *Teología del progreso: Génesis y desarrollo en los teólogos cristianos contemporáneos*. Salamanca: Sígueme, 1972.
- Sanson, Henri. *Espiritualidad de la vida activa*. Barcelona: Herder, 1964.
- Thils, Gustavo. *Teología de las realidades terrenas*. Buenos Aires: Desclée de Brouwer, 1948.
- Truhlar, Carlos Vladimiro. *Labor Christianus: Para una teología del trabajo*. Madrid: Razón y Fe, 1963.
- Uríbarri, Gabino, - La escatología política de Metz. *Revista de Estudios Eclesiásticos* 312 (2005): 175-182.

Documento páginas web

- Chávez, Pascual. – Educación salesiana para el trabajo, www.salesianoslitoral.org.ar/.../la_educacion_salesiana_para_el_trabajo.doc (consultado el 25 de mayo de 2011).
- Colmenares, Julio Silva – Consumo necesario de los pobres: salida humanitaria a la Crisis, http://www.fuac.edu.co/recursos_web/observatorio/publicaciones/DESARROLLO%20HUMANIDAD%20CON%20LIBERTAD%20Y%20FELICIDAD%2011EIE%2002-12-08.pdf (Consultado el 28 de julio de 2011).

Colmenares, Julio Silva – Desarrollo humano con libertad y felicidad,

http://www.fuac.edu.co/recursos_web/observatorio/publicaciones/CONSUMO%20

[NECESARIO%20DE%20LOS%20POBRES%20Panel%20Brasil%20ago-2010.pdf](http://www.fuac.edu.co/recursos_web/observatorio/publicaciones/CONSUMO%20NECESARIO%20DE%20LOS%20POBRES%20Panel%20Brasil%20ago-2010.pdf)

(Consultado el 28 de julio de 2011).

II Conferencia general del episcopado latinoamericano, Documentos finales de Medellín -

<http://metodologiamec.jimdo.com/documentos-de-la-iglesia/> (Consultado el 7 de Julio de

2011).

Instituto Social León XIII Centro para la investigación y la difusión de la DSI,

Rerum Novarum,

http://justiciapaz.dominicos.org/kit_upload/PDF/jyp/Documentos%20eclesiales/Rerum_N

[ovarum.pdf](http://justiciapaz.dominicos.org/kit_upload/PDF/jyp/Documentos%20eclesiales/Rerum_Novarum.pdf) (consultado el 19 de junio de 2011)